

4359

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

MARLOWE

FAUSTO

DRAMA

INTRODUCCIÓN DE
F. VICTOR HUGO

señalada 1 pta.

FAUSTO



TEATRO ANTIGUO Y MODERNO - Vol. XVI

LA TRILOGIA DEL FAUSTO. - I

CRISTOBAL MARLOWE

FAUSTO

DRAMA

Introducción de F. VICTOR HUGO

VERSION CASTELLANA

DE

JOSÉ ALADERN



LIBRERIA DE ANTONIO
LÓPEZ, EDITOR.-RAMBLA
DEL CENTRO, 20.-BAR-
CELONA : : : : : 1904.





INTRODUCCION

El año 1462, un Juan Fausto, que se decía ciudadano de Maguncia, fué á París y obtuvo una audiencia del Rey Luis XI, al que hizo un regalo muy raro. Consistía en una magnífica Biblia en fóléo, que dicho Fausto afirmaba haberla copiado y escrito toda él mismo de su propia mano, con el propósito de ofrecerla al rey cristianísimo. Luis XI aceptó el presente, tomó el libro, fué foléandolo y quedó maravillado de la letra de Fausto. ¿Cómo este hombre había podido trazar aquellas letras tan netas y uniformes? ¿Con que pluma ya fuese de acero, ya de bronce había formado aquellas mayúsculas monumentales? ¿Donde había hallado aquella tinta roja que parecía estaba mordiendo el papel vitela con singular tenacidad? Sin embargo, Fausto declaró que allí no había ningún misterio, y que aquella obra era simplemente una caligrafía ejecutada con más paciencia que las otras. Añadió que él era un pobre hombre que para alimentar á su familia se veía obligado á copiar viejos manuscritos, y que á fuerza de vigi-lias y perseverancia había llegado á transcribir de la manera que se veía cierto número de Biblias, y que se tendría por muy dichoso si llegaba á

obtener la autorización de ponerlas en venta en París. El rey, extasiado por el presente, le acordó el permiso sin pensar en las consecuencias, y Fausto hizo depositar en muchas librerías de la ciudad todos los ejemplares de la Biblia que había traído de Alemania.

La especulación tuvo un éxito feliz, pues se despachó gran número de ejemplares; pero lo más sorprendente era que á medida que se iban vendiendo se multiplicaban. Apenas una Biblia había desaparecido del escaparate de una tienda, cuando al instante aparecía allí otro ejemplar recién escrito. Verdaderamente era preciso que el copista estuviera dotado de una actividad sobrehumana para poder reproducir con tal presteza estos grandes in-folios. El negocio marchaba á las mil maravillas por no decir miraculosamente; mas Fausto no había contado con los frailes de París, con esta buena gente que desde muchos siglos gozaban del privilegio de la venta de los manuscritos. Bien pronto aquellos santos varones se sintieron mortificados de los celos que despertó en su ánimo este formidable competidor, sin saber de donde había salido, y que por si solo daba él en un día más ejemplares que en un año un convento entero. En virtud de sus quejas la Universidad decretó una pesquisa; y fueron embargadas todas las Biblias sospechosas. Mas cual fué la estupefacción de los religiosos fanáticos y su indignación, cuando se apercibieron de que, aparte algunas iniciales, que en cada ejemplar estaban pintadas de diversos colores, todas estas Biblias eran absolutamente iguales! Su asombro negaba lo que veían sus ojos. Por todo y en todas las páginas que sucesivamente se correspondían en estos enormes

in-folios, la forma de cada letra era la misma! Igual el lugar en que estaba colocada cada letra! y uno mismo el corte de cada línea! Si por casualidad en alguna parte el copista había cometido una falta de ortografía, esta falta se encontraba repetida en todos los ejemplares! De aquí pueden colegirse los clamores de la frailería. No cabía la menor duda, todos estos manuscritos habían sido copiados con una pluma infernal. Y por haber tenido la osadía de reproducir la palabra de Dios con semejante tinta, el copista evidentemente tenía que haber hecho un pacto con el diablo. Este Juan Fausto, pues, era un brujo.

En el siglo XV no se necesitaba más para que un hombre fuese quemado vivo. Formóse á Fausto un proceso criminal; todos los libreros que habían vendido Biblias de esta especie fueron encarcelados y puestos en tormento; Fausto preso, acusado, juzgado y debidamente condenado como mago. Los haces de la leña estaban ya amontonados, la antorcha encendida, y agolpada la muchedumbre en la plaza de la Grève para presenciar la ejecución, cuando se supo que el calabozo donde había sido encerrado el condenado fué encontrado vacío. El brujo había conseguido escaparse. ¿Pero cómo? Esto es lo que nunca ha podido explicar la crónica. Esta evasión era debida á algún ardid del encarcelado ó á la intervención de algún elevado personaje? No se sabe, más los frailes afirmaron que era debida á la protección del diablo.

Sea lo que fuere, Fausto, así que se vió fuera del encierro, pensó que lo único que le quedaba que hacer era volverse lo más presto posible á Maguncia su ciudad natal. Mas no habían concluido sus tribulaciones. En Maguncia tenía Fausto su labo-

ratorio, esa oficina sospechosa en donde habia fabricado todas las nuevas Biblias, empleando en ello una docena de operarios á quienes habia exigido juramento de que jamás revelarían el secreto de su arte, los cuales probablemente estaban afiliados como él á la grande cofradia infernal. Ahora bien, en Maguncia lo mismo que en Paris habia frailes. Estos, que se veían arruinados por el nuevo invento, amotinaron al pueblo, y, el 27 de Octubre de 1462, la casa de Fausto fué tomada por asalto, saqueado su laboratorio: todo fué roto, retortas, alambiques, aparatos para fundir metales y aquellas diabólicas prensas que escribían solas, los cuadros cabalísticos en donde ¡oh profanación suprema! las letras del alfabeto estaban grabadas al revés. Los obreros de Fausto huyeron, dejaron á Maguncia, se dispersaron por todos los países, en Francia, en Italia, en España, en Polonia, y esparcieron por todo la invención, cuyas maravillosas recetas les habian confiado Fausto y su cuñado Schœffer.

Todos estos reveses no quebrantaron la tenacidad del brujo. Como era el clero su perseguidor, Fausto se vengó del clero. Hasta entonces no habia puesto en circulación más que libros ortodoxos, *Donatos*, *Speculum*, salterios para imágenes, un *Catholicon* en 1460, y una Biblia en 1462. Mas esta vez hizo escribir por sus adeptos un libro pagano, á saber, el tratado de Cicerón, titulado: *De Officiis*. Este volumende pequeño tamaño en fôleo, compuesto de veinte y siete hojas en líneas prolongadas, termina por esta misteriosa inscripción en grandes letras rojas:

PRÆSENS MARCI TULLI CICERONIS CLARÍSSIMUM
OPUS JOANNES FAUST MAGUNTINUS CIVIS, NON

ATRAMENTO, PLUMALIS CANNA NEQUE ÆREA, SED
ARTE QUADAM PERPULCHRA PETRI MANU PUERI MEI
FELICITER EFFECI.

FINITUM ANNO MCCCCLXV

Cual fuese este arte magnífico por *ars pulchra* de que se había valido, Fausto se guardó muy bien de decirlo; hizo doscientas cincuenta copias de la obra profana, volviendo secretamente á París, acompañado de una mujer y de un niño. Felizmente para él, conocia allí á un magistrado amigo de las bellas letras, Micer Louis de la Vernade, á quien ofreció uno de sus ejemplares, (a) y gracias sin duda á esta elevada protección pudo vender á hurtadillas cierto número de *De Officiis*. Mas esta sacrilega propaganda no podía quedar impune por mucho tiempo: no tardó en declararse en el mismo París una peste, una horrible peste; perecieron de ella cuarenta mil personas, y en medio de tan espantosa catástrofe, desaparecieron Fausto, y la mujer y el niño que había traído consigo, sin que después se haya oído hablar jamás de él. Esto sucedió en 1466.

El clero, que siempre es lógico, no tardó en calificar esta súbita desaparición de un castigo del cielo. Así la vida como la muerte del doctor Fausto eran un ejemplo que no debía quedar perdido para el género humano; era preciso que este castigo providencial sirviese de lección á todos aquellos que como el brujo alemán, se viesen tentados de renunciar á Dios para entregarse á la práctica de las ciencias ocultas. Llevados precisamente de

(a) Este ejemplar, que lleva en nota el hecho de la donación, se halla en el día en la Biblioteca de Ginebra.

esta idea edificante, escribieron los frailes alemanes tantas biografías de Fausto, contándose entre ellas la leyenda que Palma Cayet tradujo al francés á fines del siglo XVI.

Esta leyenda, que causó un efecto admirable en Francia y en Inglaterra, contiene tan curiosas revelaciones, que no podemos menos de analizarlas. Si hemos de creer á su biógrafo católico, Fausto era hijo de un campesino de Weymar. Uno de sus tios, rico ciudadano de Wittemberg, y que no tenía hijos lo habria adoptado, alimentado y mandado á la escuela á estudiar la teología. «Ordenado ya deductor Fausto hubo de oír contar que en »Cracovia, reino de Polonia, existía una gran escuela de magia, que se entretenía por pasatiempo »en averiguar la inteligencia de ciertas palabras »caldeas, persas, arábicas y griegas, de figuras, »caracteres, conjuraciones y encantamientos, y »voces semejantes, que podemos llamar exorcismos y sortilegios, y de otras producciones designadas expresamente por los nombres de artes »dardánicas, nigromancias, encantamientos, brujerías, adivinaciones, encantaciones, y de otros »tales libros, palabras y términos comprendidos »bajo de cualesquiera otras denominaciones en »este género. Todo esto fué muy del gusto de »Fausto, tanto que lo estudiaba noche y día; de tal »manera que en adelante no quiso que se le llamara teólogo. Así fué que se hizo un hombre »mundano, titulándose doctor en medicina, astrólogo y matemático. De aquí en un instante se »hizo droguista; empezó por curar en muchos pueblos con drogas, yerbas, raíces, aguas, pociones, »recetas y lavativas. Y después, sin qué ni para qué, se metió á ser un buen hablador, como que

»estaba muy versado en la divina escritura. Mas,
»conforme dice muy bien la regla de Nuestro Se-
»ñor Jesucristo: «el que sabe la voluntad de su
»Maestro y no la practica, este será apaleado por
»el diablo.»

«Item: Nadie puede servir á dos amos.»

«Item: No tentarás al Señor tu Dios.»

No debemos dejar pasar desapercibido que Fausto tenia de criado un joven llamado Cristobal Wagner, al que, aunque recogido de la calle por dioscando, llamaba su hijo. Este chico aunque cojo y caminando de soslayo, iba por todo á cumplir los mandatos de su amo.

Pero no era bastante para Fausto ser un hombre del mundo, doctor en medicina, astrólogo, matemático y buen decidor; preciso era también que renegase de su Dios. Entregada su alma á su capricho y saltando por encima de todo, se fué á un espeso y oscuro bosque situado no lejos de Vitemberg, llamado el bosque de Mangealli. «En este
»bosque al oscurecer y en una encrucijada de cuatro caminos trazó con un palo un círculo redondo
»y dentro de este otros dos círculos. Hecho esto
»conjuró al diablo entre las nueve y diez, y en fuerza del conjuro, el diablo se manifestó al instante.» El diablo apareció primeramente bajo de la forma de un grifo, después en la de un dragón oliendo á azufre y dando resoplidos; luego en la de una estrella, enseguida en la de una biga de fuego, y por fin en la forma de un monje gris. Así que el diablo hubo tomado este último aspecto, Fausto le pidió le dijese su nombre, á lo que le respondió el diablo que se llamaba Mefistófeles. En esto, Fausto en extremo fascinado, resolvió entregar su alma al diablo; hizole pues á este un bi-

llete, escrito y firmado con su propia sangre, en términos que con él renunciaba á todo lo que durante la vida pertenece al Soberano celestial, mas bajo la condición de que Mefistófeles, criado del príncipe infernal del Oriente, mantendría, gobernaría y conduciría a! dicho Fausto durante veinte y cuatro años, proveyéndole de todo lo necesario á su alma, á su carne, á su sangre y á su salud.» Mientras le estaba redactando este billete, el doctor «vió escrito en su mano como con sangre de muerto estas palabras latinas: *¡O homo fuge!* que quieren decir: Oh hombre, huye de aquí y obra bien.» Mas Fausto no hizo ningún caso de esta advertencia. Arrojó esta obligación al diablo, diciéndole: Tú toma tu billete Tomólo Mefistófeles, y aún exigió que Fausto le sacase de él una copia. lo que ejecutó el desdichado Fausto.

Ahora pues, ¿cuales son las felicidades que el diablo le proporcionó al doctor durante los veinte y cuatro años de placeres que le había prometido como precio de su alma? Acerca de este punto oigamos la leyenda. Un día Fausto tenía convidados amigos á comer, pero su cocinero se había descuidado, lo que le puso en gran conflicto. Felizmente en casa de un vecino tenían preparada una opípara comida de bodas. Mefistófeles, con la mayor frescura, entra en casa del vecino (que era un rico y hoarado ciudadano) saquea las provisiones, echa mano de todo, de aquí toma una gallina, de allí un ánade y de más allá gruesos pescados, y le lleva á su amo un completo servicio de todos manjares en disposición de ser comidos. Pero no todo consiste en comer: también debe beberse, y no había vino. En un abrir y cerrar de ojos Mefistófeles parte á Florencia, rompe las puertas de la bodega

de Fongres, y vuelve cargado de botellas. ¿Qué también quieren postres? Mefistófeles es un buen diablo: hace que brote de la mesa una cepa cargada de uvas. Fausto invita á sus convidados á que cada uno arranque de ella un racimo; estos lo prueban pero en vano, pues el tallo es tan duro que se resiste á los cuchillos. Entonces Fausto sale por un momento: á vista de esto se levantan todos los convidados, y se les vé en actitud de cortarse las narices los unos á los otros. La broma paró aqui. Como los cuchillos están perfectamente afilados, cada convidado puede cortar con facilidad un racimo de excelente uva.

Otra vez Fausto tuvo un capricho bien natural; desea visitar su futura patria, el infierno; nada más fácil. A eso de media noche se le presenta un demonio llamado Belzebuth, llevando en las espaldas una silla de osamenta. Monta encima Fausto; toma Belcebuth el galope, llevando á su caballero á cierta región del aire donde este queda medio dormido «á la manera que cuando alguno se mete en un baño de agua caliente.» Una vez poseído de este delicioso sopor, se para Belzebuth encima de una elevada montaña en lo más alto de una grande isla, donde estalla el rayo con tan atronador ruido que Fausto despertó. Entretanto para que su visitador no perdiese ánimo, sopló el diablo un poco de aire que le refrescó y recreó, haciendo al mismo tiempo que sonaran ciertos instrumentos que producian una música muy agradable. Atraído Fausto por este concierto no titubeó en seguir más adelante, por lo que escitó á Belcebuth á que continuara el viaje. Este, como corredor obediente echa á andar llevando á mi Fausto de sorpresa en sorpresa. Lo primero que

encontró Fausto fué un grandísimo escarabajo alado con enormes cuernos que quería precipitarle al abismo; llegado después al hondo de una caverna, se encontró circuido de innumerables gusanos y otros bichos hediondos; vinieron enseguida osos luchando con culebrias; por fin, en lo más elevado de una torre pareció un grande toro alado, que echándose con fúria sobre Fausto, le derriba de su silla dejándole malparado. Asi desarzonado el doctor, se siente caer en un abismo todavía más hondo, recibiendo grandes heridas que le arrancan un lastimoso grito, creyendo haber acabado todo para él; mas aún no habia llegado al fin. Después de haber sufrido elrudo ataque de un viejo y rabioso monote que le atormentó cruelmente, todavía consigue escurrirse y atraviesa sucesivamente una niebla tan espesa que no ve nada absolutamente; después una tenebrosa y hedionda nube; luego una agua espesa y tempestuosa, en la que quieren sumergirle dos dragones; enseguida un espeso vapor de ardiente calina, y toca por fin el fondo del abismo que era cóncavo y lleno de rocas puntiagudas en el centro. Paróse allí como si estuviera muerto, mas, sintiéndose aún vivo, se decide á abrir los ojos, pero no vé ni oye nada. Sin embargo, después de algunos minutos, distingue un poco de claridad, hacia la cual se arrastra, y por fin llega á una grande hoguera en la que ve que se están asando algunos ciudadanos, emperadores, reyes, príncipes, señores y gente de guerra á millares, todos muy bien ataviados. Este era el fuego del infierno. Cerca del fuego veíase una grande caldera llena de agua, de la que bebían algunos, otros se refrescaban, bañándose en ella, y otros saltando de la caldera, echaban á correr á

calentarse al fuego. El doctor Fausto entró en el fuego, del que quiso sacar un alma condenada, y cuando pensaba que la tenía agarrada de la mano, se le escurrió de golpe hácia atrás. Pero ya no le era posible permanecer por más tiempo allí por el excesivo calor; y, como mirase á uno y otro lado, hé aqui que ve venir al dragón ó sea Belzebuth con su silla, en la que se sentó Fausto, y así empezó á subir.»

Los diablos, como gente bien educada, no podían dejar de volver á Fausto la visita que les había hecho. Tuvo pues Fausto el insigne honor de recibir en su casa á los siete príncipes del infierno, cuyos trajes de distinguidos visitantes describe la leyenda con minuciosidad. Belzebuth, al que ya conocemos, iba esta vez vestido de buey, con dos espantosas orejas, y el cabello pintado de todos colores, pero siempre con su cola de dragón. Lucifer llevaba un traje de hombre, era cabelludo y picoteado, y su color como de bellotas rojizas de encina. Astaroth tenía la figura de una serpiente; su cola colorada como los ladrillos refractarios, dos patas muy cortas enteramente amarillas, el vientre entre blanquecino y amarillento, el cuello color de castaña, y una punta á manera de lanza ó dardo, como el erizo, que sobresalía del resto como dos dedos. Satan hecho un asno, tenía los cascos de las patas largos de dos varas, llevando la cola de gato. Anabry era un perro negro y blanco con las orejas de ocho varas de largo. Dythican tenía la forma de una perdiz, solo que su cuello era enteramente verdoso y mosqueteado. Drac parecía como una llama azul con una cola rojiza. Y por fin Belial, el mas importante de todos, presentóse en forma de elefante; tenía el espi-

nazo negro, las orejas colgantes, los ojos llenos de fuego, sus grandes colmillos blancos como la nieve y la trompa de seis varas de largo. Sus Altesas honraron con su presencia sentándose al rededor de la estufa de Fausto.

Con todo, esta existencia de alegría y de vanidad no podía durar siempre. El termino fatal se acercaba. Los veinte y cuatro años habían transcurrido y á Fausto solo le quedaba un dia de vida. En tal situación el doctor se fué á encontrar á algunos bachilleres y estudiantes, antiguos amigos suyos, los reunió convidándoles á una espléndida cena en la aldea de Ramliq̄e, situada á media lengua de Wittemberg. Concluida la cena, dijo Fausto á sus amigos que tenia que pedirles un favor, que consistía en que tuviesen la bondad de dar sepultura sagrada á su cuerpo la mañana del dia siguiente. Los estudiantes se esclamaron sorprendidos al oir tan fúnebre idea, y tan mal sonante después de una opipara cena. Mas Fausto les explicó luego el irrevocable pacto que había celebrado con Mefistófeles, los términos en que estaba concebida la letra, pasada á la orden del diablo á veinte y cuatro años fecha, añadiendo que el demonio iba á presentársele para ser pagado con el alma que le era debida. Los estudiantes le reprehendieron agriamente á Fausto por no haberles prevenido á tiempo de lo que le pasaba, pues le hubieran podido arrancar de las garras de aquel usurero con la ayuda de buenos teólogos; mas ya era sobrado tarde. Fausto había consumido lo veinte y cuatro años de loca juventud que el diablo le tenia prestados, y preciso era que el diablo fuese reembolsado. No le quedaba pues otro re-

curso al doctor que el tener pronta su alma para completar el cambio

Sin embargo, los estudiantes eran buenos compañeros: pondrán todo su cuidado en enterrar á su amigo; á este efecto se ofrecieron á esperar con intrepidez á que el diablo se presentara. Aceptó Fausto tan generoso ofrecimiento, despidióles, y se quedó sólo encerrado en su cuarto. Entre las doce de la noche y la una de la madrugada, sobrevino un furioso viento que hacía bambolear la casa por sus cuatro costados; los estudiantes creyéndose perdidos, saltaron de sus lechos, animáronse recíprocamente, y convinieron en no salir de su aposento. Entonces oyeron horribles silbidos y ahullidos espantosos, «como si la casa estuviera llena de serpientes, culebras y de otras bestias ruines y asquerosas, y en medio de los ahullidos, los gritos de ¡socorro! al ¡asesino! dados por Fausto con pena y voz ahogada.» Restablecióse luego la calma y todo quedó en un completo silencio. Al amanecer los estudiantes entraron intrépidos en el cuarto del doctor; vieron su sangre derramada por todo; sus sesos, sus ojos y algunos dientes pegados por las paredes, su cuerpo, encontrado fuera del cuarto, horriblemente mutilado; aplastada la cabeza y quebrantados los huesos. Los estudiantes, despues de reunidos estos restos, los enterraron piadosamente; y regresando á Wittemberg, contaron allí el triste fin de su compañero y maestro.

«Así concluye la historia de Fausto para instrucción de todo buen cristiano, de aquellos principalmente de cabeza y de sentido caprichoso y soberbio, loco y temerario, á fin de que teman á

»Dios y huyan de todo encantamiento y de todo
»hechizo del diablo »

En este breve análisis que acabo de hacer de la leyenda alemana, ha podido observar el lector que en ella no se menta este *magnífico arte*, que desde su origen le valió á Fausto la reputación de hechicero. Sin embargo, no puede dudarse de la identidad del Fausto de la historia con el Fausto de la leyenda. Este Juan Fausto que la biografía católica nos presenta pactando con el diablo y descendiendo á los infiernos, es sin la menor duda el mismo Juan Fausto que con Guttemberg se dividen la gloria de haber inventado la imprenta; el mismo Juan Fausto que en 1462, fué á Paris para ofrecer á Luis XI uno de los primeros ejemplares de la Biblia impresa, y que, por causa de esta invención fué acusado de brujo y estuvo á punto de ser quemado vivo. Courado Durieux, el historiador más antiguo que habla de la leyenda, dice expresamente, que ésta fué escrita por instigación de los frailes, á quienes el descubrimiento de Fausto quitó para siempre las lucrativas funciones de copistas. Klinger, el autor alemán de un libro titulado: *las Aventuras de Fausto y su bajada á los infiernos*, emite esta misma opinión. Finalmente y esto es lo que desvanece toda duda, existen otras leyendas alemanas que completan la que tradujo Palma Cayet, y que afirma, que Fausto se había dado al diablo para reparar su fortuna, arruinada por los ensayos de su invención.

Volvamos pues á leer la biografía de Fausto, á ver si el hecho de que se trata se halla oculto debajo de algún simbolo. La leyenda, de acuerdo con la historia, cuenta formalmente que Fausto no murió solo; una mujer, y un niño que había te-

nido de ésta, perecieron juntamente con él, y «al parecer en el mismo día. Ni la encantada Helena, ni su hijo de encantamiento fueron encontrados jamás, sino que se evaporaron con él.» La mujer que vivió y murió con Fausto se llamaba Helena.

En esto no hay nada de extraordinario, dirá tal vez el lector escéptico, pues son muchas las mujeres que llevan el nombre de Helena. En esto precisamente se equivoca el lector La Helena encantada y seducida por Fausto no era una Helena vulgar, pero antes oigaseme.

Un día—era un domingo—«fueron unos estudiantes, sin haber sido invitados, á casa del doctor Fausto á cenar con él, llevando consigo ciertos manjares y vino, pues eran gente rumbosa en el gasto. Así que el vino empezó á obrar su ordinario efecto, tratóse sobre mesa de la hermosura de las mujeres, y uno de los comensales comenzó á decir á otro, que él no quería ver á otra mujer hermosa sinó á la bella Helena de Grecia, porque su hermosura había sido causa de la total ruina de la ciudad de Troya, añadiendo que sin duda debió ser muy hermosa cuando había sido probada tantas veces y que por su hermosura se había grangeado tan elevada posición »

«A esto contestó el doctor Fausto: Puesto que todos deseais ver la linda persona de la reina Helena, esposa de Menclao é hija de Tyndano y de Leda, hermana de Castor y de Polux, que fué la mujer mas bella de la Grecia, quiero traérosla aquí mismo para que veais su persona y espíritu en la misma forma y talle que tenía en vida.»

«En esto el doctor previno á sus compañeros que ninguno hablara palabra ni se menease de

»la mesa, para ir á acariciarla, y en seguida salió
»fuera de la estancia.»

«En seguida volvió á entrar Fausto siguiéndole
»detrás Helena, tan admirablemente bella, que
»los estudiantes no sabían lo que les pasaba; tales
»eran su perturbación y transporte.»

«Dicha Helena apareció vestida de una precio-
»sa púrpura negra, caídos sus cabellos en todo su
»largo, tan finos y bellos que parecían de fino oro,
»y tan largos que le llegaban hasta más abajo
»del grueso de las pantorrillas; sus ojos eran ne-
»gros y brillantes, su mirar dulce y amoroso, y la
»cabeza pequeña pero bien formada, sus labios
»del color de cereza, con una boca pequeña, el
»cuello largo, bien contorneado y blanco como el
»del cisne, las mejillas eran puras rosas, el rostro
»bellísimo y liso y su largo busto recto y bien pro-
»porcionado. Finalmente no era posible encontrar
»en ella la menor imperfección. Dejóse ver así an-
»dando por toda la sala de la estufa con un aire
»mono y de coqueta de tal manera que los estu-
»diantes se sintieron inflamados de amor por ella,
»y sinó que sabían que era puro espíritu, no hu-
»bieran podido contenerse de tocarla. De este mo-
»do salióse Helena tras de Fausto fuera de la es-
»tufa.

»El espíritu, para dar gusto al Doctor Fausto
»con su miserable carne, presentóle cerca de me-
»dia noche, así que hubo despertado, la figura de
»la bella Helena de Grecia, tal como antes la ha-
»bía hecho ver á los estudiantes, se la echó en
»sus brazos con el talle enteramente igual al de
»entonces y con una mirada amorosa y encanta-
»dora. Apenas el doctor Fausto se apercibió del
»objeto, se le declaró su esclavo de corazón, en

«términos que concibió por esta tal amor, que la
«tomó por su querida, concibiendo tan ardiente
«pasión por ella, que no podía dejar de mirarla de
«continuo, llegando á quedar en cinta de él, y
«dando á luz un niño que era las delicias de Faus-
«to, al que puso por nombre Justo Fausto. Mas así
«que llegó el término de su vida la tierra se lo
«tragó juntamente con su madre.»

¡Símbolo admirable! Helena, esta criatura mara-
villosa que hizo al Asia celosa de la Grecia y cuya
sourisa produjo la *Iliada*. Helena aparece de gol-
pe á esta sala gótica ante unos estudiantes des-
lumbrados, es la belleza antigua que se revela á
las futuras generaciones. Esta magia de que se
sirve Fausto para evocar á Helena, es la que se
practica en Maguncia, en Franfort, y en Estrars-
burgo: es la misma que no tardará en resucitar á
Homero, Esquilo, Platon, Tácito y Dante. es la
Imprenta! El talisman de Fausto es una prensa.
Los caracteres cabalísticos de que se sirve son las
veinte y cuatro letras del alfabeto, caida una á
una de la plancha xilográfica en la caja del com-
positor, hechas ya movibles.

Mas esto no es bastante. No basta que el genio
de la Edad Media evoque á la belleza antigua,
preciso es que se una á ella y la fecunde. No
basta que Fausto evoque á Helena, es menester
que se junte con ella y la haga madre.

El niño que nace de esta unión, la leyenda le
llama Justo Fausto, pero más tarde Goethe le res-
tituirá su verdadero nombre; le apellidará Eufo-
rion y en él encarna la civilización moderna.

Así queda completado el símbolo. La civiliza-
ción moderna nace de la fecunda aproximación
que la imprenta opera entre el genio de la Edad

Media y la belleza antigua. Euforion debe nacer del matrimonio de Fausto con Helena.

La leyenda toma á Fausto de la historia y le transfigura. En adelante Fausto ya no es el compositor que *levanta la letra* en un taller, no es el operario con las manos ennegrecidas y la blusa manchada que deletrea por medio de un alfabeto de plomo las obras maestras del pensamiento humano. Es el mago arrogante que evocando á Helena, les sopla á los héroes su cortesana. El inventor de la imprenta por medio de una magnífica metamorfosis se convierte en un encantador tan poderoso que con el auxilio de sus demonios familiares ha conquistado al país clásico, y después de la victoria ha escogido para su lecho la más hermosa. El oscuro rival de Guttemberg se ha hecho el resplandeciente rival de Paris. Fausto es un sublime D. Juan amante de la suprema belleza, y que no encontrándola en su alrededor, por fin la percibe en la antigüedad, en medio de la corte de los semi-dioses, se arroja á ella, la roba y se la lleva enloquecido de la profundidad de los siglos.

¡Que estupendo drama se descubre en este símbolo creado por la imaginación católica! Marlowe, este poeta de la Inglaterra calvinista, cuya obra entera vamos á revelar al público francés, Marlowe comprendió el admirable asunto que la leyenda alemana suministraba á la escena. No puede dejar de creerse leyendo los versos que su Fausto dirige á Helena en el instante de percibirla.

«¿Es este el rostro que echó á pique mil navios é
»incendió las magnificas torres del Ilión?

»Dulce Helena, házme inmortal con un beso ..
«¡Sus labios aspiran mi alma! ¡Mirad como vuela á
»ellos!

»¡Ven, Helena, ven, vuélvame mi alma!

»Aquí quiero yo vivir, pues el cielo está en sus
»labios, y todo lo que no es Helena, es polvo

«Quiero ser Paris, y por tu amor, en vez de
»Troya, Wittemberg será la saqueada.

»Quiero batirme con el débil Menelao, y llevar
»tus colores en las plumas de mi casco.

«¡Si! Yo heriré á Aquiles en el talón, y después
»volveré á Helena por un beso.

»¡Oh! ¡eres más bella que la veida vestida de la
»brillantez de sus millares de estrellas!

»¡Tú eres más resplandeciente que Júpiter cuan-
»do en llamas se le apareció á la desgraciada Se-
»meli, más adorable que el rey de los mares en
»los azulados brazos de la caprichosa Arethusa!

«¡Y ninguna otra sino tú será mi muy amada!»

Ciertamente es difícil expresar con versos más preciosos la pasión de Fausto por la belleza antigua. El error de Marlowe, pues, no estuvo en desconocer esta pasión, sino en haberla tratado con sobrada ligereza. Esta pasión no debió ser sólo un incidente, sino el mismo asunto de su obra. No debía concretarse á anunciar en algunos versos el amor de Fausto por Helena, sino que debió poner este amor en acción; debió mostrarnos al Fausto germánico sustituido en realidad al troyano Paris, robando á la vista del espectador á la hija de Leda, llevándosela á su castillo gótico, y sosteniendo allí otro sitio de Troya contra los griegos coligados. Debía presentárnosle batiéndose en la escena con el débil Menelao. Debía hacernos ver como rompía una lanza con Aquiles y causarnos todas aquellas emociones del prodigioso torneo entre el caballero y el héroe

Y á la verdad, si sólo existía un drama debía

ser este. Tratado por un genio este drama podía reunir sobre el terreno neutro de la magia á la antigüedad y á la Edad Media, al catolicismo y al paganismo; podía agrupar sobre la misma escena y en una especie de sábat enciclopédico las creaciones de la brujería y las creaciones mitológicas: podía evocar de las íntimas profundidades de la naturaleza donde la fábula les oculta, los genios y las dioses, las brujas y las sirenas, los duendes y las náyades, los hechiceros y las fúrias, y hacer bailar en un mismo resplandor de luna á Mefistófeles con Erichto. En su inmensa síntesis podía animar todas las religiones de los hombres, vivificar por un mismo soplo al panteísmo católico y al panteísmo pagano, y representar en una misma decoración al Infierno y al Hades.

Este es el drama que la leyenda alemana indicaba al poeta. Mas si Marlowe no ha creado este drama, no se lo censuremos, pues no ha sido por su culpa sino por la de su tiempo. Aún no había llegado el momento en que este sublime asunto que se cernía en el cielo puro del arte, debía descender de lo posible á la realidad.

Cuando vivía Marlowe, es decir, á fines del siglo XVI, *las ideas generales* no existían, aun la humanidad se ignoraba á sí misma, no conocía sus orígenes, ni sus luchas, ni su vida pasada; no había hecho de sí misma este grande estudio histórico que yo me atrevería á llamar su exámen de conciencia. aún no había encontrado á través de las fórmulas, en apariencia contradictorias, de sus diferentes civilizaciones la unidad de su pensamiento; no había constituido su identidad ni establecido bien su *yo*. No databa su nacimiento intelectual como ahora de las primitivas religiones

del Asia y de las filosofías griegas, sino del cristianismo; no de Homero ni de Platón, sino del Evangelio. Desde quince siglos atrás vivía inclinada sobre un solo libro, que ella llamaba el Libro, la Biblia, y arrojaba el anatema sobre cuantos se apartaban del texto sagrado. Josué había parado el sol en su marcha, luego era preciso encerrar á Galileo en una mazmorra. El Exodo dice: no sufrirás cerca de ti á los hechiceros, luego era preciso quemarlos. La humanidad no se acercaba sino con una curiosidad recelosa á las obras maestras de la antigüedad recientemente descubiertas por el Renacimiento: antes las miraba como profanas. No estudiaba á la naturaleza sino temblando y con el miedo de descubrir en ella una herejía. Los sacerdotes católicos y protestantes le decían: si dudas eres condenado. Y, cosa que no puede decirse sino con dolor: ¡La humanidad tenía miedo de su razón!

Marlowe, pues, no podía ver en Fausto el personaje que conocemos ahora, el que puso en práctica la imprenta, el amante feliz de la belleza pagana, el domador de la materia y el revelador de un nuevo mundo. Por lo menos, si él vió á este personaje, fué con tal aprensión que pronto cerró la puerta entreabierta del misterioso símbolo. Lo que vió sobre todo en Fausto fué al hereje que abandona el dogma por la ciencia; al curioso hijo de Eva que va en busca de los secretos prohibidos, al voluptuoso que se apresura demasiado á celebrar con la serpiente un contrato de imbécil, porque por adulterados placeres le vende las felicidades eternas. Marlowe, doctor en artes de la Universidad de Cambrige, concluye su drama, como el

fraile alemán había concluido su leyenda, por la condenación.

«Fausto ya no existe, exclama Marlowe al concluir su drama; mirad su infernal caída, y ojalá que su destino diabólico obligue al sabio á no concebir más que admiración por las cosas prohibidas cuyo profundo estudio conduce á los espíritus aventureros á prácticas prohibidas por el poder celestial.»

Con esto Marlowe confirma en nombre del protestantismo la sentencia que la leyenda había pronunciado contra Fausto en nombre del catolicismo. Fausto, condenado en primera instancia por el papismo, es condenado en segunda por el calvinismo. Para ambas religiones solamente es la fé la que salva. Los mártires y los verdugos de la Saint-Barthélemy levantan á coro el mismo grito: ¡anatema á la duda! ¡anatema á la ciencia! ¡anatema á las obras!

¡Qué importa que Fausto sea honrado, generoso y patriota, tal como nos le presenta Marlowe! ¡qué importa que haga un viaje á Roma precisamente para arrancar á un sacerdote de la hoguera del Santo-Oficio! ¡qué importa haber deseado librar á su país natal del extranjero que lo tenía invadido! Fausto ha dudado de Dios: hé aquí su crimen.

«¡Cómo me embriaga esta idea! exclamó Fausto. »¡Forzar á los espíritus á que me traigan cuanto se me antoje! ¡á que aclaren todas las cosas ambiguas! ¡á que lleven á término todas las empresas por árduas que sean! A mi mandato volarán á la India para traerme oro, saquearán el océano para traerme las perlas del Oriente; registrarán todos los rincones del nuevo mundo para regalarme con sus exquisitos frutos y con sus primerizas de-

»licadezas. Haré que me lean la filosofía descono-
»cida, les haré construir una muralla de bronce
»alrededor de toda la Alemania, y que una faja del
»rápido Rhin me ciña la bella Wittemberg! Les
»obligaré á que llenen las escuelas públicas de ta-
»lles conocimientos que. gracias á ellos, los estu-
»diantes salgan espléndidamente adornados. Con
»el dinero que me proporcionarán levantaré ejér-
»citos y echaré de nuestra tierra al príncipe de
»Parma.»

Tenemos, pues, que Fausto quiso estudiar, cono-
cer y resolver las cosas ambiguas, leer las filóso-
fías desconocidas, exigir de la naturaleza los se-
cretos del bien estar, y de la ciencia la palabra del
gran enigma, y por esto se ha condenado y sufre
el castigo de un suplicio eterno por haber querido
como otros robar el fuego del cielo.

Tal es el pensamiento moral del drama de Mar-
lowe. Con todo, ¡quien lo creería! á pesar de esta
conclusión tan implacable, á fuerza de ser orto-
doxa, los contemporáneos de Marlowe todavía la
encontraron sobrado indulgente; le vituperaron
que hubiese presentado á Fausto interesante, y
haber atraído hácia el condenado la compasión
del espectador en la última escena. Entró en el
asunto la mala fé, y los puritanos, enemigos ra-
biosos del teatro que nacia, declararon al autor
cómplice de su héroe. Siguiendo una táctica odio-
sa, que después renovaron contra más de un escri-
tor, declararon á Marlowe personalmente respon-
sable de los atrevimientos filosóficos de Fausto;
acusáronle de haber endosado la cambial que
Fausto habia escrito á la orden del diablo, y de
haber exclamado por boca del maldito: «La pala-

bra condenación no me espanta. pues para mí el infierno son los campos Eliseos.»

Un antiguo compañero de Marlowe, que como él había sido actor y autor dramático, pero que después por devoción había renunciado públicamente al teatro, Roberto Greene, apoyó con su testimonio la acusación de los puritanos, amonestando hipócritamente al autor de Fausto. que renunciara al *ateísmo* en un folleto (a), en que por un paréntesis desdoraba como plagiarlo la reputación del joven William Shakespeare. Comprendióse el valor que había de darse á semejante testimonio en boca de un hombre que había sido el amigo y el confidente de Marlowe. ¡Qué argumento para los enemigos del teatro, poder atacar como hereje á su más ilustre representante, á este Kid Marlowe, que había traducido con tanto brillo los poemas profanos, *Hero y Leandro* y la *Farsalia* de Lucano; á este escritor precoz que á los veinte y cinco años ya había hecho representar sus cinco dramas *Tamerlan*, *Eduardo II*, la *Matanza de París*, el *Judio de Malta*, y el *Fausto*, y que había descubierto esta forma tan popular en que la prosa alterna con la poesía, y en que la tragedia se mezcla con la comedia.

Denunciado de este modo Marlowe por su antiguo amigo Roberto Greene, fué perseguido con furor por los puritanos. Uno de estos, el Reverendo Thomás Beard, ni siquiera titubeó en cargar su conciencia con una mentira, afirmando en un libro que tenía por título *Teatro de los juicios de Dios*, que el autor del *Fausto* había escrito contra

(a) Véase el folleto titulado: «Gront's U'orth of Wit.» por Robert Greene, 1592.

la Biblia una obra que jamás ha existido. Otro, llamado Bame, preparó un largo pedimento en que exponía las *opiniones condenables de Marlowe*, con el fin de intentarle un proceso criminal. Y tal vez hubiéramos asistido al inaudito espectáculo de un autor dramático quemado vivo por los hechos y gestiones de uno de estos personajes, si una catástrofe imprevista no hubiese suspendido las persecuciones.

Esta catástrofe tuvo lugar el 15 de Junio de 1593, y hé aquí en qué circunstancias. Cristobal Marlowe, lo mismo que Shakespeare, Molière y tantos otros, amaba á una mujer que le llevaba engañado. Concluye por concebir sospechas acerca de su conducta, espío sus pasos y por fin la sorprendió en un mal sitio en los brazos de un criado llamado Francisco Archer. Ciego de rabia se echa sobre el perillán con puñal en mano; mas el criado, ágil y robusto, coge la mano armada de Marlowe, y la vuelve contra éste mismo, clavándole con gran violencia la hoja dentro del ojo; el desdichado poeta cayó espirando. Corrieron en busca de un cirujano, mas llegó tarde; la punta habia penetrado hasta el cerebro, Marlowe era cadáver. Esta terrible escena, mas trágica que los dramas del poeta, pasó en una ciudad de provincia llamada Deptford. En esta ciudad, puede leerse todavía en los registros mortuorios de la Iglesia de San Nicolás esta breve y siniestra inscripción: CRISTOBAL MARLOWE, MUERTO POR FRANCISCO ARCHER, EL 16 DE JUNIO DE 1593. El autor del *Fausto*, nacido en Febrero de 1563, apenas tenía 30 años.

El poeta, aún muerto no halló gracia en sus enemigos, pues le hicieron el epitafio en una can-

ción de la que puede juzgarse por la estrofa siguiente:

«Su libertinaje era desenfrenado como su vida
 »y causó su muerte; pues en una riña mortal,
 »probó de quitar la respiración á un hombre rival
 »suyo, y fué muerto con su propia daga; echó un
 »ronquido y no dijo palabra, teniendo el ojo y el
 »cerebro traspasados.»

Esta copla atroz puede dar una idea del encarnizamiento de los adversarios de Marlowe. Su fin tan doloroso fué presentado por los predicadores puritanos como una expiación demasiado dulce de este *ateísmo* que había profesado en sus obras.

Para ser justos en la crítica que emitimos sobre este poeta no comprendido y desconocido, juzguemos su *Fausto* no bajo el punto de vista absoluto del asunto, sino bajo el relativo de la época en que vivió. Consideremos ante todo que Marlowe escribía en un tiempo en que el teatro había nacido, en que los grandes trágicos se llamaban Jodelle en Francia y Gascugna en Inglaterra, tomemos su drama no como obra moderna, sino como una obra de transición entre los misterios de la Edad Media y el drama de Shakespeare, entre las farsas de Coventry y *Hamlet*. Entonces no nos chocarán los defectos de esta tragedia y su falta de unidad, de lo grotesco de la acción, de lo cómico algo envejecido de ciertas situaciones, pero haremos justicia á las cualidades reales de la obra. Admiraremos la escena del pacto, tan terrible por su mismo prosaismo, y la otra magnífica escena en que el resplandor del cielo estrellado obliga á Fausto espantado á reconocer la existencia de aquel Dios que renegó. Admiraremos los arrebatadores versos que saludan la aparición de

Helena, y este monólogo que ha quedado célebre, en que Fausto, esperando el aborde de Satán, nos descubre sus torturas interiores, y nos pinta con tan elocuente desesperación la última hora del condenado.

A mas de esto, recordémonos de lo que era el fanatismo de los contemporáneos de Marlowe, del odio de sus enemigos, y reconoceremos que á Marlowe no le faltó el talento, sino el público. Suponiendo que Marlowe hubiese comprendido perfectamente la idea que representaba Fausto, esto es, el amor de la Edad Media por la antigüedad, á buen seguro que hubiera retrocedido ante el desenvolvimiento de esta idea; la universal intolancia no le hubiera permitido animar este asunto profano; toda la Inglaterra protestante hubiera denunciado como una monstruosa herejía esta unión de Fausto y Helena, reconciliando en un beso adúltero al mundo cristiano con el mundo pagano. Y aun puede que si hubiese emprendido esta sacrilega reconciliación, la ley hubiera forzado al imprudente comediante á ir á representar el último acto del drama sobre la plataforma de una hoguera.

Lo que era imposible á Marlowe, Goethe pudo hacerlo. ¿Y porque? Porque Goethe ha vivido en un tiempo en que estaba ganada la victoria intelectual, en que los dogmas iban en derrota y en que el pensamiento ya era libre. Es que Goethe vino después de los enciclopedistas, después de Bacon, de Locke, de Condillac, de Voltaire, de Diderot y de Spinoza. Entonces habia pasado ya el terror religioso; la razón, asegurada por Descartes, habia dejado de temblar ante la fé. El hombre estudiaba la naturaleza en pleno día, los co-

nocimientos humanos habian abandonado su antiguo pseudónimo, y tomado su verdadero nombre; pues la alquimia se habia quitado la máscara, y se llamaba la química; lo mismo que la astrología que se llamaba la astronomía; la heregia se denominaba la filosofía, y la magia despojada de su misterioso ropage de la Edad Media, se llamaba la ciencia. Entonces la antigüedad habia sido examinada, explorada y escudriñada en sus obras maestras y en sus monumentos. El Olimpo se habia vuelto clásico; el arte habia levantado las estatuas de los dioses derribados por la fé. Apolo habia encontrado su pedestal en Belveder, y Venus resucitada tenia su templo en cada Museo.

Entonces la historia habia descubierto la filiación secreta de las civilizaciones, y consagrado con los hechos esta unión de la antigüedad y de la Edad Media que la leyenda habia simbolizado en los amores de Fausto y Hefena.

Compárense las existencias tan diversas de Marlowe y de Goethe, y se explicará con mas facilidad la profunda diferencia de sus dos obras. Por haber querido Marlowe atraer hácia su Fausto la compasión del espectador, á pesar del rigor demasiado ortodoxo de su conclusión, fué acusado de herege, renegado de sus compañeros y excomulgado por el clero: hubiera sido juzgado, condenado y tal vez quemado, si el cuchillo de Francisco Archer no le hubiese librado de la hoguera. Su muerte es considerada como un castigo del cielo, y la posteridad, todavia más cruel que los contemporáneos del poeta, le condenó á la infamante pena del olvido. Por el contrario ved el destino de Goethe! Goethe, autor á los veinte años de la primera parte de Fausto, llega á ser

ministro de un gran duque de Saxonia; tiene bajo de su soberana dirección el Instituto, las bibliotecas, los museos y los teatros. No gobierna sino que reina en Weimar, donde tiene su corte de príncipes y de grandes escritores, admitiendo á su besamanos á toda la juventud Alemana. Puede á su capricho desgraciar á Novalis y proteger á Schiller. El es tambien emperador, y le faltó bien poco que por su musa no fuera echado el imprudente vencedor de Jena que osó invadir sus dominios. El es asimismo Cesar, y puede sin ser tachado de usurpador, dirigir á su amigo Falk esta pregunta: «¿Por cuanto tiempo voy á llevar todavia sobre mis espaldas mi antigua púrpura imperial?»

Soberano absoluto de su pensamiento y de su público, Goethe pudo atreverse á todo, sin imponerse ninguna restriccion ni guardar el menor miramiento. Pudo, pues, desenvolver sin ningún temor la idea que Marlowe solo pudo indicar. Además desde que Goethe hubo comprendido esta idea que habia deseconocido totalmente en la primera parte de su obra, tan pronto como hubo comprendido el prodigioso simbolo que le presentaba la unión de Fausto con Helena, no titubeó en hacer de esta idea y de este simbolo el asunto de un drama nuevo, y escribió la segunda parte del *Fausto*. En ella Fausto ya no es el D. Juan vulgar que hemos conocido; el seductor de Margarita y el asesino de Valentin, ha tomado la sublime individualidad que le habia dado la leyenda, ha vuelto á sus verdaderos amores volviendo á ser el amante de Helena. El, el genio de la Edad Media, ha reconquistado por fin su homérica belidad, y gracias á este legitimo adulterio, engendró á Euforion, el genio moderno.

Mas, porque Goethe supo desenvolver con magnificencia este asunto, hemos de decir que lo ha creado? Porque fué el autor del drama definitivo ha de decirse que lo es de la idea primitiva? El público que siempre se deslumbra por el resultado, ha llevado á Goethe todo el honor de la invención: en su ciego entusiasmo ha querido que Goethe fuese el verdadero padre de esta Helena y de este Fausto de quien no es mas que el ilustre padrino; y la critica, igualmente deslumbriada, sobre este punto ha alentado y hecho casi suyo el error del público. Y lo que más curioso es, es que Goethe con esta facultad de absorber en sí mismo que tiene el genio, concluye por ser la víctima de la ilusión general, pues á fuerza de asimilarse su asunto por la contemplación, concluye por figurarse que lo ha creado. Así es, que después de haber trazado el plan de la segunda parte de Fausto, escribió á Schiller con un entusiasmo verdaderamente paternal, el 12 de setiembre de 1800:

«Esta semana he llevado á feliz término las situaciones de que os he hablado, *y mi Helena ha visto verdaderamente la luz*. Ahora lo bello me lleva de tal modo hacia el círculo de mi heroína que me affige tener que convertirla en una especie de cuento de las mil y una noches.» Y veinte años después, habiendo vuelto á emprender la tarea abandonada, decía á Zelter. «Debo confiante que por lo que respecta al plan poético, pero no á los desenvolvimientos, he vuelto á emprender los trabajos preliminares de una obra importante, sobre la cual, después de la muerte de Schiller, no habia puesto los ojos, *y que sin el improbable trabajo del día se hubiera quedado in limbo patrum*. El caracter de esta obra es insis-

»tir más y más sobre los dominios de la literatura moderna, y no obstante *desafío á cualquiera del mundo que no llegará á percibir la más pequeña idea.*» Finalmente así que se hubo publicado la obra, escribía otra vez al mismo Zelter: «Ahora sé ya como *ha sido saludada Helena* en Edimburgo, en París y en Moscou. El Escocès trabaja en penetrar la obra, el Francés en comprenderla, y el Ruso en apropiársela.» *Goethe*, por Blaze, p. 12 y 43.

Permitame Goethe que le conteste en lugar de Zelter, y hacerle con todo respeto la observación de que aquí se manifiesta un poco demasiado receloso. La que introduce en el mundo como su propia Helena otros se la habían presentado ya. El autor de la leyenda alemana ya se la había manifestado en los brazos de Fausto, y Marlowe nos había explicado esta mística unión en deliciosos versos.

Cuando Goethe escribía á su amigo ¿ignoraba tal vez estos versos en que el escenario de su tercer acto parece indicar en sus principales detalles, el robo de Helena, la sustitución de Fausto á Paris y su combate con Menelao? ¿Ignoraba Goethe la obra de Marlowe? Cuestión es ésta muy grave y de difícil resolución. En lo que no cabe la menor duda es que, apesar de radicales diferencias, sería fácil descubrir más de una analogía entre el *Fausto* de Marlowe y el *Fausto* de Goethe. Por ejemplo, en la primera escena, cuando el Fausto de Marlowe, sentado en su laboratorio y después de haber pasado revista de todas las escenas humanas, se resuelve á practicar la magia, ¿acaso no habla como el Fausto de Goethe? Cuando más arriba el Fausto de Marlowe evoca ante el Emperador de Alemania

los mudos fantasmas de Alejandro y de su cortesana, ¿no se parece en mucho al Fausto de Goethe evocando ante el Emperador de Alemania los mudos fantasmas de Paris y de su querida? ¿Que el Fausto de Marlowe y el Fausto de Goethe no son ambos celosos gibelinos? ¿En premio de sus servicios no son los dos ministros de su respectivo Emperador?

No permita Dios que yo dispute la originalidad de Goethe en el conjunto de su drama. Lo que pretendo es que esta originalidad, tan poderosa como es, no usurpe la de los otros. Ahora, pues, la originalidad del gran poeta de Weimar no está allí donde la crítica se ha complacido en hallarla; no está en la creación de las figuras principales de la obra, sino en la invención de las secundarias. El no creó á Helena, ni menos á Fausto, ni á Mefistófeles ni á Wagner, pero, sí á Euforion, á Homunculus y al Estudiante. La originalidad de Goethe no está tampoco en el descubrimiento de la idea, sino en su desenvolvimiento, en el cambio de las relaciones entre los personajes, y en la composición de las escenas. Lo que le pertenece, por ejemplo, y es muy suyo, es este Walpurgis pagano donde Fausto asiste al sabat de la antigüedad, después de haber asistido al sabat de la Edad Media, en el que Mefistofeles, este diablo de la leyenda, anda descarriado entre los demonios de la mitología, donde este grotesco del romanticismo pasa revista de todos los grotestos clásicos, los klahires, los dactylos, los Imbos, los Arimaspos, los Grifos, y los Lamias. La leyenda, al conjurar á Helena, sólo habia evocado de lo pasado la beldad suprema; pero Goethe, conjurando á Forquias, evoca la fealdad ideal.

Lo que también le pertenece á Goethe es el desenlace de su drama.

La leyenda católica termina la vida de Fausto por la condenación.

El drama protestante de Marlowe acaba también por la condenación.

El drama panteístico de Goethe concluye con el perdón.

¡Conclusión sublime, pero que sólo era posible en el siglo XIX! Goethe rasga el pacto que Fausto había cerrado con el demonio; esta letra pasada á la orden del usurero diabólico fué declarada nula y como no celebrada en virtud de la justicia suprema, cuya filosofía le dicta la sentencia. Y en cuanto el alma del condenado, á esta alma que la ortodoxia religiosa tenía encerrada en el infierno, Goethe la libra, la purifica y la hace llevar por los angelitos á lo más elevado del paraíso!

Tal es, en resumen, la parte de invención que le pertenece á Goethe de su drama, parte inmensa. que basta para su gloria. Pero, que no se olvide, Fausto no pertenece á ningún poeta, sino á todos los poetas; ni tampoco pertenece á un pueblo dado, sino á todos los pueblos; ni menos á un arte solo, sino á todas las Artes. Es del alemán Widmann, que le representa bajando á los infiernos; es del inglés Marlowe que nos lo muestra pegándole un bofetón al papa; es del holandés Rembrandt que lo ha pintado vestido de una hopalanda burda y de pié delante de su mesa cubierta de alambiques y de cuernos, y mirando con los puños cerrados una figura cabalística dibujada en la pared. — Fausto, personaje á la vez real y fantástico, no es un hombre sino un tipo. Es el genio de la Edad Media, iluminado en el claro oscuro del

siglo XV, por el último resplandor del antiguo crepúsculo y por la luz de la moderna aurora.—Para la historia es el operario que construye la gigantesca prensa de Maguncia; para la leyenda es el alquimista que busca la piedra filosofal, el encantador que evoca la beldad pagana, el brujo que se hace servir por los demonios. Fausto es el grande insurrecto de la duda contra la fé, del libro contra la catedral, y de la ciencia contra el dogma. Es el gran hereje, el gran excomulgado, el gran desesperado. Fausto es al Dios católico lo que Titan es á Júpiter. No pertenece más á Goethe que Prometeo á Eskilo.

FRANCISCO VÍCTOR HUGO.

FAUSTO

DRAMA

PERSONAJES

EL EMPERADOR DE ALEMANIA.

RAIMUNDO, Rey de Hungría.

EL DUQUE DE ANHALT.

EL DUQUE DE SAXONIA.

EL PAPA.

EL OBISPO DE REIMS.

BRUNO, anti-papa.

FEDERICO. } Gentiles hombres de la corte de
MARTINO. } Alemania

BENVOLIO }

EL DOCTOR FAUSTO.

VALDÉS.

CORNELIO. } sus amigos.

MEFOSTÓFILIS, espíritu al servicio de Fausto.

WAGNER, page del mismo.

TRES ESTUDIANTES.

UN ANCIANO.

UN TABERNERO.

UN CARRETERO.

UN CHALAN.

DICK.

ROBIN, el payaso.

LUCIFER.

BELCEBUT.

LA DUQUESA DE ANHALT.

UNA POSADERA

LOS SIETE PECADOS MORTALES.

EL ANGEL BUENO.

EL ANGEL MALO.

CARDENALES, OBISPOS, MONGES, SOLDADOS, ES-
PIRITUS, DEMONIOS, etc.



La escena pasa en diversas partes de Europa, pero principalmente en Wittemberg en Roma y en Viena.

Entra el CORO. (1)

EL CORO.—En el día de hoy. Señores, nuestra Musa no se propone sacar partido de su divino verso, recorriendo los campos de Trasimene, donde Dios Marte desposó á la belicosa Cartago, ni retozando entre las caricias del amor en la corte de los reyes mientras ordenan la ruina de los imperios, ni haciendo pomposas descripciones de hechos heroicos. Toda nuestra tarea del momento se reduce á poner á vuestra vista las vicisitudes buenas ó malas del infortunado Fausto sometiendo á vuestro paciente criterio las circunstancias de más interés de su infancia.

Fausto nació en una ciudad de Alemania llamada Rhodes 2). de padres de humilde origen. Ya muy joven partió para Wittemberg, donde sus padres le dieron una educación esmerada. (3) Hizo tan rápidos progresos en el estudio de las sagradas letras, que no tardó en verse honrado

con el grado de doctor, haciéndose superior á todo el mundo en las controversias de la celestial Teología, hasta tal punto, que henchido de amor propio por su saber, remontóse con sus alas de cera, sobre su esfera, donde los cielos derritiéndose las, causaron su caída. Y en efecto, volviendo á entregarse á sus diabólicas ocupaciones, hinchóse de los dorados dones de la ciencia, embriagándose con la maldita nigromancia. Nada encontró tan dulce como la magia, de manera que la prefirió á su preciosa felicidad. Llegado á este estado, he aquí á nuestro hombre sentado en su laboratorio.

WITTEMBERG

El Laboratorio de Fausto.

FAUSTO.—Pon orden á tus estudios, Fausto, y métete á sondear la profundidad de la ciencia que te propongas. Para comenzar, basta con que seas un teólogo de nombre, pero busca el fin de toda ciencia. Vive y muere en los obras de Aristóteles. ¡Oh dulce Analítica, tú me has extasiado! *Bené disserere est fins logices*. ¿Si será verdad que el discutir bien sea el supremo objeto de la lógica? ¿Acaso este arte no obra el más grande de los milagros? Si es así, déjate de leer más eso, pues que ya lo has conseguido. Al espíritu de Fausto le sentará mejor un objeto más grandioso. Abandona pues la Economía y toma á Galeno.—Fausto, hazte médico; atesora el oro, é inmortalízate por cualquier curación maravillosa.

Summum bonum medicinæ sanitas. El objeto de la medicina es la salud de nuestros cuerpos. Sea, pero ¿acaso no lo has alcanzado? ¿Por ventura no son proclamadas como preciosos monumentos estas recetas con las cuales se han librado de la peste ciudades enteras, y han sido curados mil enfermos de las más tenaces enfermedades? Con todo eso, tú no eres más que Fausto, un hombre. Si tú pudieses hacer que los hombres viviesen eternamente, ó resucitarlos cuando han muerto, entonces si que esta profesión valdría la pena de ser ejercida. Adios, pues, Medicina.—¿Donde está Justiniano? *Si una eademque res legatur duobus, alter rem alter valorem res, etc.* Miserable punto de derecho sobre mezquinos legados. *Ex hereditari filium non potest pater, nisi,* etc. Tal es el objeto de las Instituciones y de todo el cuerpo de la ley. Semejante estudio solo conviene á un pedante mercenario que no tiene otra mira que una bagatela exterior; para mi es demasiado servil é iliberal.—Despues de todo esto, el estudio mejor será el de la Teología. Fausto, examina bien la Biblia de Jerónimo. (4) *Stipendium peccati mors est* ¡Ah!, *Stipendium peccati est!* ¡Que la paga por haber pecado es la muerte! esto es muy duro. *Si peccari negamus, fallimur, et ulla es in nobis veritas;* si negamos que hemos pecado, nos engañamos, y no hay verdad en nosotros. Bien pues, si estamos condenados á pecar, no cabe duda de que por consecuencia de esto estamos condenados á morir, sí, y á morir de muerte eterna. ¿Como llamareis á esta doctrina? *Che sera, sera:* lo que será, será. Quita allá Teología.—Lo que es cosa celestial, son las metafísicas, y los libros de la

nigromancia. ¡Estas líneas! ¡estos círculos! estas letras! ¡estos caracteres! Sí, he aquí lo que tiene mas atractivo para Fausto. ¡Oh! ¡Que mundo de provecho y de delicias, de honores y de omnipotencia encuentra allí el artista estudioso! Todo cuanto se mueve entre los polos fijos estará á mis órdenes. Los emperadores y los reyes solo son obedidos de sus respectivas provincias; más el dominio del que triunfa aquí se extiende tan lejos como el espíritu del hombre. Un mago profundo es un semi-dios. Cerebro mío, pues, trabaja en esta gran ciencia y gana una divinidad (5).

Entra WAGNER. (6)

FAUSTO.—(*Continuando*) Wagner, ve á saludar de mi parte á mis muy caros amigos, Hermandando Valdés y Cornelio, y díles que tengan la bondad de venir á verme luego muy luego.

WAGNER.—Voy allá, Señor. (*Sale Wagner.*)

FAUSTO.—Su conversación me será de mucho más provecho que todas mis tareas; yo solo, no profundizaría tanto y tan pronto.

Entra un ANGEL bueno y OTRO malo.

EL ANGEL BUENO.—¡Oh Fausto! Quitá allá ese libro condenado, y no vuelvas siquiera á mirarlo de miedo que no tiente tu alma y atraiga sobre tu cabeza la pesada cólera de Dios. Léete, léete las Escrituras.—Todo eso es pura blasfemia.

EL ANGEL MALO.—Sigue tu marcha, Fausto, en ese famoso arte donde se encierran todos los tesoros de la naturaleza. Seas sobre la

tierra lo que Júpiter en el cielo, el señor y amo de los elementos (*Salen los dos Angeles.*)

FAUSTO.—¡Como me embriaga esta idea! ¡Obligar á los espíritus que me traigan cuanto me guste! ¡que me aclaren toda ambigüedad! ¡á que lleven á cabo cuantas empresas se me antojen! En fuerza de mi mandato volarán al India á buscarme oro, registrarán las concavidades del océano para traerme las perlas del Oriente; escudriñarán todos los rincones del Nuevo Mundo, para regalarme con sus exquisitos frutos, y tempranas y delicadas producciones. Haré que me lean la filosofía desconocida, y me descubran los secretos de todos los reyes extranjeros. Les forzaré á que me levanten una muralla de bronce alrededor de toda la Alemania, y que circumvalen la bella Vittemberg con un cinto del rápido Rhin. Precizaréles tambien á que me llenen las escuelas públicas de tales conocimientos, que con ellos los estudiantes queden splendidamente adornados. Con la plata que me traerán levantaré ejércitos, arrojaré de nuestro pais al principe de Parma (7), y constituido único rey, dominaré todas estas provincias. Si, haré que los espíritus que estarán á mi servicio, me inventen para los encuentros de la guerra, máquinas más extrañas que la encendida carena que abrasó el puente de Amberes (8).

Entran VALDES y CORNELIO.

FAUSTO.—Ven Hermando Valdés, ven Cornelio, y con vuestras sabias lecciones dadme la felicidad. Valdés, querido Valdés. Cornelio, habeis de saber que por fin vuestros

consejos me han decidido á practicar la magia y las artes ocultas. La filosofía es insípida y oscura, el derecho y la medicina son para espíritus menguados; la magia únicamente, la magia me arrebató. Mis caros amigos, ayudadme en esta tarea. Sí; yo que con mis sùtiles silogismos he hecho enmudecer á todos los pastores de la Iglesia germánica, yo que he obligado á la juventud, orgullo de Vittemberg, á apiñarse alrededor de mis problemas, como los espíritus condenados alrededor de Museo (9) cuando descendió á los infiernos, quiero ser sabio como ese Agripa (10) cuya sombra honraba toda la Europa.

VALDÉS.—Fausto, estos libros, tu talento y nuestra experiencia, nos harán santificar por todas las naciones. A la manera que los moros de la India obedecen á sus amos los españoles, así los espíritus de todos los elementos nos servirán en adelante á los tres. Formarán nuestra escolta, y á nuestro antojo, serán leones ó reitres alemanes llevando la lanza de sus caballeros. ó gigantes de la Laponia que trotarán á nuestro lado, y si se quiere también, mujeres y vírgenes, cuya frente aérea, reflejará mas belleza que la que encierran los blancos pechos de la reina del Amor. De Venecia nos conducirán galeras enormes, y de la América el Toisón de oro, que llena actualmente el tesoro del viejo Felipe (11), dado que el sabio Fausto esté bien resuelto á todo.

FAUSTO.—Estoy tan resuelto á todo como tú á vivir: por lo tanto fuera objeciones.

CORNELIO.—Para realizar los milagros de la magia, es inútil que tú te entregues á nuevos estudios. El que es fuerte en astrología, rico de idiomas, y conoce los meta-

les, posee cuantos principios exige la magia. Estés, pues, bien seguro. Fausto, que adquirirás una nueva nombradía, y que por estos misterios, tendrás más visitas que el antiguo oráculo de Delfos. Los Espíritus me dicen que pueden poner el mar en seco, y recoger los tesoros de todos los naufragios; sí, y á más todas las riquezas que nuestros abuelos escondieron en las entrañas de la tierra. Y siendo así, dime, mi querido Fausto, ¿que puede faltarnos á nosotros tres?

FAUSTO.—Nada, Cornelio. ¡Oh, mi alma reboza de alegría! Venid, enseñadme las demostraciones mágicas, para que pueda hacer conjuros en un espeso bosque y disfrutar en quieta posesión de todos estos goces.

VALDÉS.—Parte pues al instante á un bosque solitario, llevándote contigo las obras del sabio Bacon (12) y de Albano, el salterio hebreo y el Nuevo Testamento; y en cuanto á lo que se necesite á más de esto, nosotros te instruiremos antes de separarnos.

CORNELIO.—Valdés, empieza por darle á conocer los términos del arte; y despues que haya aprendido las ceremonias restantes. Fausto podrá por sí solo hacer prueba de su saber.

VALDÉS.—Es verdad, voy á enseñarte primero los rudimentos, y luego tú te reconocerás más consumado que yo mismo.

FAUSTO.—Ea pues, venid á comer conmigo, y despues de comidos, examinaremos todas las sutilezas del asunto. Antes de acostarme quiero ensayar aquello de lo que soy capaz. Esta misma noche quiero hacer conjuros, aún que me cuesten la vida. (*Salen*)

UNA CALLE

Entran dos ESTUDIANTES

ESTUDIANTE 1.º.—Quisiera saber qué es de Fausto, aquel que acostumbraba hacer resonar nuestras escuelas con sus *sic probo*.

Entra WAGNER llevando botellas de vino.

ESTUDIANTE 2.º.—Pronto lo sabremos; he aquí su page.

ESTUDIANTE 1.º.—Oye, pi. arillo, ¿dónde está tu amo?

WAGNER.—Dios del cielo lo sabe.

ESTUDIANTE 2.º.—¿Es decir que tú no lo sabes?

WAGNER.—Sí, lo sé; prueba que la conclusión es mala

ESTUDIANTE 1.º.—Entonces, tunante, déjate de chanzas; dinos, ¿en dónde está?

WAGNER.—La conclusión no es lógica, por más licenciados que seais, reconozco vuestro humor, y estadme atentos.

ESTUDIANTE 2.º.—Entonces, ¿no nos quieres decir nada?

WAGNER.—Os equivocáis, pues algo os quiero decir. Si vosotros no fuéseis unos bobos, no me dirigiríais semejante pregunta. Porque, ¿acaso no es él lo que vosotros llamáis *corpus naturale*, y todo *corpus naturale* no es *mobile*? Luego, ¿por qué me hacen pregunta tan fuera del caso? Si yo no fuese naturalmente flemático, lento á la cólera y pronto á la lujuria (podría decir al amor), no os tendría cuenta de venir á cuarenta pasos de la plaza de las ejecuciones, pues no me cabe la menor duda de que os vería ahorcados en la próxima sesión. Ahora que

os he vapuleado paso á tomar el continente de un teólogo, y á decir esto: En verdad, mi amo está en casa, mis caros hermanos, y va á comer con Valdés y Cornelio, conforme éste vino, si pudiera hablar, informaría á vuestras reverencias; y con lo dicho, que el Señor os bendiga. os preserve, y os guarde, caros hermanitos míos! (*Sale Wagner*).

ESTUDIANTE 1.º.—¡Oh, Fausto! Ahora sí que temo lo que hace tiempo sospechaba, que hayas sucumbido á la condenada ciencia, que han traído á este mundo esos dos hombres infames.

ESTUDIANTE 2.º.—Aunque fuese para mí una persona extraña, así cómo le profeso el mayor cariño, el peligro en que veo á su alma me movería á compasión. Pero, marchémonos, y vamos á informar de todo esto al rector: puede que sus graves consejos detengan á Fausto.

ESTUDIANTE 1.º.—Me estoy temiendo que ya nada es capaz de contenerle.

ESTUDIANTE 2.º.—Sin embargo, veamos lo que podemos hacer.

UN BOSQUE

Truenos y relámpagos. — Entra
FAUSTO.

FAUSTO.—Ahora que la lúgubre sombra de la noche, deseosa de ver como Orion atraviesa la neblilla, se arroja desde el mundo antártico hacia el cielo, oscureciendo su azul con su tenebroso álito, Fausto, comienza tus encantamientos, y veas si los

demonios obedecerán á tus exorcismos, así que les hayas hecho tus plegarias y ofrecido tus sacrificios.—He aquí en este círculo, el nombre de Jehovah, cuyo anagrama está escrito en el anverso y en el reverso; en estotro lugar están en abreviatura los nombres de los santos, que juntos figuran los elegidos del cielo; allí se ven las inscripciones de signos y de astros errantes que obligan á los espíritus á que aparezcan. No titubees pues Fausto, ten firme y ensaya cuanto la magia puede obrar.

EL TRUENO —Sint mihi Dii Acherontis propitii! Valeat numen triplex Jehovahæ, ignei, acrii, aquitani spiritus! Salvete, Orientus princeps, Belzebub, inferni ardentis monarche, et Demogorgon! propitiamus vos, ut appareat et surgat Mephostophilis Dragon. quod temeraris; per Jehovaham Gehennam et consecratam aguam quam nunc spargo; signumque crucis quod nunc facio; et per vota nostra. ipsa nunc surgat nostris dictatis Mephostophilis (12).

Entra un DEMONIO.

FAUSTO.—Te intimo á que te vuelvas y cambies de forma; para acompañarme eres demasiado feo. Parte y vuelve hecho un viejo fraile franciscano; pues esta santa forma sienta mejor á un demonio (*Sale el Demonio.*) Ya veo que en mis palabras celestiales hay una virtud. ¿Quién, pues, no hará rápidos progresos en esta ciencia? ¡Cuan sumiso es este Mephostophilis! ¡Cuan obediente y humilde! He aquí el poder de la magia y de mis encantamientos.

Vuelve MEFOSTOFILIS.

MEFOSTÓFILIS.—Ahora, Fausto, dí, ¿en qué puedo servirte?

FAUSTO.—Te mando que me asistas mientras viva, y que hagas cuanto Fausto te ordene, aunque sea hacer caer la luna de su esfera, ó que el Océano inunde todo el mundo.

MEFOSTÓFILIS.—Soy el servidor del gran Lucifer, y no puedo seguirte sin su beneplácito; nosotros no podemos ejecutar más que lo que él nos mande.

FAUSTO.—¿Acaso no te ha mandado que te me presentes?

MEFOSTÓFILIS.—No, que yo he venido aquí de mi propio impulso.

FAUSTO.—Que tal vez no has sido evocado por mi conjuración? Dí

MEFOSTÓFILIS.—Ésta ha sido la causa, pero por mera casualidad, pues siempre que nosotros oímos que un hombre pone en tortura el nombre de Dios, abjura las escrituras y el Cristo, su salvador, volamos á él con la esperanza de ganar su alma soberbia; pero jamás venimos que no haya recurrido á practicar lo que le pone en peligro de condenarse. En consecuencia, el camino más corto para conjurar es abjurar brevemente toda piedad, y pregar con devoción al príncipe del Infierno

FAUSTO.—Precisamente esto es lo que acaba de hacer Fausto, pues profesa el principio de que solo Belcebub es el Ser Supremo, y Fausto se consagra enteramente á él. La palabra condenación no me espanta, porque yo pongo el Infierno en los Campos Eliseos. Mi sombra irá á parar donde los Filósofos antiguos.—Mas, dejando aparte

estas vanas niñadas de las almas humanas, dime quien es ese Lucifer, tu amo.

MEFOSTÓFILIS.—Es el Archiregente y el archimaestro de todos los espíritus.

FAUSTO.—¿Pero ese Lucifer no fué un ángel en otro tiempo?

MEFOSTÓFILIS.—Sí, Fausto, y amado de Dios con mucha ternura.

FAUSTO.—Y cómo me explicas que ahora sea el príncipe de los demonios?

MEFOSTÓFILIS.—Oh! á causa de su ambición y orgullo, y de su insolencia. He aquí porque Dios lo echó de la faz del cielo.

FAUSTO.—¿Y quien sois vosotros los que vivís con Lucifer?

MEFOSTÓFILIS.— Los espíritus desgraciados que viven con Lucifer conspiraron con Lucifer contra Dios, y están con Lucifer condenados para siempre.

FAUSTO.—¿Y en dónde estáis condenados?

MEFOSTÓFILIS.—En el infierno.

FAUSTO.—Entonces, ¿cómo es que te encuentras ahora fuera del infierno?

MEFOSTÓFILIS.—Bah! el infierno está aquí, y yo no he salido de él. ¿Crees tú tal vez que yo, que he visto la cara de Dios y gustado las eternas alegrías del cielo, no me siento torturado por diez mil infiernos, viéndome privado de esta bienaventuranza imperecedera! ¡Oh Fausto! Déjate de hacerme estas inútiles preguntas que llenan de terror mi angustiado corazón.

FAUSTO.—¡Qué! ¿el grande Mephostophilis se siente conmovido en tales términos de verse privado de las alegrías del Cielo? Aprende de Fausto el valor varonil y desdén esos goces que jamás poseerás. Ve y lleva estas noticias al gran Lucifer. Dile que has visto que Fausto con sus desespe-

rados pensamientos contra la mas alta Divinidad se ha hecho merecedor de la muerte eterna; dile que le entrego mi alma, con tal que me conceda veinte y cuatro años, durante los cuales me haga gozar de todos los deleites, teniéndote continuamente á mi servicio, para que me des cuanto te pida; porque satisfagas á todas mis preguntas, para exterminar á mis enemigos y socorrer á mis amigos, y hacer siempre mi voluntad. Anda, vuélvete cerca del poderoso Lucifer, y á media noche, ven á enterarme de las intenciones de tu amo.

MEFOSTÓFILIS.—Allá voy Fausto. *(Sale)*.

FAUSTO —Aunque tuviese tantas almas como hay estrellas, las daría todas por Mefostófilis. Por él yo seré el grande emperador del mundo, y levantaré un puente á través del aire inquieto para atravesar el Océano con un ejército. Uviré las alturas en que termina la costa de Africa, y de sus regiones y de la España haré un solo continente para hacerlo tributario de mi corona. El emperador sólo vivirá por mi consentimiento, lo mismo que todos los potentados de Alemania. Y ahora que he alcanzado lo que tanto deseaba, esperaré, meditando este arte, á que vuelva Mefostófilis. *(Sale)*.

UN CUARTO DE LA CASA DE FAUSTO.

Entran WAGNER y el PAYASO.

WAGNER.—Tú por aquí, pillete! galopin!

PAYASO.—¡Guilopo! ¡Oh qué insulto á mi persona! ¡Ira de Dios! Usted es el guilopo! A

buen seguro, usted habrá visto muchos Guilopos con barba!

WAGNER.—Tus entradas son medianas, ¿no es verdad?

PAYASO.—Señor, peores son todavía mis salidas, como usted puede ver.

WAGNER.—¡Qué lástima! ¡Pobre esclavo! Ved como su pobreza se ríe de su misma desnudez! Sé que el bribonzuelo está sin ocupación y tan hambriento, que estoy cierto daría su alma al diablo por una espalda de carnero, aunque estuviese enteramente cruda.

PAYASO.—Oh! no; yo la quisiera bien asada y con una buena salsa, si tan cara me había de costar, se lo aseguro á usted.

WAGNER.—Ea pues, buena pieza, ¿quieres ser mi hombre y entrar á mi servicio? Te haré vestir como un digno discípulo.

PAYASO.—¿De qué manera? ¿De verde?

WAGNER.—No, de seda cruda, matiz pie de alondra.

PAYASO.—¡Pie de alondra! Esta planta mata los insectos: parece que yo seré piojoso si le sirvo á usted.

WAGNER.—Bah! si tú lo serás siempre, tanto si me sirves como no. Porque atiende, picaruelo, si no te ajustas conmigo por siete años, te juro que de todos los piojos de este mundo haré los familiares de tu persona, para que te despedacen.

PAYASO.—A fe mía, señor, puede usted ahorrarse tanto trabajo, pues me son tan familiares, que me pagan para darles de beber y comer; se lo aseguro á usted.

WAGNER.—Vamos, bellaco, fuera chanzas! y toma estos florines.

PAYASO.—Sí, por cierto, señor, y le doy por ello las gracias.

WAGNER.—Siendo así, has de estar siempre listo á cualquier instante y en cualquier lugar que el diablo venga por tí.

PAYASO.—¡Naranjas! Tome usted sus florines, que eso no va conmigo.

WAGNER.—No los tomaré. Tú estás ya obligado. Prepárate, y de no, voy á hacer aparecer inmediatamente dos diablos para que se te lleven Banio! Astaroth!

PAYASO.—Astaroth! Si Astaroth se me acerca, le aso; no temo á un diablo. (*Entran dos demonios*).

WAGNER.—Y bien caballero, ahora querrá usted servirme?

PAYASO.—Sí, sí, mi buen Wagner, y así, haga usted partir á los diablos.

WAGNER.—Espíritus, partid. (*Salen los demonios*). Ahora, picarillo, sígueme.

PAYASO.—De muy buena gana, señor; pero, oiga usted, maestro, ¿me enseñará usted el arte de conjurar?

WAGNER.—S', yo te enseñaré en convertirte en perro, en gato, en ratón, en rata, y en cualquier bicho.

PAYASO.—En perro, en gato, en ratón, en rata! Oh! Admirable Wagner!

WAGNER.—Villano, llamame maestro Wagner; y veas de andar atento; que tu ojo derecho esté siempre diametralmente fijo sobre mi talón izquierdo, porque puedas siempre *quasi vestiglas nostras insistere*.

PAYASO.—Bien, señor, me comprometo á hacerlo. (*Salen*).

EL LABORATORIO DE FAUSTO

FAUSTO solo.

FAUSTO.—Ahora, Fausto, estás ya irrevocablemente condenado; tú ya no puedes salvarte. Siendo así, ¿á qué pensar más en Dios ó en el cielo? Lejos de tí estas tontas ilusiones de la desesperación! Desespera de Dios, pero ten fé en Belcebuth. No retrocedas, Fausto, ten firme. ¿Por qué titubeas? Oh! alguna cosa me está zumbando en el oído: Abjura esa magia, vuélvete á Dios. ¿Por qué? Si ya no me ama. El Dios á quien yo sirvo, es mi apetito, para quien el amor de Belcebuth es todo; solo á él le voy á erigir un altar y un templo y á ofrecerle la sangre caliente de los recién nacidos.

Entran dos ANGELES.

- EL ANGEL MALO.—Fausto, adelanta siempre en ese arte famoso.
- EL ANGEL BUENO.—Buen Fausto, renuncia á ese arte execrable.
- FAUSTO.—Contrición, plegaria, arrepentimiento, ¿qué es todo eso?
- EL ANGEL BUENO.—¡Oh! estos son los medios de conducirte al cielo.
- EL ANGEL MALO.—Antes bien todo ello son ilusiones, frutos de la demencia, que vuelven imbéciles á los que recurren á ellos.
- EL ANGEL BUENO.—Dulce Fausto, piensa en el cielo y en las cosas celestiales.
- EL ANGEL MALO.—No, Fausto, piensa en la gloria y en las riquezas. (*Los ángeles se van*).

FAUSTO.—¡Las riquezas! Oh! sí, el señorío de Ambden será mío. Mientras Mefostófilis sea mi custodio, ¿qué poder puede dañarme Fausto. estás bien asegurado; fuera todas esas ventilaciones! Ven Mefostófilis, y tráeme satisfactorias noticias de parte del gran Lucifer. ¿Acaso no es ya media noche? Ven, Mefostófilis *Veni, veni, Mefostófilis!*

Entra MEFOSTOFILIS.

FAUSTO.—Dime ahora, ¿qué ha decidido Lucifer, tu amo?

MEFOSTÓFILIS.—Que yo sirva á Fausto mientras viva, con tal que tú compres mis servicios con tu alma como precio.

FAUSTO.—Fausto la expuso ya para poseerte.

MEFOSTÓFILIS.—Pero ahora es menester que tú hagas de ella un legado en forma, y que escribas con tu propia sangre el acto de su donación. Lucifer exige esta garantía, y si se la rehusas debo volverme al infierno.

FAUSTO.—Detente, Mefostófilis, y dime de qué puede servirle mi alma á tu amo?

MEFOSTÓFILIS.—Para aumentar su reino.

FAUSTO —¿Que tal vez este es el motivo porque nos tenta de esta manera?

MEFOSTÓFILIS.—*Solamen miseris socis habuisse doloris.* Es un consuelo para los desgraciados tener quien los acompañe en sus padecimientos.

FAUSTO.—Ah! Ya! ¿que sufrís vosotros las penas que nos atormentan á nosotros?

MEFOSTÓFILIS.—Tanto como las almas de los hombres. Pero, dime, Fausto, de una vez, ¿tendré yo tu alma? Ya sabes que yo seré tu esclavo, que te serviré, y que te daré mucho más de lo que tu imaginación puede exigir.

FAUSTO —Sí, Mefostófilis, mi alma será tuya.

MEFOSTÓFILIS —Pues bien; métete con valor esta planchita en tu brazo, y obliga tu alma de manera que á un día dado pueda reclamarla el gran Lucifer como suya; y entonces serás tan grande como el mismo Lucifer.

FAUSTO —Lo ves! Mefostófilis, por amor de tí, Fausto acaba de hacerse una incisión en el brazo; y con su sangre escribe la donación de su alma al gran Lucifer, señor y dueño supremo de la noche eterna. Mira mi sangre como salta de mi brazo; ¡ojalá que sea propicia á mi deseo!

MEFOSTÓFILIS.—Pero, Fausto, has da redactar bien el asunto en forma de escritura de donación.

FAUSTO.—Sí, y esto es lo que hago; pero Mefostófilis, mi sangre se hiela, y no puedo seguir escribiendo.

MEFOSTÓFILIS.—Voy por fuego para disolverla inmediatamente. (*Sale Mefostófilis*)

FAUSTO.—¿Qué puede presagiarme esto? Mi sangre no mana. se detiene: ¿será tal vez que no quiere que yo escriba este papel? ¿Porque no mana de manera que pueda continuar escribiendo?... «Fausto da su alma...» Oh! aquí se paró. Y bien, ¿porque no debo darla? Acaso mi alma no es mía? Volvamos á «scribir: «Fausto da su alma...» (*Vuelve á entrar Mefostófilis con un tizón*).

MEFOSTÓFILIS.—Toma, Fausto, aquí tienes fuego: acércalo á la incisión.

FAUSTO.—Esto es, mira como la sangre empieza á salir de nuevo; pronto voy á concluir.

MEFOSTÓFILIS —Qué no haré yo por obtener su alma?

FAUSTO.—*Consumatum est.* Queda terminado el acto, y Fausto tiene legada su alma ..

Lucifer; pero ¿qué es esta inscripción de mi brazo? *Homo fuge!* ¿A dónde debo huir? Si es al cielo, me repelará al infierno. Bah! mis sentidos están perturbados; si nada hay escrito en el brazo. Oh! sí, veo allí perfectamente escrito: *Homo fuge!* pero Fausto no huirá.

MEFOSTÓFILIS.—Voy en busca de algo que distraiga su espíritu. (*Sale*).

(*Entran demonios que colocan una corona sobre la cabeza de Fausto, y después de haberle vestido un magnífico traje, salen bailando.*)
(*Vuelve á entrar Mefostófilis*).

FAUSTO.—¿A qué viene esta farsa? Habla Mefostófilis

MEFOSTÓFILIS.—Nada, Fausto. Se dirige tan solo á extasia agradablemente tu espíritu, y hacerte ver lo que puede ejecutar la magia.

FAUSTO.—Pero, dime, ¿podré yo evocar semejantes espíritus siempre que quiera?

MEFOSTÓFILIS.—Sí, Fausto, y aun hacer cosas todavía más grandes.

FAUSTO.—Siendo así, Mefostófilis, toma este pergamino; es la escritura en virtud de la cual doy mi cuerpo y mi alma. más siempre bajo la condición de que tú cumplirás los pactos y artículos convenidos entre nosotros dos.

MEFOSTÓFILIS.—Fausto, juro por el infierno y por Lucifer que cumpliré todas las obligaciones acordadas entre los dos.

FAUSTO.—Entonces atiende, Mefostófilis, que voy á leértelo. (*Lee*).

Bajo las siguientes condiciones queda estipulado:

«1.º. Que Fausto será un espíritu en la forma y en la sustancia.

- 2.º Que Mefostófilis será el servidor de Fausto, sometido á sus órdenes.
- 3.º Que Mefostófilis le traerá á Fausto y le proveerá de cuanto le pidiere.
- 4.º Que Mefostófilis permanecerá siempre invisible en la casa de Fausto ó en su aposento.
- 5.º y último. Que debe aparecérsese á dicho Juan Fausto á cualquier momento, y bajo cualquier aspecto ó forma que sea del agrado de éste

Yo Juan Fausto de Wittemberg, doctor, por las presentes.

Doy á la vez mi cuerpo y alma á Lucifer, príncipe del Oriente, y á su ministro Mefostófilis; y á más;—pasados veinte y cuatro años, sin que los artículos arriba citados hayan sido infringidos,—le doy pleno poder para que venga á buscar y se lleve al dicho Fausto, cuerpo y alma, en cualquiera habitación que se encontrare.

Por mí,
Juan Fausto».

MEFOSTÓFILIS.—Dí, Fausto, ¿esto que tú me entregas es verdaderamente escritura?

FAUSTO.—Sí, tómala y el diablo te adelantará en tu carrera.

MEFOSTÓFILIS.—Está bien. Ahora, Fausto, mándame cuanto quisieres.

FAUSTO.—Antes quiero hacerte una pregunta acerca del infierno. ¿En dónde está el lugar que los hombres llaman el infierno?

MEFOSTÓFILIS.—Debajo de los cielos.

FAUSTO.—Si por cierto, como todas las demás cosas; mas, ¿en qué punto?

MEFOSTÓFILIS.—En las entrañas de los elementos, donde nosotros somos atormentados, y en donde permaneceremos siempre. El

infierno no tiene límites; no está circunscrito en un lugar que le sea propio. sino que allí donde nosotros nos encontramos, allí está el infierno. En una palabra, cuando el universo quedará disuelto, y serán juzgadas todas las criaturas, todo el espacio que no será cielo, será infierno.

FAUSTO.—Yo pienso que el infierno es pura fábula.

MEFOSTÓFILIS.—Sí, piensa así hasta que la experiencia te haga cambiar tu idea.

FAUSTO.—¿Y qué, ¿crees acaso que Fausto será condenado?

MEFOSTÓFILIS.—Sí, irrimisiblemente, pues aquí ves el contrato por el cual tu cedés tu alma á Lucifer.

FAUSTO.—Es verdad, y también mi cuerpo; ¿y después qué? ¿Crees tú que Fausto sea tan bobalición que se imagine, que después de esta vida, quede alguna pena? Esto son pamplinas, cuentos de viejas y de menguados alcances.

MEFOSTÓFILIS.—Pero, aquí tienes en mí un ejemplo que te prueba lo contrario; pues te aseguro que estoy condenado, y me hallo en el infierno.

FAUSTO — Enhorabuena, si eso es infierno, me condeno con toda voluntad. Y después de todo, ¿que viene á ser esto? Dormir, comer, pasear y conversar! Más dejemos ya esto. Quiero tomar la chica más hermosa de Alemania, pues soy libertino y lascivo y no puedo estar sin mujer.

MEFOSTÓFILIS.—Te lo apruebo Fausto; pronto tendrás una mujer. (*Sale y vuelve acompañado de una diablesa*)

FAUSTO —¿Y que exhibición es esa?

MEFOSTÓFILIS.—Pero, Fausto, ¿no dices siempre que quieres casarte?

FAUSTO.—En verdad que me traes una ardiente taimada. No, ya no me caso.

MEFOSTÓFILIS.—El matrimonio no es más que una niñada hecha con ceremonia, si me quieres creer, no pienses más en ello. Yo te escogeré las más bellas cortesanas, y cada mañana te las acompañaré á tu cama. Tu corazón poseerá aquella que escojan tus ojos, aunque sea más casta que Penélope, discreta como la reina de Saba y más hermosa que el brillante Lucifer antes de su caída. Mira toma este libro y medítalo bien; la repetida lectura de sus renglones produce el oro; el trazado de este círculo sobre el suelo produce el trueno, las trompas, los huracanes y los rayos; pronuncia esto tres veces devotamente dentro de tí mismo, y te aparecerán los hombres del todo equipados prontos á ejecutar cuanto tú les mandares.

FAUSTO.—Gracias, Mefostófilis, por tan precioso libro; lo guardaré con tanto cuidado como mi vida (1). (*Salen.*)

Entra el CORO.

EL CORO.—El sabio Fausto, queriendo conocer los secretos de la astronomía escritos en el libro celeste de Júpiter, para escalar el Olimpo, ha subido sobre un carro de fuego deslumbrador tirado por un tronco de vigorosos dragones. Partió también para estudiar la cosmografía. Después según mi juicio, se detendrá primero en Roma para conocer al papa y las costumbres de su corte, y tomar parte en el festín de san Pedro que en este día se celebra con magnificencia.

EN EL VIAJE

Entran FAUSTO y MEFOSTOFILIS.

FAUSTO.—Cuando contemplo los cielos, entonces me arrepiento. Mefostófilis, y te maldigo porque me has privado de sus alegrías.

MEFOSTOFILIS.—Tú lo has querido, Fausto, agradécetelo á tí mismo. Más ¿crees tú que el cielo sea una cosa tan espléndida? Te lo aseguro, Fausto, no es ni la mitad tan bello como tú, ó cualquier otro hombre de los que respiran en la tierra.

FAUSTO.—¿Como me probarás eso?

MEPOSTOFILIS.—El cielo ha sido hecho para el hombre, luego el hombre es superior al cielo.

FAUSTO.—Si el cielo ha sido hecho para el hombre, ha sido hecho tambien para mí. Oh! quiero renunciar á esta magia y arrepentirme.

Entran los dos ANGELES.

EL ANGEL BUENO.—Fausto, arrepíentete, el cielo aun se apiedará de tí.

EL ANGEL MALO.—Tú eres un espíritu, Dios no puede tener piedad de tí.

FAUSTO.—¿Quien es el que me está zumbando al oído que soy un espíritu? Aunque yo fuera un demonio, Dios todavía podría apiedarse de mí; si, Dios tendrá piedad de mí si me arrepiento.

EL ANGEL MALO.—Es verdad, pero Fausto jamás se arrepentirá. *(Salen los dos Angeles.)*

FAUSTO.—Mi corazón está endurecido, no

puedo arrepentirme. Apenas puedo pronunciar las palabras salvación, fé ó cielo. A la mano tengo para despacharme, espadas, venenos, cuerdas, estoques envenenados, y lo hubiera hecho sin titubear, si los dulces placeres no hubiesen vencido mi profunda desesperación, si no hubiese tenido el ciego Homero para contarme los amores de Alejandro y la muerte de Œnon; si no hubiese poseído á aquel que levantó las murallas de Tebas al son arrebatador de su arpa melodiosa para darme música con Mefostófilis. Y en tal situación ¿por qué he de morir ó desesperarme indignamente? Mi resolución está tomada, Fausto no se arrepentirá! Ven, Mefostófilis, conversaremos de nuevo discurrendo sobre la divina teología. Dí, ¿hay muchas esferas sobre la luna? Que todos los cuerpos celestes no forman más que un globo, de la misma manera que la sustancia de esta tierra concentrica.

MEFOSTOFILIS.—Lo mismo que los elementos de la tierra, de los cielos, desde la luna hasta el orbe imperial, se cubren los unos á los otros con su respectiva esfera y se mueven conjuntamente sobre un eje cuya extremidad se llama el gran polo del universo; Saturno, Marte y Jupiter no son nombres ficticios son astros de la noche.

FAUSTO —¿Todos estos astros tienen un mismo movimiento, *situ et tempore*?

MEFOSTOFILIS.—Todos se mueven de oriente á occidente en veinticuatro horas, sobre los polos del mundo; pero difieren todos en su movimiento sobre el campo del zodíaco.

FAUSTO —Estas mezquinas cuestiones las puede resolver Wagner. Que Mefostófilis no posee una ciencia más elevada? ¿Quién no

conoce el doble movimiento de los planetas? ¿quien hay que ignore que el primer movimiento se realiza en un día natural, y el segundo de este modo: Saturno en treinta años; Júpiter en doce; Marte en cuatro; Venus y Mercurio en uno, y en cuanto á la luna en veintiocho días? Estas cuestiones son para principiantes. Más, dime, ¿cada esfera tiene una existencia que le sea propia, una inteligencia?

MEFOSTOFILIS.—Sin la menor duda.

FAUSTO.—¿Cuántos cielos ó esferas hay?

MEFOSTOFILIS.—Nueve: los siete planetas, el firmamento y el cielo imperial.

FAUSTO.—¿ero ¿no existe otro cielo, el *cœlum ignæum et chrystillinum*?

MEFOSTOFILIS.—No estas son puras fábulas.

FAUSTO.—Resuélveme esta cuestión. ¿Porque las conjunciones, las oposiciones y los eclipses no se verifican con regularidad? ¿Porque son más frecuentes en unos años que en otros?

MEFOSTOFILIS.—*Per inægualem motum respectu tutius.*

FAUSTO.—Bien, has contestado satisfactoriamente. Pero dime ¿quien ha hecho el mundo?

MEFOSTOFILIS.—No.

FAUSTO.—Dímelo, mi buen Mefostófilis.

MEFOSTOFILIS.—Fausto no me sacudas.

FAUSTO.—Canalla, ¿acaso no te obligastes á decírmelo todo?

MEFOSTOFILIS.—Sí, todo lo que no sea contra nuestro imperio, y esto lo es. Tú estás condenado; piensa pues en el infierno.

FAUSTO.—Fausto piensa en Dios que hizo el mundo.

MEFOSTOFILIS.—¡Acuérdate!

FAUSTO.—¡Hola! quita allá, espíritu maligno, vete al asqueroso infierno! tú eres el que ha condenado la angustiada alma de Fausto. (*Sale Mefostófilis.*)

EL ANGEL MALO.—Has hecho tarde.

EL ANGEL BUENO.—Nunca es tarde, si Fausto se arrepiente.

EL ANGEL MALO.—Si te arrepientes, los demonios te despedazarán.

EL ANGEL BUENO.—Arrepiéntete y jamás se llevarán tu cuerpo. (*Salen los Angeles.*)

FAUSTO.—¡Oh Cristo! mi salvador, mi salvador! socórreme! Salva el alma de Fausto que está en peligro!

Entran LUCIFER, BELCEBUTH
y MEFOSTOFILIS.

LUCIFER.—Cristo no puede salvar tu alma, porque es justo. No hay nadie por quien yo me interese tanto como por tí.

FAUSTO.—Oh! ¿quién eres tú? tú que tienes ese aspecto tan espantoso?

LUCIFER.—Soy Lucifer, y éste es un príncipe del infierno, mi compañero.

FAUSTO.—Ay! Fausto! vienen en busca de tu alma!

BELCEBUTH.—Hemos venido á decirte que nos ultrajas.

LUCIFER.—Tú invocas al Cristo, contra lo que prometiste.

BELCEBUTH.—Tú no deberías pensar en Dios.

LUCIFER.—Piensa en el demonio.

BELCEBUTH.—Y en su madre.

FAUSTO.—No volveré á las andadas; por esta vez perdonad á Fausto, que os promete que no volverá á levantar más sus ojos al cielo.

LUCIFER.—De esta manera te mostrarás obe-

diente servidor, y de ello te daremos alta recompensa?

BELCEBUTH.—Fausto, hemos venido en persona del infierno para que asistas á alguna diversión: siéntate, que vas á ver como los siete pecados mortales se te presentan en su propia forma y facciones.

FAUSTO.—Este espectáculo me será tan agradable como el paraíso lo fué para Adán el primer día de la creación.

LUCIFER.—No hables del paraíso ni de la creación, mas atiende bien á la exhibición. Me-fostófilis va á buscarlos.

Entran los siete Pecados Mortales.

BELCEBUTH.—Ahora, Fausto, puedes pedirles por su nombre y carácter.

FAUSTO.—Sí, sin más tardar, tú, el primero, ¿quién eres?

EL ORGULLO.—Soy el Orgullo, y ni siquiera me digno tener padres. Soy como la pulga de Ovidio; puedo colarme dentro todos los rincones de una muchacha. á veces en forma de perruca me siento sobre su frente; otras en la de un collar me agarro á su cuello; y en la forma de un abanico de plumas, le doy mil besos; y entonces cambiándome en camisa bordada, hago cuanto se me antoja. Mas, ¡ju! ¡que asco, que odor es este! Ni por el rescate de un rey diré una palabra más, á menos que se perfume la tierra y se cubra con una alfombra.

FAUSTO.—En verdad eres un perillán soberbio! ¿Y quién eres tú, la segunda?

LA AVARICIA.—Yo soy la Avaricia, nacida de un viejo roñoso dentro de un saco de cuero. Si ahora pudiese satisfacer mi deseo, esta casa, vosotros y todo se convertiría en oro

para verterlo con mucho cuidado en mi gaveta. ¡Oh mi dulce oro!

FAUSTO.—Y tú la tercera, ¿quién eres?

LA ENVIDIA.—Soy la Envidia, nací de un desollador y de una descorteza ostras. No sé de leer, y por lo mismo quisiera ver quemados todos los libros. Me pongo magra sólo de ver comer á los otros. Oh! quisiera que un hambre universal exterminara á todo el mundo para vivir yo sola! ¡Ya verías cuan gorda me pondría entonces! Más, por qué has de estar sentado y yo de pie? Desciende conmigo, que diablo!

FAUSTO.—Quita allá, miserable envidiosa. Pero quien eres tú, la cuarta?

LA CÓLERA.—Soy la Cólera, no tengo padre ni madre; salté del gáznate de un león, cuando apenas tenía una hora de vida; desde entonces he corrido el mundo en todas direcciones con esta caja de espadas, hiriéndome á mí misma cuando no he encontrado con quien batirme; nací en el infierno y creo que alguno de entre vosotros es mi padre.

FAUSTO.—Y quién eres tú, la quinta?

LA GULA.—Yo soy la Gula: murieron todos mis padres, y quiso el diablo que estos miserables solo me dejaron una pequeña pensión que apenas si basta para mis treinta comidas diarias con seis odres de vino, una bagatela para satisfacer las necesidades de la naturaleza! Soy de raza real: tengo por padre un jamón de cerdo, y por madre un barril de clarete. Mis padres se llamaban Pedro Arengüero y Martín Lomo de vaca; pero mi madrina, oh! es una vieja gran señora, llamada Cerveza de Marzo. Fausto, ahora que conoces á toda mi prosapia, ¿quieres convidarme á cenar?

FAUSTO.—Perdona.

LA GULA.—Que el diablo te ahogue!

FAUSTO.—Que te ahogue á tí glotona! Y tú, la sexta. ¿quién eres?

LA PEREZA.—(*Bostezando*). Ha... ah!..., soy la Pereza; nací encima de un banco puesto al sol. (*Bostezando*). Ha... ha!... No diré una palabra más por cuanto hay en el mundo.

FAUSTO.—Y tú, pícará mujer, la séptima, quién eres?

LA LUJURIA.—Quién? yo, señor? soy aquella que prefiere una onza de carnero á dos de merluza seca. Soy la Lujuria hasta la primera letra de mi nombre.

LUCIFER.—Vete al diablo; anda! en marcha la cuadrilla! (*Salen los siete pecados mortales*).

FAUSTO.—Oh! este espectáculo se me ha embeludado en el alma!

LUCIFER.—Fausto, has de saber que el infierno tiene toda clase de encantos.

FAUSTO.—Oh! que yo no haya podido ver el infierno y volver de él sano y salvo! Entonces que feliz hubiera sido yo!

LUCIFER.—Ya lo serás. A media noche te mandaré llamar; entretanto estudia este libro, léelo del principio al fin, y con esto podrás metamorfosearte en todo lo que quisieres.

FAUSTO.—Gracias, poderoso Lucifer! Lo guardaré con tanto cuidado como mi vida.

LUCIFER.—Entretanto, Fausto, pásalo bien.

FAUSTO.—Y tú también gran Lucifer. Ven conmigo, Mefostófilis. (*Salen los tres por diferentes direcciones.*)

EN EL CAMINO

Delante de una posada.

Entra el PAYASO

EL PAYASO.—¡Hola, Dick! guarda mis caballos hasta que vuelva. He tomado uno de los libros mágicos del Doctor Fausto, y hemos de ejecutar alguna pasada de las suyas.

Entra DICK

DICK —¡Hola, Robin! es preciso que tú partas para conducir los caballos.

PAYASO.—Yo conducir los caballos! ¿Y por quien me tomás tú? Otros quehaceres pesan sobre mí; que los caballos se conduzcan ellos mismos si quieren *A., per se, A; t. h. e. the: O, per se, O; demogargon, gorgon.* Apártate un poco más de mí, tú, palafrenero ignorante é iliterato.

DICK.—Diablo! ¿que tienes ahí, un libro? Y bien, jamás sabrás leer una sola de sus palabras.

PAYASO.—Pronto lo vas á ver; te digo que te coloques fuera del círculo, si no quieres que te arroje á la posada del diablo.

DICK.—En verdad que esto es posible! Mejor harías con dejarte de estas tonterías; pues si llega nuestro amo, él será quien te conjure á tí, ya lo verás!

PAYASO.—Conjurarme á mí nuestro amo! Si se presenta aquí le clavo en la cabeza el más lindo par de cuernos que tú hayas visto en tu vida.

DICK.—No tienes necesidad de hacerlo tú, porque mi ama se ha encargado de ello.

PAYASO.—No falta quien ha sondeado esta materia tan profundamente como cualquier otro. Ah! si quisieran hablar!

DICK —Mala peste te lleve! Siempre pensé que tú no te arrastrabas cerca de ella sin algun objeto. Pero, ruégote que me digas con toda formalidad, Robin, eso que tienes ahí es verdaderamente un libro de magia?

PAYASO.—No tienes más que decirme que quieres que haga, y lo haré. Si quieres verte como bailas en cueros, quítate tus vestidos y voy á evocarte sobre la marcha; ó si quieres ir buenamente conmigo á la taberna, te daré vino blanco, tinto, clarete, jerez, moscatel, medoch, malvasía. ó rompegaznates; beberas hasta hartarte, sin que todo eso nos cueste un penique.

DICK.—Oh! magnífico! vamos allá enseguida te lo suplico, pues tengo una sed de perro.

PAYASO —Vamos, y por lo tanto despachemos pronto. (*Salen.*)

Entra el CORO

EL CORO.—Fausto, queriendo descubrir los secretos de la astronomía escritos en el libro celeste de Júpiter, para escalar el cielo ha subido sobre un carro de fuego deslumbrador tirado por un tronco de vigorosos dragones. Allá, ve las nubes, los planetas, las estrellas, las zonas tropicales, las divisiones del cielo, desde el brillante círculo de la luna trepando hasta la cima del *primum movile*; y girando, al mismo tiempo que esta esfera, en el espacio o circo del polo, de oriente á poniente sus dragones se deslizan al alcance de sus alas, y en ocho días lo vuelven á su aposento. Poco tiempo ha permanecido tranquilo en su casa para dar

algun descanso á sus huesos despues de tan fatigoso viaje. Más nuevas proezas le llaman de nuevo, y montado esta vez sobre el lomo de un dragón que con su vuelo hiende el aire sútil, ha partido para estudiar la cosmografía que mide las costas y los reinos de la tierra. Despues á lo que adivino, se detendrá primero en Roma para conocer al papa y las costumbres de su corte, y tomará parte en la festividad de San Pedro que este día se celebra con magnificencia.

ROMA.

Una cámara en el Palacio del Papa.

Entran FAUSTO y MEFOSTOFILIS.

FAUSTO.—A esta hora, mi buen Mefostófilis, hemos atravesado con fruición la majestuosa ciudad de Treves, circuida por todas partes de aéreas montañas, de murallas de piedra y de profundos fosos, imposible de ser tomada por ningún príncipe conquistador. Después, habiendo pasado por París, hemos costeadado la Francia, hemos visto desaguar el Alein en el Rhin, cuyas orillas estan cubiertas de espesos y fructíferos viñedos. De allí seguimos hasta la rica Campania y a Nápoles con sus arrogantes monumentos que deslumbran la vista, sus calles á cordei embaldosadas de los más hermosos ladrillos; vimos el dorado sepulcro de Virgilio que corta la via en una extensión de una milla á través de un peñasco cu-

bierto de una densa oscuridad. De allí pasamos á Venecia, á Pádúa y á Oriente, en una ciudad, entre otras, de donde se eleva un magnífico templo, que con su ambiciosa flecha amenaza á los astros, cuyas paredes están incrustadas de mosaicos, y sorprendente bóveda se ve con entalladuras ejecutadas en oro. De esta manera Fausto ha pasado el tiempo hasta el presente; pero dime ¿dónde nos encontramos ahora? Que acaso, conforme te lo ordené al empezar nuestro viaje, me has conducido á los muros de Roma?

MEFOSTÓFILIS.—Sí. Fausto mío, y la prueba de ello está en que este es el suntuoso palacio del Papa, y, como nosotros no somos huéspedes ordinarios, he escogido para nuestro uso las cámaras reservadas.

FAUSTO.—No dudo que Su Santidad va á mandarnos la bienvenida.

MEFOSTÓFILIS.—Sucederá una cosa equivalente, pues nos serviremos con toda familiaridad de su dispensa. Pero antes, mi querido Fausto, para tener una idea de las bellezas que encierra Roma, debes saber que esta ciudad descansa sobre siete collados que sostienen sus cimientos; por su centro precisamente corren las aguas del Tiber cuyas sinuosas orillas la cortan en dos partes; en estas márgenes se apoyan dos magestuosos puentes, que dan seguro paso para comunicarse los habitantes de uno y otro lado de Roma. Sobre el puente, llamado puente San Angelo, queda levantada una formidable fortaleza de tal modo artillada que su doble línea de cañones de bronce iguala el número de los días del año. Verás además sus puertas y las elevadas pirámides que Julio Cesar trajo del Africa ..

FAUSTO.—Por los reinos del poder infernal, por la Stigia, por el Aqueronte, por el Ardiente Flegeton que está siempre ardiendo (17), juro que ya se me hace tarde de ver los monumentos y sitios de esta espléndida Roma. Salgamos, pues, ahora mismo.

MEFOSTÓFILIS.—No, Fausto, no te muevas. Estoy seguro que verás con mucho gusto al Papa, y tomarás parte en la fiesta de San Pedro que hoy se celebra con gran solemnidad en Roma y en toda Italia, en honor de la brillante victoria del Papa.

FAUSTO.—Me gustas, mi buen Mefostófilis; mientras permanezco aquí en la tierra, quede yo harto de todas las delicias que pueden embelesar el corazón del hombre. Quiero pasar mis veinticuatro años de libertad en la voluptuosidad y en el placer para esto. Quiero que mientras dure este mundo deslumbrador, mi nombre de Fausto sea ilustre hasta en las más lejanas regiones.

MEFOSTÓFILIS.—Dices muy bien, Fausto. Vamos pues, permanece á mi lado que vas á verlos venir inmediatamente.

FAUSTO —Está bien. Quedémonos, mi gracioso Mefostófilis; Concédeme todo lo que voy á pedirte, y despues me volveré. Ya sabes que en ocho días hemos visto la faz del cielo, de la tierra y del infierno. Nuestros dragones se cernían en tal elevación que mirando hacia abajo la tierra, no me parecía más grande que la palma de mi mano. Entonces vimos los reinos del universo, y yo estaba contemplando todo cuanto puede ser grato á mi vista. Más hoy quiero ser actor en esta ostentación, para que este orgulloso Papa conozca la habilidad de Fausto.

MEPOSTOFILIS.—Hágase tu voluntad Fausto mío; quedémonos aquí primero para ver cuando pase el sequito triunfal; y despues escogerás lo mejor que pueda sugerirte tu espíritu para desconcertar al Papa con los recursos de tu arte ó destruir la magestad de esta fiesta ¿Quieres que estos monges tomen la figura de monos haciendo mueca á la triple corona? Quieres golpear las duras cabezas de los frailes con sus rosarios ó clavar enormes cuernos en la cabeza de los cardenales? Inventa todas las jugarretas posibles que yo las ejecutaré, este día va á hacer de tí la admiración de Roma.

Entran los cardenales y los obispos llevando los unos báculos y los otros urnas de reliquias, viene despues el PAPA, y RAIMUNDO, Rey de Hungría, seguido de BRUNO cargado de cadenas; y enseguida en procesión Monges y Frailes cantando.

EL PAPA.—Que me abajen mi marchapié.

RAIMUNDO.—Bruno de Saxonia, encúrvate, para que Su Santidad, apoyando sus pies sobre tus espaldas, suba á la cátedra de San Pedro para sentarse en el trono pontifical.

BRUNO.—Orgullosa Lucifer, este trono me pertenece; más no creas que yo me arrodillo delante de tí, sino de San Pedro.

EL PAPA.—Delante de mí y delante de Pedro vas arrastrarte, á prosternarte ante la dignidad pontifical. Suenen los clarines; pues he aquí el heredero de San Pedro, que apoyados sus pies en las espaldas de Bruno sube á la cátedra de San Pedro. (*Mientras el Papa monta suena la charanga*) De la manera que las dioses se acercan con un

aspecto acariciador antes de castigar a los hombres con sus brazos terribles, del mismo modo nuestra disimulada venganza va a levantarse y á castigar de muerte á tu odiosa intentona Señores Cardenales de Francia y de Pádua, pasad inmediatamente á nuestro santo Consistorio y entre los estatutos canónicos leed aquel que decretó el sagrado Concilio de Trento contra todo usurpador de la potestad papal, sin la elección y sin el verdadero consentimiento del colegio. Id pues y sin tardar traedme la sentencia.

LOS CARDENALES —Allá vamos, monseñor. (*Salen los Cardenales.*)

EL PAPA.—Señor Raimundo...

FAUSTO.—Ea, pronto, gracioso Mefostófilis, sigue á los Cardenales al Consistorio, y mientras están hojeando sus libros supersticiosos, hiérales de languidez y modorra.... infúndeles tan profundo sueño que tomadas sus vestiduras, podamos los dos conferenciar con el papa, este fiero rival del Emperador; despues á despecho de toda Su Santidad, daremos la libertad á Bruno y le acompañaremos á Alemania.

MEFOSTOFILIS.—Voy allá, Fausto.

FAUSTO.—Parte pronto. El Papa maldecirá el día en que Fausto se presentó! (*Salen Mefostófilis y Fausto.*)

BRUNO.—Papa Adriano, reconoce mi derecho, pues fui elegido por el Emperador.

EL PAPA —Por este hecho yo depondré al Emperador, y maldeciré al pueblo que todavía le está sumiso, y él y tú seréis excomulgados; por el interdicto quedaréis excluidos del privilegio de la Iglesia y de la sociedad de los fieles. El Emperador se ensoberbece demasiado de su autoridad, yergue su

altanera cabeza hasta más allá de las nubes, y domina á la Iglesia como un campanario; pero yo abatiré su insolente altanería. Y así como el Papa Alejandro mi predecesor sentó su pie encima del pescuezo del germánico Federico, y añadió aquella sentencia de oro, que aplaudimos sobremanera, á saber, que en adelante los herederos de San Pedro estarán por encima de los emperadores, y andarán sobre las espaldas de la horrible serpiente aplastando al león y al dragón, y pisoteando sin ningún temor al mortífero basilisco, de la misma manera yo abatiré el orgullo de ese cismático, y en virtud de mi autoridad apostólica le despojaré de su poder legal.

BRUNO.—El papa Julio juró al príncipe Segismundo, en su nombre y en el de los papas de Roma, sus sucesores, que tendrían al emperador por su legítimo soberano.

EL PAPA.—El papa Julio desconoció los ritos de la Iglesia, y ninguno de sus decretos es válido. ¿Acaso no se nos ha conferido todo poder sobre la tierra? Luego no podemos errar aunque quisiésemos. Mira esta cintura de plata de la que penden las siete llaves de oro sellada cada una con su respectivo sello. Este es el testimonio del séptimo poder que hemos recibido del cielo, de atar y desatar, de encerrar, de condenar ó de absolver, de romper ó de sellar según fuere nuestra voluntad. En su virtud que os doblengaréis, tú, el emperador y todo el mundo; de no hacerlo así, estad seguros que mi terrible maldición arrojará sobre vosotros el peso de las penas del infierno.

Entran FAUSTO y MEFOSTÓFILIS vestidos de Cardenales.

MEFOSTÓFILIS.—No es verdad, Fausto, que nos hemos bien ataviado?

FAUSTO.—A las mil maravillas Mefostófilis; y nunca semejantes dos cardenales habrán servido al Papa como vamos á hacerlo nosotros. Mientras los otros duermen en el Consistorio, vamos á saludar á su venerable paternidad.

RAIMUNDO.—Ved, monseñor, que los cardenales están de vuelta.

EL PAPA.—Bienvenidos graves padres; díganme ahora: ¿qué decretó nuestro santo concilio respecto de Bruno y del Emperador, en expiación de su conspiración reciente contra nuestro imperio y la dignidad papal?

FAUSTO.—Sacratísimo patrón de la Iglesia de Roma, por el voto unánime de todo el sínodo de presbíteros y preladados fué decretado lo siguiente: Que Bruno y el Emperador de Alemania sean tenidos por temibles y atrevidos cismáticos é insolentes perturbadores de la paz de la Iglesia. Además, si es verdad que Bruno, de su propia autoridad y sin mandato de sus hermanos germánicos, ha procurado ceñirse la triple corona y llegar por vuestra muerte á la cathedra de San Pedro, los estatutos canónicos tienen decretado: Que Bruno sea condenado incontinenti como herege y quemado sobre una pira de fagina hasta que quede reducido á pavesas.

EL PAPA.—Basta, ea, haceos cargo de él, conducidle derechito al castillo Santangelo, y encerradle en la torre más segura. Mañana presidiendo nuestro Consistorio con todo el colegio de nuestros graves Cardenales, de-

cidiremos de su vida ó de su muerte. Ah! atended, traedos también la triple corona que el llevaba y depositadla en el Consistorio. Despachad pronto y volved luego, mis buenos señores cardenales, y recibid ahora mi bendición apostólica.

MEFOSTÓFILIS.—Vaya! que nunca ningún diablo había hasta el presente sido tan bendecido como yo ahora.

FAUSTO.—Vamos, mi buen Mefostófilis, partamos. Pronto los cardenales van á llevarse gracioso castigo. (*Salen Fausto y Mefostófilis llevándose á Bruno*).

EL PAPA —Ea, ahora que se prepare un banquete, para celebrar la festividad de San Pedro, y brindar en compañía del señor Raimundo, Rey de Hungría á nuestra reciente y feliz victoria.

UNA SALA DE BANQUETE

Música mientras preparan el banquete. Ya dispuesto entran FAUSTO y MEFOSTOFILIS con el mismo traje que antes.

MEFOSTÓFILIS.—Ea, Fausto, prepárate para reir; los cardenales soñolientos aun, llegan para juzgar á Bruno, que nosotros hemos soltado y que montado en un soberbio caballo más veloz que el pensamiento, va volando por encima de los Alpes hacia la feraz Germania para saludar al Emperador que está en la mayor inquietud.

FAUSTO.—Como va á maldecirles el Papa por aquella siesta que ha hecho desaparecer como un sueño á Bruno y su corona. Mas ahora, para que Fausto pueda espaciar su

espíritu y gozarse en la tontería del Papa, encántame aquí mismo, mi buen Mefostófilis, de manera de que yo pueda acercarme invisible á todos ellos, y hacer cuanto se me antoje sin ser visto.

MEFOSTÓFILIS.—Sí, por cierto, Fausto, arrodillate pues ahora mismo, mientras que pongo mi mano sobre tu cabeza, y te encanto con esta varita mágica. Luego, atate esta cintura y quedarás invisible de cuantos están aquí. Que los siete planetas, la región de la tristeza, el infierno y los cabellos ahorquillados de las furias, y el fuego azul de Pluton, y el arbol de Hecate te circunvalen de tal manera con su mágico encanto, que ningún ojo pueda ver tu cuerpo.

FAUSTO.—Gracias, Mefostófilis. Ahora, hermanos míos, cuidado que Fausto haga sangrar vuestros cráneos tonsurados.

MEFOSTÓFILIS.—No hables mas, Fausto que ya vienen los cardenales.

Entran el PAPA y los MAGNATES de su corte. Después los CARDENALES trayendo un libro.

EL PAPA.—Seais los bienvenidos, señores cardenales. Vamos, sentaos. Señor Raimundo, tomad vuestro asiento; servidnos, hermanos míos; y procurad que todo esté bien dispuesto como conviene á tan solemne festividad.

PRIMER CARDENAL.—Que ante todo vuestra sagrada Santidad se digne tomar conocimiento de la sentencia del reverendo sínodo concerniente á Bruno y al Emperador.

EL PAPA.—A que viene esa pregunta? Acaso no os he dicho que yo mañana presidiré el Consistorio y que allí deliberaremos acerca del castigo que debe dársele? No ha un ins-

tante que acabáis de comunicarme el decreto que en nombre del Santo concilio condena á Bruno y á ese maldito Emperador, por qué pues queréis que mire siquiera este libro?

PRIMER CARDENAL.—Vuestra Gracia se equivoca al decir que nos ha dado sus órdenes.

RAIMUNDO.—No lo nieguen sus eminencias, pues todos somos testigos de que Bruno acaba de serles entregado aquí mismo como igualmente su rica corona, que debe ser depositada y guardada en el tesoro de la Iglesia.

LOS DOS CARDENALES.—Por San Pablo, si no hemos visto ni al uno ni á la otra!

EL PAPA.—Por San Pedro que vais á morir si no lo restituís inmediatamente.—Llevadles á la carcel y cargad sus miembros de cadenas.—Prelados impostores, por esta odiosa traición sean vuestras malditas almas en holocausto á la miseria infernal.
(*Se llevan á los Cardenales*).

FAUSTO.—Ya los tenemos en lugar seguro. Ahora, Fausto, á la mesa. Jamás el Papa habrá tenido un competidor tan divertido.

EL PAPA.—Señor arzobispo de Reims, sentaos cerca de mí.

EL ARZOBISPO.—Doy por ello las gracias á vuestra Santidad.

FAUSTO.—Vamos, sirvetel que el diablo te ahogue, si te queda nada en el plato.

EL PAPA.—Quien acaba de hablar? Hermanos míos, buscadle por todo.—Señor Raimundo, os ruego que os sirvais.—Quedaré muy agradecido al obispo de Milan que me dé de aquel plato exquisito.

FAUSTO.—(*Tomando el plato que el obispo pasa al Papa.*) Gracias, señor.

- EL PAPA.—Que viene á ser esto? quien se me ha llevado el plato?—Mi buen señor arzobispo, he aquí de este delicado manjar que me ha mandado un cardenal de Francia.
- FAUSTO.—(Tomando el plato.) Tambien será para mí.
- EL PAPA.—Quienes son pues los hugonotes que nos asisten para que seamos tan indignamente servidos?—Que me traigan vino.
- FAUSTO.—Sí, os lo suplico, porque Fausto tiene seco el gaznate.
- EL PAPA.—(Al Rey de Hungría.) Señor Raimundo, bebo á la salud de Vuestra Gracia.
- FAUSTO.—(Tomando la copa del Papa.) A la salud de Vuestra Gracia.
- EL PAPA.—Como! tambien ha desaparecido mi vino?—Buscad por todo, zopencos, y cogedme al que está haciendo tan viles chanzas; de lo contrario, por mi Santidad, vais todos á morir. Señores míos, os pido perdón por tan enojosa comida.
- UN OBISPO.—Sin ánimo de ofender á Vuestra Santidad, yo creo que será un fantasma escapado del purgatorio que ha venido cerca de Vuestra Santidad para obtener su perdón.
- EL PAPA.—Es posible. Pues bien; que den la orden á mis presbíteros que canten algun deprofundis para apaciguar la furia de este fantasma que esta en pena.
- FAUSTO.—Vamos! sea dicho que cada bocado será sazonado con un disgusto. Ea, tómate eso! (Estampa un bofetón al Papa.)
- EL PAPA.—Oh, me han asesinado! Socorredme señores! Ah! socorro! Sacad mi cuerpo de aqui! Y en cuanto al culpable que su alma sea para siempre condenada. (El Papa huye con su séquito.)
- MEFISTOFILIS.—Y ahora, Fausto ¿que vas á

hacer? tu vas á ser maldito con acompañamiento de campanas, libracos y candelas.

FAUSTO.—Campanas, libracos y candelas! candelas, libracos y campanas! Por delante! Por detrás! pronto, venga un anatema, que eche á Fausto á todos los infiernos!

Entran frailes llevando una campana, un libro y candelas.

PRIMER FRAILE.—Hermanos míos emprendamos nuestra tarea con mucha devoción. Maldito sea aquel que ha robado la comida de Su Santidad de sobre la mesa!

TODOS LOS FRAILES.—*Maledicat Dominus!*

PRIMER FRAILE.—Maldito sea aquel que ha estampado á Su Santidad un bofetón á la mejilla.

TODOS LOS FRAILES.—*Maledicat Dominus!*

PRIMER FRAILE.—Maldito sea aquel que ha sacudido á nuestro hermano Sandalo un fuerte golpe sobre su dura cabeza!

TODOS LOS FRAILES.—*Maledicat Dominus!*

PRIMER FRAILE.—Maldito aquel que ha perturbado nuestro santo canto fúnebre!

TODOS LOS FRAILES.—*Maledicat Dominus!*

PRIMER FRAILE.—Maldito sea aquel que se ha llevado el vino de Su Santidad!

TODOS LOS FRAILES.—*Maledicat Dominus!* (*Fausto y Mefostófilis apalean á los frailes, les arrojan llamas á las piernas, corriéndoles detrás. Salen todos.*)

UNA CARRETERA

Entran el PAYASO y DICK llevando una copa.

DICK.—Ira de Dios, Robin, deberíamos procurar que tu diablo tomara de su cuenta el

hurto de esta copa, porque el tabernero corre trás de nosotros.

EL PAYASO.—Poco importa. Que venga! Si nos alcanza, le conjuraré como nunca lo haya sido en su vida, se lo aseguro. A ver la copa.

Entra el TABERNERO

DICK.—Hélo aquí que ya llega, Robin; ahora ó nunca es ocasión de que muestres tu habilidad.

EL TABERNERO.—Ah! estais aquí! me alegro de haberos encontrado; sois un par de buenas piezas; ¿donde está la copa que acabais de robar en la taberna?

EL PAYASO.—Como! que dices! nosotros robar una copa! Mira lo que dices; no tenemos cara de ladrones de copas, y puedo asegurártelo.

EL TABERNERO.—(*Volviéndose á Dick despues de haber registrado en vano al Payaso.*) Vamos, perillan, déjate registrar á tu vez.

DICK.—Sí, sí, registra. (*Aparte*) Toma la copa, Robin. No temo tus escudriños; nosotros tenémos á menos el hurtar copas; puedo asegurártelo.

EL TABERNERO.—No me obligueis á que acepte, pues de seguro la copa está entre vosotros dos.

EL PAYASO.—(*Arrojando lá copa.*) En esto justamente mientes; nosotros dos somos incapaces de tomarla.

EL TABERNERO.—Que la peste os lleve, si no creí que habiais hecho la farsa de llevarosla. Vamos! Ayudadme á encontrarla.

EL PAYASO.—Ah! esto es pedirnos mucho. ¿Puedes decirnos cuando desapareció? Dick, trázame un círculo, y pongámonos espalda

contra espalda; por tu vida no te muevas! tabernero, vas á recobrar tu copa.—No digas nada Dick.—O, per se, o; Demorgon, Belcher, Mefostófilis?

Entra MEFOSTOFILIS

MEFOSTOFILIS —Oh legiones de príncipes del imperio infernal! Cuanto me han hechizado los encantamientos de estos perillanes! Venir aquí desde Constantinopla solo para dar gusto á estos dos bribones!

EL PAYASO.—Por la Virgen, caballero, que usted ha hecho el viaje bien pronto! Gusta usted tomar una espalda de carnero para cenar y un teston para su bolsa? Con esto podría regresar enseguida.

DICK.—Acepte usted, se lo pido de lo íntimo de mi corazón: pues le juro á usted que solo le hemos llamado por pura broma.

MEFOSTOFILIS.—(*Volviendose de cara á Dick.*) Para expiar el descaro de esta acción maldita, tú seas cambiado en una forma fea, por tus acciones de mono seas transformado en mono.

EL PAYASO —Ah! bravo! en mono! Señor, por favor, permita usted que yo le pasee por el país para hacerle dar vueltas.

MEFOSTOFILIS. — Concedido! Seas convertido en perro, y poséalo sobre tus espaldas.

EL PAYASO.— Un perro! excelente figura! Ya pueden las criadas vigilar bien las marmittas, porque á este paso voy á entrarme por las cocinas. Andemos, Dick, andemos! (*Dick salta á la espalda del Payaso; ambos salen y el tabernero les sigue.*)

MEFOSTOFILIS.—Ahora voy a alarme con llamas del fuego eterno y volar con furia hacia mi Fasto á la corte del Gran Turco. (*Sale*)

VIENA

Un patio en el Palacio del Emperador.

Entran MARTINO y FEDERICO, por dos puertas opuestas.

MARTINO.—¡Hola! he! oficiales, gentilhombres! pronto á la sala de audiencia para escoltar al Emperador. Buen Federico; atiende á que las cámaras queden inmediatamente despejadas, pues Su Magestad va á venir; y no descuides que el trono esté dispuesto.

FEDERICO.—Pero donde está Bruno, nuestro papa de elección? Se ha escapado de Roma sobre las espaldas de una furia. Qué! Su Gracia no acompañará al Emperador?

MARTINO.—Oh! sí, y con él vendrá el hechicero alemán, el sabio Fausto, la gloria de Witemberg, la maravilla del mundo en el arte mágico. Este tiene la intención de mostrar al gran Carlos la imponente procesión de todos sus predecesores, y de evocar en presencia de Su Magestad, al fantasma real y á la belicosa apariencia de Alejandro y de su linda querida.

FEDERICO.— Dónde está Benvolio?

MARTINO —Profundamente dormido, te lo aseguro; esta última noche ha vaciado las cántaras de vino del Rhin á la salud de Bruno, con tal generosidad, que el perezoso guardará cama todo el día.

FEDERICO —Mira, ves! su ventana está abierta. Llamémosle!

MARTINO.—¡Hola! Benvolio!

BENVOLIO aparece á una ventana con su gorra de noche abotonándose.

BENVOLIO.—Qué diablos tenéis los dos?

MARTINO.—Habla bajo, señor mío, que el diablo no te oiga. Fausto acaba de llegar á la corte sobre los talones de mil furias prontas á ejecutar cuanto se le antoje al doctor.

BENVOLIO.—Y bien! y después?

MARTINO.—Vamos, deja primero el cuarto, y verás como el encantador hará delante del Papa y del Emperador Rey cosas tan estupidas como nunca se hayan visto en Alemania.

BENVOLIO.—Que tal vez el Papa. no está aun hastiado de estas brujerías? No ha mucho que iba montado en las espaldas del diablo; si tan embelezado está de él que con él se vuelva á Roma!

FEDERICO.—Ea, quieres venir ó no á ver este espectáculo?

BENVOLIO.—No.

MARTINO.—Que prefieres permanecer en esta ventana y verlo desde ahí?

BENVOLIO.—Sí, si durante la función no me tumbo rendido de sueño.

MARTINO.—El Emperador se acerca. Viene á ver qué milagros pueden operarse por la magia negra.

BENVOLIO.—Eñhorabuena! Ve con el séquito del Emperador, que yo por esta vez me resigno á sacar la cabeza por la ventana. Dicen que cuando un hombre ha estado embriagado toda una noche, por la mañana el diablo no puede nada contra él. Si esto es verdad, yo tengo tal hechizo en la cabeza, que con él sujetaré al diablo tan bien

como vuestro encantador; te lo garantizo.
(*Suena la charanga*).

Entran CARLOS, EMPERADOR de Alemania, BRUNO; EL DUQUE de Saxonía, FAUSTO, MEFOSTOFILIS, y la gente del séquito

EL EMPERADOR.—Maravilla de los hombres, fama de la magia, sapientísimo Fausto, seas el bienvenido á nuestra corte. Libertando á Bruno de las manos de nuestro enemigo, de nuestro enemigo declarado, has probado la excelencia de tu arte mejor que si pudieses hacerte obedecer del mundo entero, con los poderosos encantos de la nigromancia. Seas para siempre el muy amado de Carlos. Y si algún dia este Bruno que acabas de salvar, llega á poseer en paz la triple diadema, y á despecho de los azares se sienta en la cátedra de San Pedro, te habrás hecho famoso por toda la Italia, y serás honrado por el Emperador.

FAUSTO.—A tus graciosas palabras muy real Carlos, el pobre Fausto responderá amando y sirviendo con todas sus fuerzas al Emperador de la Alemania, y poniendo su vida á los pies del santo Bruno. Y en prueba de ello, si es del agrado de vuestra Magestad, el doctor, en virtud de su arte está dispuesto á arrojar estos encantos mágicos de manera que traspasen las puertas de ébano del infierno que arde sin cesar, y á sacar de sus profundidades á las severas furias para hacerles ejecutar cuanto Vuestra Gracia ordene.

BENVOLIO.—Cuerpo de Dios! el chico se las promete gordas! Con todo, yo no le doy gran crédito; se parece tanto á un encanta-

dor como el Papa á un vendedor de manzanas.

EL EMPERADOR.—Fausto conforme nos lo has prometido, haznos ver á este famoso Emperador, al gran Alejandro y á su querida; muestranoslos bajo su verdadera forma, en toda la magestad de su pompa para que muevan nuestra admiración.

FAUSTO.—Vuestra Magestad los verá inmediatamente. Parte, Mefostófilis, y al solemne sonido de los clarines haz parecer ante éste Real Emperador al gran Alejandro, y á su bella amiga.

MEFOSTÓFILIS —Obedezco, Fausto. (*Sale Mefostófilis*).

BENVOLIO.—Bueno! señor doctor, si tus diablos no vienen presto, vas á verme dormido en un instante. Voto á bríos! que voy á comerme de rabia á mi mismo, con solo pensar que he sido tan bestia durante todo este tiempo para estarme con la boca abierta, mirando al gobernador del diablo, sin ver nada absolutamente.

FAUSTO.—(*Aparte*) Bah! si mi ciencia no me falla, voy á hacerte sentir alguna cosa ahora mismo .. (*En alta voz.*) Monseñor, debo advertir á vuestra Magestad que cuando mis genios le presenten las reales sombras de Alejandro y de su cortesana, Vuestra Magestad no debe dirigirles la menor pregunta. Es menester que estas apariciones vengan y se vuelvan durante el mas profundo silencio.

EL EMPERADOR.—Cuanto sea del gusto de Fausto, será también del nuestro.

BENVOLIO.—Sí sí, y también del mio. Si tu conduces á Alejandro y á su querida delante del Emperador, quiero ser otro Acteon, y quedar convertido en ciervo.

FAUSTO.—(*Aparte*). Y yo quiero ser Diana y mandarte los cuernos inmediatamente. (*Charanga*).

Entra por una puerta el EMPERADOR Alejandro y por otra DANIO.

(*Se baten. Danio queda derribado y Alejandro lo mata, le quita la corona y en el momento en que va á salir, se encuentra con su querida; la abraza y le coloca en la cabeza la corona de Danio. Luego los dos van á saludar al Emperador de Alemania, el que levantándose de su trono, hace como que va á abrazarles. Se apercibe Fausto de ello, y detiene al Emperador. Entonces se para la charanga, y empieza una sinfonia*).

FAUSTO —(*Al Emperador.*) Os equivocais, mi gracioso Señor; estos no son más que sombras y no cuerpos.

EL EMPERADOR.—Oh! perdona; mi imaginación se ha exaltado tanto, á la vista de este glorioso Emperador, que hubiera querido estrecharle en mis brazos. Mas ya que no puedo hablarle, para satisfacer plenamente mis deseos, permíteme que te diga esto, Fausto: He oído decir que esa señora, cuando andaba por la tierra tenía al pescuezo una pequeña berruga ó lunar. Podría yo ahora asegurarme si es verdad esto?

FAUSTO.—Vuestra Magestad puede ir á verificarlo sin ningun inconveniente.

EL EMPERADOR.—Sí, es verdad, Fausto. La veo perfectamente. He quedado mas satisfecho de este espectáculo, que si hubiese ganado otro imperio.

FAUSTO.—Fuera ya de aquí! Partid! (*Sale la pantomima. Fausto señalando á Benvolio en la ventana*) Vea pues, vea mi gracioso Se-

ñor! Quien es aquella bestia extraña de allá que saca su cabeza por la ventana?

EL EMPERADOR.—Oh! que espectáculo tan sorprendente! Mirad, Duque de Saxonia, que par de proeminentes cuernos, tan estrañamente clavados en la cabeza del joven Benvolio.

EL DUQUE DE SAXONIA.—Ah! Que está dormido ó muerto?

FAUSTO.—Duerme, monseñor, pero sus cuernos no son un sueño.

EL EMPERADOR.—Esta broma es excelente; voy á llamarle y despertarle. ¡Hola! he! Benvolio.

BENVOLIO.—Mala peste se os lleve! Dejadme dormir un poco!

EL EMPERADOR.—No te vituperaré que duermas mucho con una cabeza como la tuya.

EL DUQUE DE SAXONIA.—Atiende, Benvolio! que el que te llama es el Emperador.

BENVOLIO.—El Emperador! donde está? Oh! mil rayos! Que es de mi cabeza?

EL EMPERADOR.—No; si tus cuernos tienen firme; tu cabeza no necesita de nada, pues es á suficiente armada.

FAUSTO.—Y bien! como le va á usted caballero? Como! colgado de dos cuernos! Eso es demasiado espantoso! Quite usted allá, retire usted su cabeza, siquiera por vergüenza, para que el mundo entero no se burle de usted.

BENVOLIO.—Malos rayos! Doctor, que esta farsa es obra suya!

FAUSTO.—Oh! que es lo que usted dice! El doctor no tiene ningun talento, ninguna ciencia, ni arte ninguno! El, hacer ver á estos señores ó traer ante el Emperador al belicoso Alejandro! Si Fausto hace eso, Benvolio consiente en convertirse inmediatamente en ciervo bajo la figura del audaz

Acteon (*Al Emperador.*) Ahora, monseñor, si es del agrado de Vuestra Magestad, voy á evocar una jauría de perros que corran á cazarle, de manera que todo el juego de sus piernas apenas podrá salvar su carcasa de sus agudos colmillos. ¡Hola! Belimonte! Argiron, Astaroth!

BENVOLIO.—Deteneos! deteneos! por mil rayos! Creo que va al instante á evocar una trahilla de diablos. Mi buen Señor interceded en mi favor! Por la sangre del Cristo, que jamás podré soportar tan atroz suplicio.

EL EMPERADOR.—Ea! mi buen doctor, os ruego que le quiteis los cuernos. Ahora ya tiene hecha bastante penitencia.

FAUSTO.—Mi gracioso Señor, menos por la injuria que me ha inferido, que por divertir un poco á Vuestra Magestad, acaba Fausto de dar esta justa lección á ese insolente caballero Satisfechos ya todos mis deseos, voy á quitarle los cuernos. Mefostófilis, vuélvele su primitiva forma—Y en adelante, señorito, procure usted hablar bien de los sabios.

BENVOLIO.—Hablar yo bien de ustedes? Ira de Dios! si los sabios son tan buenos fabricantes de cornudos que pongan cuernos en la cabeza de las personas decentes de mi clase, no estaremos seguros de conservar nuestra frente lisa ni nuestra humilde gorra. Si no me vengo de esta afrenta, que me cambien en ostra abierta y no pueda beber más que agua salada!

EL EMPERADOR.—Ven Fausto. Mientras viva el Emperador, en recompensa de tu eminente mérito, tú gobernarás el imperio de Alemania, y serás amado del poderoso Carlos. (*Salen.*)

UN PARQUE

Entran BENVOLIO, MARTINO,
FEDERICO y dos soldados.

MARTINO.—Ea, mi querido Benvolio, renuncia á tu intentona contra el encantador.

BENVOLIO.—Basta! tú no me quieres si me exiges esto. Como tengo de olvidar tan grande ultraje, cuando toda la servidumbre se está riendo de mi desgracia, y con sus groseros equívocos dicen los insolentes que hoy Benvolio ha tenido la cabeza adornada de cuernos! Oh! que mis párpados no vuelvan á cerrarse jamás hasta que con mi espada haya matado á ese brujo! Si tú quieres ayudarme en esta empresa, desenvaina la espada, y ten firme; de lo contrario dejame solo. Aquí morirá Benvolio, si la muerte de Fausto no venga mi deshonra.

FEDERICO.—No temas que no te dejaremos, suceda lo que quiera. Si el doctor se acerca por aquí, matémosle.

BENVOLIO —Y bien! garboso Federico, anda deprisa por estos matorrales. Coloca cerca de nosotros á nuestros criados y a nuestra escolta en emboscada allá detrás de esos árboles. Sé que el encantador no está lejos; le he visto arrodillado delante del Emperador; le ha besado la mano y se ha despedido de él cargado de ricas recompensas. Por lo tanto, soldados, combatid con valor. Si Fausto muere, el botín es para vosotros, y para nosotros la gloria.

FEDERICO.—Vamos! soldados, seguidme detrás de estas breñas. El que mate á Fausto tendrá oro en abundancia y nuestro reconocimiento. (*Sale Federico con los soldados.*)

BENVOLIO.—Mi cabeza se siente más lijera que

antes del peso de los cuernos, pero ahora mi corazón me oprime más que la cabeza y no se calmará hasta que vea muerto al hechicero.

MARTINO.—Donde debemos colocarnos, Benvolio?

BENVOLIO.—Permaneceremos aquí para sostener el primer asalto. Oh! Permita Dios que este condenado sabueso del infierno, venga á ocupar su puesto de manera que yo quede pronto vengado de este horrible ultraje! (*Federico vuelve.*)

FEDERICO.—Acercaos! acercaos! que el brujo está á dos pasos. He lo allá con su túnica que viene paseándose solo. Preparaos pues, y derribadme á ese palurdo.

BENVOLIO.—Este honor me corresponde á mí! Ea, espada mía, hiere al blanco! Por los cuernos que me dió, quiero tener su cabeza.

Entra FAUSTO con una cabeza postiza.

MARTINO.—Mirad! mirad! he lo ahí.

BENVOLIO.—Calla, este golpe concluye con todo. Que el infierno se lleve su alma. Esto debe derribar su cuerpo (*Descarga una cuchillada á Fausto.*)

FAUSTO.—(*Cayerdo.*) Ah!

FEDERICO.—Que ronca usted, señor doctor?

BENVOLIO.—Ojalá que este ronquido le parta el corazón! toma! querido Federico, he aquí que pronto van á terminar sus dolores.

MARTINO.—Dale sin consideración, que tiene cortada la cabeza.

BENVOLIO.—El demonio queda ya muerto; ahora si que las furias pueden reirse.

FEDERICO.—Ved ese mirar severo que con un froncido de cejas hacía temblar y horripilar con el poder de sus encantos al mismo siniestro monarca de los espíritus infernales!

MARTINO.—Hé aquí pues esta cabeza condenada, cuyo arte urdió á la presencia del Emperador la humillación de Benvolio.

BENVOLIO.—Sí, ved su cabeza, contemplad su cuerpo tendido en tierra: justa recompensa de sus maldades!

FEDERICO.—Ea! discurramos que ignominias podemos añadir al negro deshonor de su nombre execrable.

BENVOLIO.—Ante todo, y en reparación del ultraje que me hizo, quiero clavar en su cabeza dos enormes cuernos que yo mismo colgaré de la ventana en que él me convirtió en minotauro, para que todo el mundo pueda ver mi justa venganza.

MARTINO.—Y qué haremos de su barba?

BENVOLIO.—La venderemos á un desollador que os aseguro que con ella podrá vestir diez mangos de escoba.

FEDERICO.—¿Y de sus ojos?

BENVOLIO.—Se los arrancaremos, y servirán de botones para sus labios á fin de impedir que su lengua se le enfrie.

MARTINO.—Excelente programa. Ya es hora, señores, que lo hayamos decapitado, ¿para que puede ser útil su cuerpo? (*El cuerpo de Fausto se agita.*)

BENVOLIO.—¡Por mil rayos! que el demonio vuelve en vida.

FEDERICO.—En nombre del cielo devolvedle su cabeza.

FAUSTO.—(*Levantándose.*) No, guardadla. Fausto os tomará á todos la vuestra, las manos y el corazón en castigo de acción tan detestable. ¡Traidores! ¿no sabiais que

mi existencia sobre la tierra está fijada en veinte y cuatro años? Aunque hubieseis cortado mi cuerpo con vuestras espadas, y hubieseis picado mi carne y mis huesos en pedacitos como granos de arena, mi alma habría vuelto dentro de un minuto, y con mi soplo hubiera rehecho un hombre libre de vuestros ataques. Pero ¿para que retardar mi venganza con palabras? ¡Astaroth! ¡Belimoth! ¡Mefostófilis!

Entra MEFOSTOFILIS con otros diablos.

FAUSTO.—¡Vamos! cargaos estos traidores sobre vuestras grupas abrasadoras, y llevaosles á lo más alto de los cielos; y de allí arrojadles de cabeza abajo á lo más profundo de los infiernos. Pero no, deteneos. Es menester antes que este mundo vea su ruina, antes que el infierno castigue su traición. Ve, Belimoth, llévate á ese miserable y sambullelo en aquel estanque lleno de fango y de inmundicia; tú, toma á estotro, y arrástralo á través de este bosque por en medio de las zarzas mas punzantes, y de los escaramujos más agudos; mientras que ese traidor volará con mi complaciente Mefostófilis hacia aquella peña aguda de cuyo pico lo dejará caer rodando expuesto á que se le rompan los huesos, como el pícaro quería que se hiciese de los míos. Inmediatamente ejecutad mis órdenes.

FEDERICO.—¡Perdón! ¡dulce Fausto, salvadnos la vida!

FAUSTO.—¡Andando!

FEDERICO.—El que es llevado del diablo no puede resistirse. (*Salen los diablos con Martino, Federico y Benvolio.*)

Entran los soldados.

PRIMER SOLDADO.—¡Ea, señores, en guardia! ¡despachémonos! Socorramos á esos nobles gentilhombres. Les he oído batirse con el encantador.

SEGUNDO SOLDADO.—Toma, justamente están ahí. Corramos y matemos al palurdo.

FAUSTO.—¿Qué es eso? Otra emboscada para matarme á traición! Vamos, Fausto, pon tu ciencia á prueba! ¡Deteneos, viles canallas! Ved como estos árboles retroceden á mi mando, y se colocan como un baluarte entre mi y vosotros, para protegerme contra vuestra odiosa acechanza. Y además para sostener vuestro débil ataque, veis, he aquí que en mi defensa viene un ejército. *(Fausto da golpes á la puerta del parque. y á esta señal se ve entrar un demonio batiendo marcha con el tambor, luego otro llevando el estendarte, siguiéndoles una muchedumbre de otros con armas. Llega Mefostófilis armado con cohetes. Todos se echan sobre los soldados que ahuyentan.)*

UN BOSQUE

Entran por diversas puertas BENVOLIO, FEDERICO y MARTINO con la cara ensangrentada, embadurnados de fango é inmundicia, llevando todos cuernos en la cabeza.

MARTINO.—¡Hola! ¡Benvolio!

BENVOLIO.—¡Hola! Federico ¿tú por aquí?

FEDERICO.—Socorredme, mis amigos. ¿Dónde está Martino?

MARTINO.—Aquí, querido Federico, medio asfixiado por haberme echado en un estanque de lodo y fango, á través del cual me han arrastrado las furias cogido por los talones.

FEDERICO.—Mira, Martino, Benvolio tiene todavía sus cuernos.

MARTINO.—¡Oh que desgracia! ¿Como te encuentras Benvolio?

BENVOLIO.—¡Cielos, defendedme! ¿Que siempre seré yo el juguete de ese brujo?

MARTINO.—¡No, no tengas miedo, amigo mío! No nos encontramos en estado de matar.

BENVOLIO.—¡Amigos míos; de este modo estais metamorfoseados! ¡Oh ultraje infernal! vuestras cabezas están guarnecidas de cuernos.

FEDERICO.—Tú lo has dicho, pero tú hablarás de la tuya; tientatela.

BENVOLIO.—¡Mal rayo! ¿todavía cuernos?

MARTINO.—Vamos, no te sulfures, mi valiente, estamos todos perdidos.

BENVOLIO.—¿Qué diablo tiene á su servicio este condenado de mago, para que á despecho de nuestro despecho se multipliquen así nuestros males?

FEDERICO.—¿Que es lo que podemos hacer para ocultar nuestro bochorno?

BENVOLIO.—Si siguiésemos á nuestro hechicero para trabajar en venganza nuestra, á estos enormes cuernos añadiría largas orejas de asno, y haría de nosotros la risa del universo.

MARTINO.—Pues entonces ¿qué haremos mi querido Benvolio?

BENVOLIO.—Yo tengo un castillo contiguo á este bosque. Nos estableceremos en él y allí viviremos en la oscuridad, hasta que el tiempo modifique nuestras formas bestiales. Ya que nuestra oscura desgracia ha eclipsa-

do nuestra nombradía, más vale que muramos de dolor, que vivir con vergüenza (1)

WITTEMBERG

La casa de Fausto.

Entra FAUSTO y un CHALÁN

EL CHALAN.—Suplico á su Señoría que acepte estos cuarenta pesos.

FAUSTO —¡Amigo! á tan bajo precio no puedes comprar tan buen caballo. No me urge el venderlo, mas si lo quieres por veinte duros más, tómalo, pues estoy viendo que tienes necesidad de él.

EL CHALAN.—Señor, ruego á usted que acepte esto: soy un hombre muy pobre, y últimamente he perdido mucho en la venta de la carne de caballo: este negocio podrá reponerme un tanto.

FAUSTO —Vamos, contigo no quiero regatear, dame el dinero. Ahora, chico, te digo que puedes llevarlo por fosos y barrancos sin tenerle consideración ninguna; más atiende, nunca le llesves al agua.

EL CHALAN.—¿Cómo, señor, al agua no? ¿Qué tal vez no bebe de cualquier agua?

FAUSTO.—Sí, bebe de todas aguas; pero te digo que no lo llesves al agua; por setos y fosos ó por donde quieras, bien, mas no lo llesves al agua. Ea, di al mozo de la cuadra que te lo entregue, y no olvides lo que te he dicho.

EL CHALÁN —Se lo prometo, señor. ¡Oh! ¡día feliz! Ahora queda hecha mi fortuna para siempre. *(Sale)*.

FAUSTO.—*(Solo)* ¿Qué eres tú, Fausto, sino un hombre condenado? Se acerca el término

fatal de tu vida. La desesperación lleva ya su desconfianza en el pensamiento. Pongamos fin á este trance con un calmoso sueño! ¡Pero no! El Cristo pendiente de la cruz habló bien al ladrón; descansa pues, Fausto, con ánimo tranquilo. (*Siértase como para dormirse.*) (*Entra el Chalan enteramente mojado.*)

EL CHALAN.—¡Oh! ¡que tramposo es ese doctor! Creyendo yo que el caballo adolecería de algún vicio redibitorio oculto, apenas lo he llevado al agua, cuando me he hallado encima de un puñado de paja; solo á mis esfuerzos debo el no haberme ahogado. Enhorabuena, pero voy á apalearle hasta que me haya devuelto mis cuarenta duros. ¡Eh! ¡Diablo! ¡Doctor! ¡Es usted un rematado trapacero! ¡Doctor! Despierte y levántese usted y devuélvame mi dinero, pues su caballo de usted se ha convertido en un manojo de heno. ¡Señor! (*Menea la pierna de Fausto y se la arranca.*) ¡Ah! ¡Dios mío! ¡soy perdido! ¿Qué haré? le he arrancado la pierna.

FAUSTO.—¡Hola! ¡socorro! ¡socorro! el infame me ha asesinado!

EL CHALAN.—Asesinado ó no, ahora que no le queda más que una pierna, correré más que él, y voy á echar esta pierna á un hoyo. (*Sale.*)

FAUSTO.—¡Detenedle! ¡detenedle! ¡detenedle!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Fausto tiene aun su pierna y el Chalan una bota de heno por sus cuarenta duros.

Entra WAGNER.

FAUSTO.—¡Y bien! Wagner, ¿qué noticias me traes?

WAGNER.—No se incomode usted; el Duque de Anhalt solicita sobre la marcha que usted le complazca con una visita: ha mandado algunos de su gente para escoltar á usted y proveer á todo lo necesario de su viaje.

FAUSTO.—El duque de Anhalt es un gentil-hombre digno de toda atención, á quien no debo escatimar nada de mi ciencia. Vamos allá pues! (*Salen*).

UNA TABERNA

Entra el PAYASO, DIK, el CHALAN
y un CARRETERO.

EL CARRETERO.—Ea, señores míos, quiero llevaros á la mejor cerveza de Europa. ¡Hola! posadera! ¿Dónde están esas picaruelas?

Entra la POSADERA.

LA POSADERA.—¡Y bien! ¡qué pide usted! ¡Ah! mis antiguos parroquianos, bienvenidos sean ustedes.

EL PAYASO.—(*Por lo bajo á Dik*). ¡Mala peste! Dick! ¿sabes por qué me estoy tan callado?

DIK.—No, Robin, ¿por qué?

EL PAYASO.—Tengo aquí una cuenta de unos diez y seis reales. No digas nada; á ver si la tiene olvidada.

LA POSADERA.—(*Apercibiéndose del Payaso*). ¿Quién es aquel que parece se está entre formal y escondido? ¡Ah! ¡mi antiguo parroquiano!

EL PAYASO.—¡Oh! y como lo pasa usted patro-

na? Creo que mi cuenta sigue en el mismo estado.

LA POSADERA.—Sí, sin la menor duda, pues me parece que usted no se da mucha prisa en saldaria.

DIK.—Oiga, patrona, traiganos usted cerveza.

LA POSADERA.—Al instante la tienen ustedes. ¡Hola! id á la cueva por cerveza. (*Sale*).

DIK.—Y bien compañeros, ¿qué hacemos mientras vuelve la posadera?

EL CARRETERO.—Por vida mía, señores; voy á contaros una odiosa treta que me ha jugado el brujo. ¿onocen ustedes al doctor Fausto?

EL CHALAN.—Sí por cierto. ¡Como no se lo lleva la peste! Alguno hay aquí que tienen sobrados motivos de conocerle. ¿Que también te ha embrujado á tí?

TODOS.—¡Oh! ¡que mónstruo! comerse una carretada de heno.

EL PAYASO.—Sí, sí, es posible, pues á uno le oí decir que se había comido una carretada de troncos.

EL CHALAN. Ahora, compañeros, vais á saber la atroz pasada que me ha jugado. Ayer estuve en su casa para comprarle un caballo que no quiso vendérmelo á menos de cuarenta duros. Entonces, amigo mío, como ya sabía que era un caballo que podía correr por montes y barrancos sin fatigarse nunca, le di lo que me pedía. Así que fuí dueño del caballo, me dijo el doctor Fausto, que podía montar de noche y día sin dejarlo descansar; pero añadió: guárdate de llevarlo nunca al agua. Al oír esto, querido mío, pensé que el animal tenía algún defecto que su vendedor no me quería manifestar, por lo que mi primera diligencia fué llevarlo al río. Mas así que llegué á mitad del cauce,

desapareció mi caballo, y me hallé montado encima de un grueso manojó de heno.

Todos.—Que descaro de Doctor.

EL CHALAN.—Pero vais á ver cual solemne burla le he jugado. Fuíme enseguida derechito á su casa y me lo encontré durmiendo. Empecé á llamarle y darle atronadores gritos al oído, mas nada pudo despertarle. Viendo yo esto, le agarro la pierna y empiezo á sacudirla y á tirar hasta que se la he arrancado. Y al presente la tengo guardada en la cuadra de mi casa.

EL PAYASO.—¿Y entonces el doctor se ha quedado sin pierna? ¡Cuanto me alegro! pues deben saber ustedes que uno de sus diablos me transformó en mono.

EL CARRETERO.—Posadera, ¿qué aún no hemos de beber?

EL PAYASO.—¡Oigan ustedes! pasemos al otro cuarto á beber un trago y después iremos en persecución del doctor. *(Salen todos)*.

LA CORTE DE ANHALT

Entra el DUQUE de Anhalt, la DUQUESA, FAUSTO, MEFOSTOFILIS, y gente de su séquito.

EL DUQUE.—Doyle á usted las gracias, señor Doctor, por este maravilloso espectáculo. No se como recompensar los grandes conocimientos de que usted ha dado pruebas, erigiendo en el aire este castillo encantado. La vista de él me ha extasiado de tal manera que nada de este mundo podría causarme tanto placer.

FAUSTO.—Yo me considero altamente recompensado, mi buen señor, solo con que vues

tra gracia se digne juzgar un tanto favorablemente de lo que acabo de hacer. (*A la Duquesa*). En cuanto á Vuestra Excelencia, señora, podrá ser muy bien que el espectáculo no haya sido de su gusto. Si fuere así, le suplico se digne decirme, qué cosa sería más de su gusto, pues, como exista en el universo, será para Su Excelencia. He oído decir que las damas que se hallan en estado interesante, suelen tener antojos de cosas raras y delicadas.

LA DUQUESA.—Es verdad, señor Doctor; y ya que usted es tan complaciente, voy á decirle á usted lo que sería de mi gusto. Si en vez de encontrarnos en Enero, en esta época muerta de invierno, nos halláramos ahora en verano, lo que más recibiría con gusto, sería un plato de uvas maduras

FAUSTO.—Poca cosa es esto. Ea, Mefostófilis, ¡parte! (*Sale Mefostófilis.*) Señora, para dejar contenta á Vuestra Excelencia quisiera hacer cosas mayores. (*Entra Mefostófilis con un plato de uvas*) Helas aquí; dígnese Vuestra Excelencia escoger. Deben ser exquisitas pues vienen de lejanas regiones, puedo asegurarlo.

EL DUQUE.—Esto me admira más que todo el resto. En la actual estación, cuando todos los árboles están despojados de sus frutos, ¿de donde ha adquirido usted estos racimos maduros?

FAUSTO.—Dígnese V. E. oirme. Por toda la superficie del mundo el año se divide en dos zonas, de manera que cuando este país está en invierno, es verano en la zona opuesta. En la India, en Sabá y en todas las regiones que allá lejos se estienden hacia el oriente, tienen fruto dos veces al año. De allá precisamente he hecho traer esos raci-

mos que ven VV. EE. valiéndome de la agilidad de un espíritu que yo poseo.

LA DUQUESA — Puede creer usted que son más dulces que cuantos haya probado jamás. *(En este momento se oye alguien que empuja la puerta con violencia.)*

EL DUQUE — ¿Que groseros perturbadores están empujando nuestra puerta? *(Un ugier.)* Vaya usted, aplaque su furia, abra usted y pregúnteles qué es lo que quieren. *(Siguen golpeando y se oyen dos voces gritando: ¡Fausto! ¡Fausto!)*

EL UGIER. — ¡Y bien! señores míos; qué ruido meten ustedes ahí? ¿Porque motivo desazonan ustedes al Duque?

DICK. — Ninguna razón tenemos para ello. ¡Que se nos da á nosotros del Duque!

EL UGIER. — ¡Como! impertinentes palurdos, ¡á tal punto son ustedes descorteses!

EL CHALAN — Señor, para lo que queremos, preferimos la impertinencia á la cortesía.

EL UGIER. — Demasiado que se ve. Más id á otra parte con vuestras impertinencias y no incomodeis al Duque.

EL DUQUE. — *(Al ugier.)* ¿Pero que quieren?

EL UGIER. — Todos dicen que quieren hablar al doctor Fausto.

EL CARRETERO. — ¡Sí, y le hablaremos!

EL DUQUE. — *(A Fausto.)* Y usted señor quiere comprometerse con estos perillanes?

DICK. — ¡El comprometerse con nosotros! Se guardará muy bien, pues que no se arriesga con su padre.

FAUSTO. — Suplico á Vuestra Gracia que los deje entrar. Van á darnos una bonita ocasión de reirnos.

EL DUQUE. — Haz lo que quieras, Fausto, pues tienes mi permiso.

FAUSTO. — Gracias, Señor Duque.

Entran el PAYASO, DICK, el CHALAN y el CARRTERO.

- FAUSTO.—Y bien ¿como os va amigos? Por vida mia, sois un poco descarados, más acercaos. He obtenido vuestro perdón y así sed los bienvenidos.
- EL PAYASO.—No tema usted, señor; nosotros seremos los bienvenidos Sepa usted que pagaremos lo que tomemos ¡Holal! ¡Alguno de lo casa! Dennos seis vasos de cerveza, é idos á la horca.
- FAUSTO —Vamos, escuchad, ¿podriais decirme donde estais?
- EL CARRTERO.— Sí, por cierto: nos hallamos debajo del cielo.
- EL UGIER.—Sí, más, señor insolente, ¿sabes tú en qué punto?
- EL CHALAN.—Sí, sí, la casa es bastante cómoda para echar en ella un trago. ¡Pardiez! dadnos de beber; sino vamos á desfondar todos los toneles de la casa, y á hacer saltar todos los sesos de vuestras botellas.
- FAUSTO.—Contened esa furia, amigitos Vamos que no os faltará de beber. (*Al duque.*) Monseñor. suplico á V. E. me otorgue un poco de paciencia. Por mi honor que Su Gracia va á divertirse.
- EL DUQUE.— Con todo mi corazón, amable doctor. Obra á tu gusto, pues mi gente y mi corte están á tu disposición.
- FAUSTO — Doy humildemente las gracias á V. E. Vavan pues por cerveza.
- EL CHALAN.—¡Sí, caramba! Esto si que es hablar al caso. doctor. A fé mía, que por esta palabra beberé á la salud de tu pierna de palo.

FAUSTO.—¡De mi pierna de palo! ¿y que quieres decir con esto?

EL CARRETERO.—(*Riendose.*) ¡Jal! ¡ja! ¡ja! ¿Oyes Dick? Ha olvidado su pierna.

EL CHALAN.—Es verdad porque no se apoya mucho sobre ella.

FAUSTO.—Tienes razón con decir que no me apoyo sobre la pierna de palo.

EL CARRETERO.—¡Jesus mio! cuan flacos son la carne y la sangre de su Señoria! Que tal vez no se acuerda usted de un carretero á quien usted vendió un caballo?

FAUSTO.—Sí; recuerdo muy bien de haber vendido un caballo.

EL CARRETERO.—¿Y tambien se acordará usted haber amonestado al comprador que no lo llevara al agua?

FAUSTO.—Perfectamente.

EL CARRETERO.—¿Y usted no recuerda nada acerca de su pierna?

FAUSTO.—No, sobre de mi palabra de honor.

EL CARRETERO.—Pues le advierto á usted que no eche en olvido su reverenda persona.

FAUSTO.—Señor mío, le doy las gracias por esta advertencia.

EL CARRETERO.—No hay de qué darlas. Pero, por favor, d'game usted una cosa.

FAUSTO.—¿Qué?

EL CARRETERO.—¿Que tal vez sus dos piernas se acuestan juntas todas las noches?

FAUSTO.—Acaso me haces esta pregunta para pasar tú por debajo de ellas? Por ventura querrás hacer de mí otro coloso de Rhodas?

EL CARRETERO.—En verdad que no; para nada me quiero servir de usted: con todo quisiera saber lo que pregunto.

Entra la POSADERA trayendo de beber.

FAUSTO.—¡Y bien! ciertamente se acuestan juntas.

EL CARRETERO.—Doyle á usted las gracias, y quedo plenamente satisfecho.

FAUSTO.—¿Pero porque me preguntas esto?

EL CARRETERO.—Por nada, señor, solo que creía que usted tenia una pierna de palo para acostarse con la otra.

EL CHALAN.—Diga usted pues, señor ¿Que acaso no le arranqué yo á usted una de sus piernas estando dormido?

FAUSTO.—Pero ahora que estoy despierto todavía tengo las dos. Y por mejor prueba helas aquí. (*Levantándose la túnica.*)

TODOS.—¡Que horror! el doctor tenia tres piernas.

EL CARRETERO.—Se acuerda usted señor, de como me hizo caer en la trampa comiéndoseme mi carga de.... (*Fausto estiene el brazo y deja encantado al carretero que queda mudo.*)

DICK.—Recuerda usted cuando me convirtió en mo.... (*Fausto tiende el brazo y Dick queda mudo.*)

EL CHALAN.—¡Ah! ¡maldito brujo! bien se acordará usted de cuando me estató con su cab... (*Fausto tiende el brazo y el chalan queda mudo.*)

EL PAYASO.—¿Y á mi me ha echado usted en olvido? ¿Cree usted que á mi me hará callar con sus pasadas? Se acuerda usted de la cabeza de per... (*El Payaso, Dick, el carretero y el chalan echan á correr.*)

LA POSADERA.—¿Y quien me paga á mi la cerveza? ¿Lo oye usted señor doctor? Despues

que usted ha despedido á mis parroquianos, le pregunto á usted, quien va á pagarme mi cer... (*Extiende Fausto el brazo hacia la posadera que enmudece y huye.*)

LA DUQUESA.—(*Al Duque.*) Monseñor, muchas atenciones le debemos á este sabio.

EL DUQUE — Verdaderamente, señora, se lo recompensaremos con el más íntimo afecto y benevolencia; sus recreativos conocimientos alejan toda melancolía. (*Salen*)

UN CUARTO EN LA CASA DE FAUSTO

Truenos y relámpagos. Entran demonios llevando platos tapados. MEFOSTOFILIS los guía al laboratorio de FAUSTO. Luego entra WAGNER.

WAGNER.—Creo que mi amo piensa que pronto morirá; ha hecho testamento y me nombra heredero de sus bienes, que consisten en esta casa, su mobiliario, una vagilla de oro, y á más dos mil ducados en dinero sonante. Más me pregunto yo, si tan próxima cree su muerte como está de tan buen humor? Ahora acaba de irse á cenar con los estudiantes, y jamás Wagner ha visto en toda su vida una cena tan opípara. Precisamente llega ahora. Sin duda terminó ya el festín. (*Sale*)

Entran FAUSTO, MEFOSTOFILIS y tres estudiantes.

PRIMER ESTUDIANTE.—Señor doctor Fausto, al fin de nuestra charla sobre la cuestión de cual haya sido la más hermosa mujer del mundo, hemos convenido en que Helena

fué la más admirable en belleza que jamás haya existido. Por consiguiente, señor Doctor, si usted tiene la amabilidad de hacernos ver esta incomparable dama griega, cuya magestad es la admiración del universo entero, le quedaremos á usted muy agradecidos.

FAUSTO.—Señores, sé que vuestra amistad no es fingida, y de otra parte Fausto no acostumbra á negarse á la justa exigencia de los que le quieren bien. Van á ver ustedes á esta incomparable dama de Grecia en toda su pompa y magestad, tal cual era cuando Paris atravesó los mares con ella, llevándosela, cual viviente despojo á la rica Dardania. Guárdenme pues ustedes silencio, porque el hablar es peligroso. (*Rompe la música. Mefostófilis introduce á Helena que atraviesa el escenario de uno á otro extremo.*)

SEGUNDO ESTUDIANTE.—¿Es esta la bella Helena cuyo admirable mérito fué causa de que la Grecia concluyera con la desventurada Troya despues de diez años de guerra?

TERCER ESTUDIANTE.—Carezco de talento necesario para explicar lo que valia aquella, cuya magestad forma todavia la admiración del universo.

PRIMER ESTUDIANTE.—Ahora que ya hemos visto la obra maestra de la naturaleza, le pedimos á usted permiso para irnos. Deseamos que Fausto por esta divina manifestación sea siempre feliz y bendecido.

FAUSTO.—Adios, señores; deseo para ustedes las mismas felicidades. (19)

Entra un anciano.

EL ANCIANO.—Buen Fausto, renuncia á ese arte condenado, y á esa magia que va á fascinar

tu alma para el infierno robándote la salvación! Ya que has errado como hombre no perseveres como demonio. Nada importa eso, nada. Aun tienes un alma apreciable si el hábito de pecar no se convierte en tí en naturaleza. Entonces, Fausto, sería demasiado tarde para arrepentirte, entonces quedarias privado de la vista de los cielos, y no hay mortal que pueda describir lo que son las penas del infierno. Podría ser que mi exhortación te parezca dura y desagradable, pero no lo permita Dios! Pues yo no te hablo con cólera ni menos con odio, sino con el más tierno amor, compadecido de tu desgracia; y siendo así espero que mis benévolas reconvenciones, conservando tu cuerpo, sanarán tu alma.

FAUSTO.—¿Qué es de tí, Fausto? Desgraciado, ¿que has hecho? ¡Ah! el infierno reclama derechos, y con su rugiente voz te está diciendo: «Ven, Fausto, que tu hora está cerca.» ¡Pues bien! toma lo que es tuyo, infierno, que Fausto va á ir.

EL ANCIANO.—¡Oh! detente, buen Fausto, detén tus pasos desesperados; veo un angel cerniéndose sobre tu cabeza con un caliz lleno de preciosa gracia que se preparara á verter sobre tu alma. Pide pues perdón, y aparta la desesperación.

FAUSTO.—¡Oh, amigo mío! siento que tus palabras confortan mi alma que se halla en la mayor angustia! Deja que medite un momento sobre mis pecados.

EL ANCIANO.—Fausto, te dejo, mas con el dolor en el corazón, temiendo al enemigo de tu alma infortunada. (*Sale.*)

FAUSTO.—¡Seas maldito, Fausto! Desgraciado, ¡qué has hecho! Me arrepiento y con todo me desespero. El infierno lucha con la gra-

- cia para conquistar mi conciencia. ¿Qué haré para evitar sus lazos de muerte?
- MEFOSTOFILIS.—Fausto, ¡eres un traidor! Me apodero de tu alma por haberte rebelado contra mi soberano señor. Si no cambias de conducta, voy á despedazar tus carnes y á arrancarte tus he mosos dientes.
- FAUSTO.—Si alguna vez he ofendido á tu amo, me arrepiento de ello Dulce Mefostófilis, suplícale que me perdone mi desleal presunción; estoy pronto á firmar de nuevo con mi sangre ni promesa que hice á Lucifer.
- MEFOSTOFILIS.—Hazlo, pues, Fausto, pero sin ninguna restricción, pues al fin de cuentas te están amenazando los más grandes peligros.
- FAUSTO.—A ese maldito viejo que se ha atrevido á excitarme contra Lucifer, castígale, mi buen amigo, con los más grandes suplicios que suministra nuestro infierno.
- MEFOSTOFILIS.—Como su fe es grande, no puedo tocar á su alma; con todo á su cuerpo probaré causarle todo el daño que me sea posible por insignificante que sea.
- FAUSTO.—Existe cierta cosa, mi buen servidor, que imploro de tí para satisfacer el más ardiente deseo de mi corazón. Permitá que obtenga por amiga esa celestial Helena que acabo de ver. Sus dulces abrazos apartarán de mi los pensamientos que me impulsan á quebrantar mi voto y me harán guardar la fe que he jurado á Lucifer.
- MEFOSTÓFILIS.—Ese deseo y cuantos le vengan á mi Fausto quedará satisfecho en un abrir y cerrar de ojos. (*Entra de nuevo Helena, y atraviesa el escenario entre dos genios del amor*).
- FAUSTO.—¡Hé aquí este rostro que sumergió

mil navíos y abrasó las soberbias torres de Ilion!

¡Dulce Helena! ¡hazme inmortal con uno de tus besos! Tus labios aspiran mi alma; ved como vuela á ellos.

Ea, Helena, vamos, vuélveme mi alma. Aquí es donde quiero vivir. pues el cielo está en tus labios, y todo lo que no es Helena, es polvo.

Quiero ser Paris. y por tu amor. en vez de Troya, será Vittemberg la entregada al saqueo.

Yo seré el que combatirá con el débil Menelao y el que en las plumas de su casco ostentará tus colores.

Sí, yo heriré á Aquiles en el talón, y luego volveré á mi Helena por un beso.

¡Oh! ¡tu eres más bella que la noche vestida con la esplendidez de mil estrellas!

Eres más resplandeciente que Júpiter cuando se apareció en llamas á la desventurada Semele!

Eres más digna de ser adorada que el rey de los mares en los azulados brazos de la caprichosa Aretusa, y ninguna sino tú será mi muy amada! (20) (*Salen todos.*)

EL LABORATORIO DE FAUSTO.

Rayos y relámpagos.—Entran LUCIFER, BELCEBUTH, MEFISTOFILIS.

LUCIFER.—Hemos subido del profundo del infernal Hades, para pasar revista de los súbditos de nuestro imperio. Entre esas negras almas que el sello del pecado hace hijas del

infierno, es la primera la tuya: Fausto, venimos á tí llevando con nosotros la condenación eterna, para escoltar tu alma. Ha llegado ya la hora en que debes entregárnosla.

MEFOSTÓFILIS.—El miserable Fausto se hallará aquí, en esta pieza durante esta noche siniestra.

BELCEBUTH.—También permaneceremos nosotros aquí para ver como va á conducirse.

MEFOSTÓFILIS.—¡Como puede dejar de volverse loco de desesperación este estúpido mortal! La sangre de su corazón se seca ya de dolor; sus remordimientos le matan, y su torturado cerebro concibe mil vanas ideas para jugárselas al demonio, más todo inutilmente. Los placeres que se ha dado deben ser saturados de castigos. Va á venir acompañado de su pasante Wagner, con quien ha redactado su última voluntad; Aquí vienen los dos.

Entran FAUSTO y WAGNER

FAUSTO.—Dí, Wagner. ¿has leído mi testamento? ¿Qué te parece?

WAGNER.—Admirable, señor, de tal manera que en mi humilde reconocimiento, ofrezco toda mi vida al servicio de usted.

FAUSTO.—Muchas gracias, Wagner!

Entran los tres Estudiantes

FAUSTO.—Bienvenidos, señores.

PRIMER ESTUDIANTE.—¿Que es eso, digno Fausto? Paréceme que su fisonomía de usted ha cambiado enteramente.

FAUSTO.—¡Oh! señores míos!

SEGUNDO ESTUDIANTE.—Fausto, ¿que le pasa á usted?

FAUSTO —Ay! mi querido compañero de cuarto. si yo hubiese vivido siempre contigo, mi vida se hubiera pasado tranquila, al paso que ahora es preciso que muera por toda una eternidad. Que, señores, que ya viene? decid, viene ya?

PRIMER ESTUDIANTE, — Pero ¿que significa ese terror, mi querido Fausto?

SEGUNDO ESTUDIANTE. — Como! vuestra alegría se ha convertido acaso en melancolía?

TERCER ESTUDIANTE. — El exceso de soledad le ha puesto enfermo.

SEGUNDO ESTUDIANTE. — Si es esto, no nos faltarán médicos, y, Fausto sanará.

PRIMER ESTUDIANTE. — Señor mío, eso no es más que una indigestión, no tema usted.

FAUSTO. — Una indigestión producida por el pecado mortal que me ha condenado en cuerpo y alma.

SEGUNDO ESTUDIANTE. — Pero, Fausto, levante usted los ojos al cielo, y convenga usted conmigo en que su misericordia es infinita.

FAUSTO. — Nunca, jamás podrá ser perdonada la falta de Fausto. La serpiente que tentó á Eva puede salvarse, pero Fausto nunca. Ah! señores, escúchenme ustedes con paciencia, y no tiemblen ustedes al oír mis palabras. Mi corazón palpita y se estremece cuando pienso que habrá como treinta años que yo fuí aquí estudiante. Oh! si jamás hubiese visto á Wittemberg! La Alemania entera, que digo, todo el mundo es testigo de los prodigios que he obrado; y por esto precisamente Fausto ha perdido á la Alemania y al mundo, y al mismo cielo, residencia de Dios, trono de los bienaventurados, reino de la alegría; y él debe permanecer para siempre jamás en el infierno.

Mis buenos amigos, ¿qué será de Fausto perdido para siempre en el infierno?

SEGUNDO ESTUDIANTE.— Pero, Fausto, invoca á Dios.

FAUSTO.— A Dios abjurado por Fausto! A Dios de quien Fausto ha blasfemado! Dios mío yo bien quisiera llorar. pero el demonio aspira mis lágrimas. Ojalá que en vez de lagrimas saltara mi sangre, y con mi sangre mi vida y mi alma!—Ah! él detiene mi sangre. Quisiera lavar mis manos, y ellos las contienen, si ellos, las contienen!

LOS ESTUDIANTES.— Quien, Fausto?

FAUSTO.— Quien! Lucifer y Mefostófilis. Oh! señores. por la ciencia les dí mi alma.

LOS ESTUDIANTES.— ¡No lo permita Dios!

FAUSTO.— Sí, no lo permita Dios, pero Fausto lo ha hecho. Por los vanos placeres de veinte y cuatro años. Fausto ha perdido la alegría y la felicidad eternas. Con mi sangre les firmé una escritura; el término ha expirado ya; y hé aquí el momento que van á venir por mí

PRIMER ESTUDIANTE.— Pero, Fausto, porque no nos digistes esto antes? Buenos teólogos hubieran podido rogar por tí.

FAUSTO.— Muchas veces pensé hacerlo, más el diablo me ha amenazado con despedazarme si llegaba á proferir el nombre de Dios. y que se me llevaría en cuerpo y alma, si una sola vez siquiera prestaba oídos á la religión; ahora es demasiado tarde. Señores vayáanse ustedes, no sea que perezcan conmigo.

SEGUNDO ESTUDIANTE.— ¿Qué podemos hacer para salvar á Fausto?

FAUSTO.— No habéis de mí, salvaos vosotros, y partid.

TERCER ESTUDIANTE.—Dios me fortificará; quiero quedarme con Fausto.

PRIMER ESTUDIANTE.—(Al tercero.) No tentes á Dios, caro amigo; pasemos al cuarto del lado á rogar por él.

FAUSTO.—Sí, rogad por mí, por mí; y sea cual fuere el ruido que oyereis, no ven-gais a verme, pues nada puede ya libramme.

SEGUNDO ESTUDIANTE.—Reza, y nosotros ro-garemos tambien para que Dios se apiade de tí.

FAUSTO.—Señores, adios, si por la mañana vi-viese todavía, vendré á veros, y sino Fausto habrá pasado al infierno.

LOS ESTUDIANTES.—Adios, Fausto. (*Salen los estudiantes.* (21).

MEFOSTÓFILIS.—Sí, Fausto, al presente nada puedes esperar del cielo; renuncia pues á él y no pienses más que en el infierno, mo-rada donde tú debes necesariamente residir.

FAUSTO.—¡Oh, demonio encantador! tu tentación me ha robado la eterna bienaventuranza.

MEFOSTÓFILIS.—Lo confieso Fausto, y de ello me alegro. Yo soy el que cuando tú te ha-llabas en el camino del cielo, te cerré el paso. Cuando tu tomabas el libro de las Escrituras, yo volvía las hojas y distraía tu vista. Ea, porqué lloras? es ya demasiado tarde—Desespérate pues.—Abur; los locos que rien en la tierra, deben llorar en el in-fierno. (*Sale.*)

Entran el ANGEL BUENO y el AN-GEL MALO, por puertas encon-tradas.

EL ANGEL BUENO.—Oh! Fausto, si me hubieses escuchado, te hubieran seguido alegrías sin número; más tú has amado al mun-do....

EL ANGEL MALO.—Tú me has dado oídos, y ahora es preciso que sufras las penas del infierno eternamente.

EL ANGEL BUENO.—Oh! de que sirven ahora tus riquezas, todas tus concupiscencias, y todas tus vanidades?

EL ANGEL MALO.—De nada más que de añadir á tus tormentos, el dolor de carecer en el infierno de los tesoros que poseías en la tierra.

EL ANGEL BUENO.—Has perdido la felicidad celestial, los goces inefables, y la bienaventuranza sin fin. Si hubieses ido en busca de la dulce divinidad, ni el infierno, ni el demonio hubieran podido nada sobre tí. Si tú, Fausto, hubieses continuado siguiendo esta vía, verías el resplandor de gloria en que te hubieras sentado en las gradas de ese trono, al lado de estos santos que deslumbran porque triunfaron del infierno. ¡Ves lo que has perdido! Y ahora, pobre alma, es preciso que tu buen Angel te abandone. El infierno abre ya su gazoate para recibirte. *(Sale el Angel bueno. Se deja ver el infierno.)*

EL ANGEL MALO.—Ahora, Fausto, tus ojos contemplan ya con horror el inmenso calabozo de los tormentos eternos. ¿Ves á las furias dando sacudidas á las almas de los condenados clavadas en las puntas de sus horquillas abrasadoras, mientras que sus cuerpos permanecen sumergidos en el plomo derretido? Allí puedes ver tambien otras hechas cuartos vivos, que se están asando sobre ascuas sin que jamás puedan morir. Esta silla siempre candente es la cama de las almas que sufren los más extremados suplicios. Estos seres á quien hacen tragar tizonas ardientes eran glotones que no que-

rian alimentarse más que de manjares exquisitos y que se burlaban de los pobres que perecían de hambre en las puertas de sus casas. (22) Sin embargo, todo eso no es nada, pues verás miles y miles de suplicios todavía más horribles.

FAUSTO.—Ah! demasiado que los he visto para mi tormento!

EL ANGEL MALO.—Oh, no! preciso es que tu lo sufras todo y que sientas la quemazón de todos: El que ama el p'acer debe sucumbir por el placer. Y con esto, Fausto te dejo por un instante. A mi vuelta sentirás los temblores de tu ruina. (*Sale el Angel malo. El reloj dá las once.*)

FAUSTO.—(*Solo*). ¡Oh Fausto! solo te queda una hora de vida y pasada ésta, debes ser condenado para siempre, siempre, siempre! Parad esferas del cielo que siempre estáis en movimiento, para que pare también el tiempo y nunca llegue la media noche. Y tu, ojo relumbrante de la naturaleza, levántate, ¡sal aún y produce un día eterno! ó por lo menos, que esta hora sea un año, un mes, una semana, un día ordinario para que Fausto pueda arrepentirse y salvar su alma! ¡O *lenté, lenté currite noctis equi!* Los astros siguen su curso, el tiempo corre, el reloj va á dar, el demonio va á venir, y Fausto ha de ser condenado. Oh! quiero saltar hasta el cielo; ¿qué es lo que me tira hacia abajo? Mirad, he ahí la sangre del Cristo que está manando en el firmamento; una sola gota puede salvarme. ¡Oh Cristo mío!—No me despedacéis el corazón porque nombro á mi Cristo.—Qué importa! quiero llamarte otra vez.—¡Oh! déjame, Lucifer, ¿Dónde está ahora? ¡Desapareció! ¿Y allá arriba, no veis ese brazo

amenazando y esa frente furiosa? Montañas, colinas, venid, venid y caed sobre mí; librádme de la insoportable cólera del cielo ¿Qué no? Entonces quiero echarme cabeza abajo sobre la tierra; ¡ábrete tierra! ¡Ay! que no quiere prestarme un refugio. Vosotros, astros, que presidisteis mi nacimiento, y cuya influencia determina la muerte y el infierno llevaos á Fausto como un vapor en las entrañas de esa nube que se está condensando allá lejos; de manera que cuando me vomitéis al aire, puedan mis miembros caer de su nebulosa garganta, para que mi alma suba y se eleve hasta al cielo! (*El reloj da media hora*). ¡Oh! ha pasado ya la media hora, pronto será la hora entera ¡Ay! si, está decretado que yo sufra por mis incesantes padecimientos. Que Fausto viva en el infierno mil años, cien mil años, ¡mas que al fin se salve! Si á las penas de las almas condenadas no se ha fijado término, ¿porqué mi alma ha sido creada inmortal? ¡Oh Pitágoras! si tu metemosis fuese una verdad, mi alma abandonaría mi cuerpo, y así yo quedaria transformado en alguna bestia bruta; todas las bestias son felices, porque así que mueren, sus almas se disuelven en los elementos; ¡pero la mía, es preciso que viva para ser torturada en el infierno! ¡Malditos sean los padres que me engendraron! Pero no, el maldito seas tú, y maldito sea Lucifer que te ha privado de los goces del cielo (23). (*El reloj da la media noche*). ¡Media noche! ¡media noche! Ahora, cuerpo mío evapórate en el aire, de no hacerlo, Lucifer va á llevársate pronto al infierno. ¡Oh alma mía! Cámbiate en algunas gotas de

agua, y cae en el Océano, que jamás puedas ser hallada! (*Ruido de truenos y rayos*).

Entran los DEMONIOS.

FAUSTO.—¡Ay! cielo, ¡piedad! ¡no me mires con ese ojo tan espantoso! Culebras y serpientes, ¡dejadme respirar un instante! ¡no abras esa boca, espantoso infierno! ¡no te acerques, Lucifer! quiero quemar mis libros. ¡Oh! Mefostófilis.

ESTUDIANTE 1.º.—Venid, compañeros, vamos á visitar á Fausto, pues jamás se ha visto noche tan espantosa desde que hay mundo, nunca se oyeron gritos y clamores tan horribles. Imploramos al cielo que salve al doctor del peligro

ESTUDIANTE 2.º.—¡Cielos! protegednos. Mirad, ved los miembros de Fausto despedazados todos por la mano de la muerte.

ESTUDIANTE 3.º.—Esto es obra del diablo que servía á Fausto. Porque entre las doce y una de la noche, me ha parecido que le oía dar fuertes gritos pidiendo socorro; al mismo tiempo me parecía que la casa se abrasaba por el siniestro horror causado por estos condenados de demonios.

ESTUDIANTE 2.º.—Ahora, señores, ya sea que el fin de Fausto haya sido tal como pensando en él lo lamentan todos los corazones cristianos, respecto de que en otro tiempo él fué el que llamaba la admiración de todo el mundo por sus vastos y sublimes conocimientos, de que dió positivas pruebas en nuestras escuelas germánicas, nosotros daremos á sus mutilados miembros

la sepultura que les es debida, y todos los escolares vestidos de luto asistirán á estos afflictivos funerales.

EL CORO.—Queda cortado el árbol que hubiera podido crecer hasta su completa madurez; la rama del laurel de Apolo, que en otro tiempo iba creciendo en este sabio Fausto ya no existe! Atended á su infernal caída, y ojalá que su diabólico destino precise al hombre sabio á no prestar más su admiración á esas cosas prohibidas, cuyo estudio profundo lleva á los espíritus atrevidos á prácticas vedadas por el poder celestial.

TELON

NOTAS

(1) El FAUSTO de Marlowe fué cinco veces impreso en el siglo XVII, en 1604, en 1606, en 1624, en 1631 y en 1663. En ninguna de estas ediciones se hallan indicadas las divisiones escénicas. En los dramas de Marlowe sucedió lo mismo que con los de Shakespeare. Marlowe no menos que Shakespeare no ha sujetado á regla alguna la acción; y por consiguiente su producción carece de la regla clásica de los cinco actos, dejándola desenvolver según su índole, en las condiciones de la naturaleza y de la lógica. Por lo tanto, no hemos creído que insiguiendo el ejemplo los editores modernos, debiesemos introducir en el drama inglés, divisiones que no se encuentran en la edición original, sino que nos hemos limitado á indicar someramente los cambios de lugar, indicaciones indispensables para la inteligencia de la obra que traducimos.

(2) A pesar de la excelente educación universitaria que había recibido Marlowe, no era más ni menos que aquel sublime ignorante que compuso el *Cuento de Invierno*. En este, Shakespeare mete la Bohemia á la orilla del mar, y Marlowe le quita aquí al Mediterráneo la isla de Rhodas y se la da á la Alemania. Este error es tan grosero como aquel, del que no dejarán de reirse los pedantes. Más despues de todo, que importa esto? El arte no es la ciencia, y siendo bello siempre es

verdadero. Las faltas de geografía no le quitan el talento al autor del *Fausto*, ni el genio al autor de *Hamlet*. ¿Acaso no merece la imaginación que le concedamos algún privilegio? Cuando uno se llama Shakespeare, no será mucho si le otorgamos el derecho de hacer crecer las palmeras en el bosque de los Ardennes y de que el rey Juan dispare un cañón. La leyenda alemana de Widmann hace nacer á Fausto en Weimar, al mismo tiempo que la historia lo hace nacer en el país de Anhal, en la Suabia y en el Brandeburgo. Todas estas contradicciones á nuestro entender deben hacer indulgentes á los sabios, y creemos que harán bien en perdonar á Marlowe, el haber hecho nacer á Fausto en una ciudad imaginaria de Alemania.

(3) Hé aquí lo que nos dice la leyenda de Widmann acerca de la parentela de Fausto según la notable traducción de Palma Cayet:

«El doctor Fausto era hijo de un aldeano natural de Weimar sobre el Rhod, que tenia hasta parentela en Wittemberg, entre la que contaba antepasados muy honrados y buenos cristianos, incluso un tío que habi- taba en Wittemberg, de la que era ciudadano muy rico. Este cuidó de la educación de Fausto, tratándole como á un hijo; y como no tenia herederos forzosos, tomó á este Fausto como á su propio hijo y heredero, »y le mandó á la escuela para que estudiara teología.»

(4) Fausto cita aquí la traducción latina que San Jerónimo hizo de la Biblia en el siglo IV, y que quedó celebre bajo la denominación de la *Vulgata*. Es menester suponer aquí que Fausto, durante este monólogo, tiene debajo de su mano multitud de in-folios que va tomando y dejando sucesivamente después de leida. de cada uno algunos renglones.

(5) Toda esta primera escena, en que Fausto sentado en su laboratorio pasa revista de todas las ciencias y concluye entregándose á la nigromancia, ha sido imitada por Goethe, más esta imitación á nuestro entender, está lejos de tener el movimiento y la realidad del modelo.

(6) La leyenda alemana hace de Wagner el siguiente retrato:

«El doctor Fausto tenia de criado un joven que había educado cuando estudiaba en Wittemberg, y que era testigo de todas las ilusiones de su amo, de todas sus magias y de su arte diabólico. Era una mala pieza, un corre-calles y un vicioso, desde que se fué á vivir en Wittemberg. Pordióseaba y nadie queria tomarle por su mala índole. Este muchacho se llamaba Cristóbal Wagner, y desde entonces estuvo al servicio del doctor Fausto. Portóse bien con él, en términos que el doctor Fausto le llamaba su hijo. Iba á cualquier mandato, á pesar de estar cojo y de andar de soslayo.»

(7) Trátase aquí de aquel famoso Alejandro Farnesio, que hizo tan ruda guerra á los calvinistas de los Países-Bajos, y que obligó á Enrique IV á levantar el sitio de Paris. Aquí se presenta de una manera evidente el carácter en un todo protestante de la obra de Marlowe, pues Fausto habla no como un hechicero del siglo XV, sino como un hugonote del fin del XVI; y toma partido á favor de Mauricio de Nassau contra el Rey de España.

(8) En 1555, durante el sitio que el duque de Parma puso á Amberes, un ingeniero italiano llamado Ginebelli lanzó brulotes contra el puente de madera que el duque había construido sobre el Escalda, y consiguió

en parte meterle fuego. Este sistema de destrucción era enteramente nuevo, y por esto Fausto podía calificarlo entonces de extraño. Puede creerse muy bien que el drama de Marlowe fué representado poco tiempo despues del acontecimiento á que hace alusión aquí.

(9) Marlowe se equivoca acerca de los sucesos clásicos, pues no fué Museo el que descendió á los infiernos sino Orfeo. El error no deja de ser chocante de parte del traductor de *Hero y Leandro*.

(10) Cornelio Agrippa de Nettesheim, famoso alquimista, había sido médico de Luisa de Saboya, madre de Francisco I y de Margarita de Parma, hija natural de Carlos Quinto.

(11) Trátase aquí de aquella famosa flota que cada año traía á Felipe II el oro de la América, y del que consiguieron apoderarse más de una vez los corsarios ingleses.

(12) Roger Bacón, monge inglés del siglo XIII, que acusado de brujería, estuvo encerrado en una cárcel casi toda su vida. Fué el inventor de los vidrios de aumento, del telescopio y de la bomba de aire y tal vez de la pólvora.

(13) En la Edad Media la lengua latina era considerada como la lengua de los espíritus y duendes. En una comedia de Beaumont y de Fletcher titulada *El trasgo de la noche*, Toby, uno de los principales personajes, exclama señalando al duende: «Todavía es más largo; »vedle ahora alto como un campanario. Vamos á buscar al despensero, *pues habla latin* y esto intimida al demonio.» De aquí se deduce que para tratar con el

mundo invisible se necesitaba poseer cierto grado de instrucción, y esto explica porque en *Hamlet*, cuando se aparece el espíritu, Marcelo le dice á Horacio: «Horacio, háblale tu que eres un sabio.» También ha podido observarse aquí que cuando Fausto le pide á Cornelio que le inicie en la magia, este le contesta: «El que es fuerte en astrología; *rico de lenguas*, y conocedor de minerales, posee todos los principios que exige la magia.» Por esta razón Fausto evoca á Mefistófeles hablándole en latin.

Es notable esta fórmula de evocación. Fausto, para hacer surgir á Mefistófeles, se dirige á los dioses del Aqueronte, es decir, á las divinidades paganas, de las que la ortodoxia cristiana ha hecho despues otros tantos demonios, y entre estas divinidades, se dirige especialmente á Belzebuth, dios del Oriente, y á Demogorgón, dios del Occidente. Belzebuth es un dios syrio al que la Escritura apellida príncipe de los demonios. Cuando Ochosias quiere consultarle, el profeta Elias le dirige esta reconvencción: «Acaso no hay un Dios en Israel porque ir pues á consultar á Belzebuth, dios de los Acaranotis?» Según San Agustin el nombre de Belzebuth significa *príncipe de las moscas*. Demogorgón es un dios griego, conforme lo indica su nombre, compuesto de dos palabras de origen asgrio (demonio de la tierra). Bocaccio, en su *Genealogía de los dioses* representa á Demogorgon como un viejo mugriento, cubierto de vello, pálido y desfigurado, que habita en la tierra; tiene por compañeros á la Eternidad y al Caos. Cansado este dios primordial de su triste soledad, formó una pequeña bola sobre la cual se sentó, y habiéndose elevado en el aire, se hizo llevar por todas direcciones por sobre de la tierra, y de este modo crió el cielo. Pasando por los montes acrosoraunios tomó de ellos una porción de barro del que hizo un tizón, que

arrojándolo hacia el cielo, se convirtió en sol. Mucho después casó al sol con la tierra, y de este matrimonio nacieron el tártaro y la noche. Pasado más tiempo, Demogorgón abrió el vientre al Caos, y parió la Discordia. El Caos le dió luego otros hijos que son Pan, las tres Parcas, la Noche, el Tártaro, la Parca, Tages, Anteo y el Erebo. Los Arcadios adoran á Demogorgon, considerándole como el criador de todo, y era tal la veneración que tenían á este nombre terrible, que era un sacrilegio el pronunciarlo. Hay quien supone que él es el que designa Stacio y Lucano cuando hablan del dios que *está prohibido nombrar*. Según muchos historiadores, Demogorgón, antes de ser un dios, había sido un mago tan poderoso que mandaba á su antojo las sombras y los espíritus. Nada hay pues de extraño que Fausto se sirva de este ausiliar para obligar á Mefistófeles que se le presente.

(14) Esta escena de la evocación es totalmente diferente en Goethe. En el drama alemán la aparición del demonio es la consecuencia del azar y no el inmediato efecto de la voluntad de Fausto. Paseándose Fausto con Wagner al caer de la tarde, encuéntrase con un perro de aguas que daba saltos á su alrededor. Este perro le sigue al retirarse á su casa, ábrale Fausto la puerta, y deja que se eche cerca de la estufa sobre su mejor almohada, recomendándole que se esté quieto. Luego se pone á leer la Biblia, sin acordarse más de su nuevo huésped. Cuando el perro oye las palabras sagradas, empieza á dar ahullidos. Fausto le grita que calle, y de no que le echará fuera. «No puedo sufrir cerca de mi»
 «á un compañero tan ruidoso: es menester que uno de
 »los dos se salga del cuarto! Sí violo los derechos de la
 »hospitalidad es por cierto contra mi voluntad. La puer-
 »ta está abierta y te es libre el salirte á la calle.»

Si en este momento el perro hubiese tomado á Fausto por la palabra, y se hubiese marchado, no hubiera conocido á Mefistófeles, no hubiera perdido á Margarita, no hubiera matado á Valentín, ni evocado á Helena, ni cometido todas estas faltas que la ortodoxía castiga con el infierno. Más por una estraña fatalidad, hay alguna cosa que le impide salir al perro, y es la figura cabalística que Fausto había trazado sobre el umbral, el *pantágrama* cuyo ángulo vuelto hácia la puerta estaba demasiado abierto y cierra el paso al perro. Este pues no puede obedecer el mandato de Fausto de salirse del cuarto, y ha caído en la trampa que el sabio le ha tendido involuntariamente. Entonces el perro empieza á mudar de forma, convirtiéndose en hipopótamo «con ojos de fuego y una espantosa mandíbula.» Ya no queda duda; es un espíritu que Fausto ha introducido en su casa; pero que Espíritu. ¿Es un espíritu de la tierra, del agua, ó del cielo? Fausto pronuncia la fórmula por la cual se evoca uno de aquellos espíritus; pero el hipopótamo permanece impasible. Entonces Fausto se sirve de conjuros más fuertes. «Eres tu monstruo, le dice, alguno de los escapados del infierno? Si es así mira este signo, ante el cual bajan la cabeza las negras falanges.» Delante este poderoso signo el monstruo retrocede y va á ocultarse detrás de la estufa. Fausto le llama y amenazándole con más terribles conjuros, le íntima que vaya á postrarse á sus pies. Entonces fué cuando Mefistófeles se le apareció á Fausto pidiendo le diga: «En que puedo servir al Señor.»

Se vé pues en la obra de Goethe que Fausto es llevado á evocar á Mefistófeles por una serie de accidentes y azares. Por el contrario en la obra de Marlowe, toda la iniciativa está en Fausto, viéndose la premeditación de su acto desde el principio del drama. Llama á Cornelio

y á Valdés y les pide le inicien en la magia; después una vez iniciado, se va por la noche á un bosque intima al diablo que se le presente; este obedece al llamamiento y parece Mefistófeles diciendo como el Mefisto de Goethe: «En que puedo ser útil á V?»

Esta diferencia entre los dos poetas no puede ser mas evidente. En Goethe, Fausto sólo es responsable á medias de su acción, y en Marlowe lo es en su totalidad. Tal vez sea esta la causa de la diferencia entre los dos desenlaces, siendo perdonado el Fausto de Goethe, cuando el de Marlowe es lanzado al infierno.

La leyenda alemana, desapiadada como el drama inglés, atribuye igualmente á Fausto toda la responsabilidad de su acto. Hé aquí lo que nos refiere:

«Fausto se fué á un bosque espeso y oscuro, como
 »podemos figurarnos, situado cerca de Wittemberg,
 »que se llama Mangéalle y que él hacia tiempo conocía.
 »En este bosque, hácia la velada, en una encrucijada
 »de cuatro caminos, trazó con un palo un círculo re-
 »dondo, y otros dos dentro del más grande. De este
 »modo conjuró al diablo por la noche entre nueve y
 »diez, y entonces el diablo, soltándose evidentemente,
 »se dejó ver á las espaldas al doctor Fausto y le propu-
 »so: Ea pues, quiero explorar tu corazón y tu pensa-
 »miento, que tu me lo expongas como un mono atado
 »á su poste, y que no sólo sea para mi tu cuerpo si no
 »también tu alma, y tu me obedecerás, y te mandaré
 »como á un mensajero mío á donde yo quiera—de esta
 »manera el diablo ablandó con extrañeza á Fausto y lo
 »trajo á sus engaños.

«Entonces el doctor Fausto conjuró al diablo en lo
 »que hizo tales esfuerzos que produjo tan gran ruido
 »como si hubiese querido que todo viniese de arriba á
 »bajo; de modo que hacia que los árboles se doblegasen
 »hasta tocar á tierra; después el diablo hizo como que

»el bosque se hallase todo lleno de diablos que se apare-
»cian en medio y al rededor del círculo en la circunsfe-
»rencia, á la manera del ruido de un grande acarreo,
»que iba y venia de una parte á otra enteramente á trá-
»ves por los cuatro ángulos, dando repetidos golpes al
»círculo que producian el ruido como de rayos y de dis-
»paros de cañón de grueso calibre, que parecia que el
»infierno se habia entreabierto; y demás oíanse toda
»suerte de instrumentos de agradable música que can-
»taban con suma dulzura, y aún algunos bailes. Apare-
»cieron asimismo torneos con lanzas y espadas, de tal
»manera que el tiempo se le hacía á Fausto muy largo,
»y pensó en salirse del círculo. Más al fin tomó la reso-
»lución de abandonarse á lo que sucediese y se quedó
»en el círculo, permaneciendo firme en su primer pro-
»pósito (permitiendo Dios que pudiese continuar), y
»continuó como antes en conjurar nuevamente al dia-
»bulo, para que se dejase ver de él ante sus ojos del si-
»guiente modo: Apareciósele al rededor del círculo un
»grifo, después un dragón oliendo á azufre y echando
»resoplidos, de manera que cuando Fausto estaba pro-
»duciendo los encantos, esta bestia rechinaba los dien-
»tes de un modo extraño, cayendo rapidamente de la
»elevación de seis ó siete varas, tomada la forma de una
»bola de fuego, en términos que al doctor Fausto le
»causó horrible espanto. A pesar de esto, aferróse toda-
»vía más á su resolución con ánimo mas firme de obli-
»gar al diablo que se le sujetase. Como cuando Fausto
»se jactaba un día hallándose con algunos amigos, de
»que tenia poder para hacer que se le sujetara la cabeza
»más elevada de la tierra, prestándole obediencia, y sus
»compañeros estudiantes le respondiesen que no cono-
»cían cabeza más alta que la del papa, del emperador ó
»del rey; les replicó Fausto: la cabeza que me será su-
»jeta es todayía más elevada, pues está escrito en la

»Epístola de San Pablo á los Efesios: *Este es el príncipe*
 »*de este mundo sobre la tierra y debajo del cielo.* Con-
 »juró á esta estrella una vez, dos veces, tres veces, y
 »entonces se convirtió en una viga de fuego, y encima
 »de ella un hombre que luego se deshizo, en seguida
 »aquello se convirtió en seis globos de fuego radiantes,
 »de los cuales se elevó uno hácia arriba, y después otro
 »hácia abajo, y así consecutivamente, tanto que cambió
 »del todo y de ello se formó una figura de hombre todo
 »de fuego que iba y venía al rededor del círculo por es-
 »pacio de un cuarto de hora. Sin más tardar este diablo
 »y espíritu se convirtió rapidamente en la forma de un
 »monge gris, y se acercó á Fausto con intención de pe-
 »dir qué quería.

»El doctor Fausto preguntóle al diablo como se lla-
 »maba, cual era su nombre, y el diablo le respondió
 »que se llamaba Mefostófilis.»

Traducción de Palma Cayet.

(15) Esta escena en que Fausto celebra el pacto con el demonio es siniestra por su misma realidad. Se conoce que fué escrita en un tiempo de superstición religiosa y para un público excesivamente crédulo. En la época en que Marlowe escribió su drama, eran todavía muy frecuentes las causas de brujería, y los jueces de instrucción de entonces descubrían á menudo contratos muy parecidos al que Mefistófeles le hace firmar á Fausto. Estos contratos, si bien variaban en los términos, iban todos escritos con la sangre de los consignatarios. Estaba pues bien seguro Marlowe de que su platea no se sonreiría al ver á Fausto punzarse en el brazo y escribiendo con tal tinta el acto de venta de su alma. Este espeluzno que helaba la sangre en las venas del mago, estamos bien seguros que haría estremecer al público de entonces. Y aquella revolución física que se re-

sistía al pacto infernal consentido por Fausto, era esencialmente dramática, por estravagante que pueda parecer á los hombres de *buen gusto* de nuestra época.

Respecto á nosotros esta escena del pacto en la obra de Marlowe; nos parece mucho más conmovedora y por consiguiente más bella que su correspondiente en el drama de Gœthe. Compréndese con facilidad que Gœthe no daba ningun crédito á la posibilidad real de este pacto cuando lo hizo firmar á Fausto. En aquel momento terrible que va á decidir de la suerte de un hombre y á entregarlo tal vez por una eternidad á las penas eternas, Fausto y Mefistófeles van conversando, riendo y chanceando y haciendo chistoso, lo que en verdad no es propio de aquel acto. Oigámoles para no dudar de ello.

(Aquí transcribe Víctor Hugo la larga escena de Gœthe.)

(16) Mefistófeles y Fausto expone aquí el sistema de Platón y de Tolomeo. Esta conversación hácia la astronomía es muy curiosa, pués manifiesta cuan desconocidas eran en Inglaterra á fines del siglo VXI las ideas de Copérnico sobre el movimiento de los mundos. Notése también de paso que Mefistófeles afirma que cada esfera celeste tiene su existencia propia, *una inteligencia*. No es cosa bien estraña encontrar á Fourier en Marlowe?

(17) Nótese aquí que el Fausto germánico jura por el infierno antiguo, por la Stygia, por el Aqueronte y por el Flegetón. Luego, cuando propondrá al Emperador de Alemania el evocar á Alejandro, se comprometerá á derribar las *puertas de ébano*. Y no es un efecto de los menos curiosos el haber establecido una absoluta identidad entre el infierno cristiano y el infierno pagano, entre Satan y Plutón.

(18) Shakespeare imitó todo este episodio en su *Tempestad*. En esta pieza, Celiban, sojuzgado, quiere vengarse de Próspero, así como Benvolio, humillado, se quiere vengar de Fausto. Celiban se complota con dos marineros, Stéfano y Trínculo, para dar muerte á Próspero, lo mismo que Benvolio trama la de Fausto con sus dos compañeros Martino y Federico.

Fausto castiga á sus enemigos, haciéndolos atravesar un cenagoso pántano, y destacando en su persecución á sus demonios transformados en soldados; y de igual manera Próspero se venga de los suyos, arrojándoles á través de un estanque y soltando en su persecución á sus demonios convertidos en perros.

La analogía, como se vé, no puede ser más clara. Y además, ¿no hallamos en Celiban el tipo de Benvolio aumentado con monstruosas proporciones? Espiando Benvolio á Fausto y Celiban á Próspero, no vemos á la envidia acechando á la fuerza? Y aun peor que esto, aquí tenemos la materia burlándose de la idea, á la negación insultando á la inspiración, y á la mesquindad que ahulla al genio. Este tipo repelente que Marlowe había dejado hombre, Shaskeespeare vuelve á apoderarse de él en su *Tempestad*, y en virtud de su omnímodo poder lo cambia en bruto.

(19) Esta aparición de Helena lo encontramos en la leyenda alemana que tradujo Palma Cayet.

(Considero del todo inútil esta nota, cuyo contenido es una repetición al pie de la letra de la esplicación, que de la escena que por ella se refiere hace el traductor francés en su introducción desde el aparte que empieza *Un jour*, pag 27 hasta el final del de la pag. 30 que concluye: *le docteur Fausto hors de l'étuve.*)

(20) Si el doctor lee estos versos admirables, no obstante lo desfigurados que los deja nuestra prosa, sin la menor duda hallará en ellos en germen la idea que Goethe ha desarrollado con tanta belleza en el tercer acto de la segunda parte de Fausto. La sustitución de Fausto á Paris, ó sea la constitución de la unidad humana en el transcurso de las generaciones, la lucha de Fausto con Mamelao, es decir, la conquista de la antigua tradición por el pensamiento nuevo, la unión de Fausto con Helena, esto es, la alianza de lo bello moderno con lo bello antiguo, no es verdad que se hallan aquí indicadas con toda claridad? Y por lo tanto no puede decirse que Marlowe ha hecho en algunos renglones el escaño de Goethe?

(21) La narración de esta última entrevista de Fausto con los estudiantes la hallamos entera en la leyenda alemana que transcribimos aquí.

«Los veinte y cuatro años de Fausto habían transcurrido cuando se le aparece el Espíritu en la última semana. Citóle pues en fuerza de su compromiso escrito que le puso á la vista, y le previno el diablo que la segunda noche se llevaria su persona, y que se lo diese por notificado. El doctor Fausto, aterrado, se lamentó y lloró toda la noche. Pero volviendo á aparecersele su espíritu le dijo: Amigo mío, no seas tan cobarde; si pierdes tu cuerpo, no está lejos el momento en que serás juzgado sin embargo, al fin y al cabo morirías aunque hubieses vivido cien años: tambien mueren los turcos, los judios y los emperadores que no son cristianos, y pueden muy bien condenarse como tu. Que todavía no sabes bien lo que te está mandado? Animo pues, no te aflijas tanto, que si el diablo te ha hablado de este modo, es porque te quiere dar un alma y un cuerpo de substancia espiritual, y así no

»sufirás tanto como los condenados. Dióle estos y otros
»consuelos por el estilo, por supuesto falsos y contrarios
»á las Escrituras.

«El doctor Fausto que no sabía como pagar lo que
»tenía prometido que no fuera con su piel, el mismo
»día que el Espíritu le había predicho que el diablo se
»le llevaría el alma, fuese á encontrar á sus más fieles
»compañeros maestros bachilleres y á otros estudiantes,
»con quien había acostumbrado tratarse.

«Rogóles que tuviesen la bondad de ir con él á la al-
»dea de Rondique, situada á media legua de Vittem-
»berg á dar un paseo, y cenar después con él. á lo que
»accedieron.

«Fuéronse allá juntos donde merendaron opipara-
»mente, con muchos preparativos suntuosos y super-
»fluos, tanto en manjares como en vino que les pre-
»sentó la hospedera, manifestándose el doctor Fausto
»muy complaciente con ellos, pero que no lo sentía así
»en su corazón.

«Después les suplicó de nuevo que tuviesen la bondad
»de acompañarle á cenar con él aquella noche, y de no
»dejarle durante ella porque tenía que comunicarles co-
»sa de mucha importancia; á lo que accedieron y cena-
»ron también juntos. Una vez servido el vino de la ce-
»na el doctor Fausto pagó á la hospedera, y rogó á los
»estudiantes que tuviesen la complacencia de ir con él
»á otra estufa, que allí tenía que decirles lo que les ha-
»bia indicado. Dicho y hecho, y el doctor Fausto les
»habló luego de esta manera:

«Mis fieles amigos y muy amados en el Señor; el
»motivo de haberos llamado es, en primer lugar porque
»os conozco de mucho tiempo, y porque me habeis vis-
»to ocuparme mucho de experimentos y encantaciones,
»que de otra parte solo son obra del diablo, á cuyo gus-
»to diabólico no me llevó otra cosa que las malas com-

»pañías de que me he visto rodeado, en términos que
»tengo contraída una obligación con el diablo que con-
»siste en que dentro veinte y cuatro años debo hacerle
»entrega de mí en cuerpo y alma. Este plazo de veinte
»y cuatro años va á espirar precisamente esta misma
»noche, y ved aquí que ahora tengo á la vista el instan-
»te en que se me llevarán, pues el tiempo ha concluido
»y yo seré arrebatado esta noche por la razón que le
»obligué mi cuerpo y alma, y esto es tan fijo que lo hi-
»ze con mi propia sangre. Finalmente y en conclusión
»la amigable súplica que os hago es, que tengais la bon-
»dad de acostaros y dormir tranquilamente, sin pasar
»ningún cuidado de mí; caso que oigais algún ruido en
»la casa, no dejeis la cama, pues no recibireis daño al-
»guno; y os ruego que cuando habreis encontrado mi
»cuerpo, lo hagais enterrar, porque yo muero como
»buen cristiano, tanto que mi arrepentimiento es muy
»cincero en mi corazón, con pesar y dolor; pido á Dios
»que me perdone para que mí alma pueda salvarse.
»Muero tambien como un mal cristiano, tanto que me
»conformo con que el diablo se lleve mi cuerpo que le
»abandono con toda voluntad, con tal que me deje en
»paz con mi alma. En consecuencia, os suplico que va-
»yaís á acostaros, y os deseo y os doy la buena noche,
»que para mi será penosa, mala y espantosa.

«Hizo el doctor Fausto esta declaración con una afec-
»ción cordial, sin quo por esto se manifestara afligido,
»admirado ni acobardado. Por el contrario, los estudian-
»tes quedaron sorprendidos al ver que se había extra-
»viado en tales términos, que por una ciencia engaño-
»sa, llena de imposturas y de ilusiones, se hubiese pues-
»to en peligro de darse al diablo en cuerpo y alma, lo
»que les tenía en la mayor aflicción porque le amaban
»tiernamente.

«Dijéronle pues: Ah! señor Fausto, á que estado se

»vé reducido V. que por tanto tiempo se haya guarda-
 »do este secreto sin decirlo á nadie, y sin revelarnos
 »antes este asunto, pues le hubiésemos librado de la ti-
 »rrania del diablo por medio de buenos teólogos. Más
 »ahora esto es una infamia y una cosa vergonzosa para
 »su cuerpo y su alma.

«Respondióles el doctor Fausto: Jamás me ha sido
 »dado hacerlo, aunque lo he deseado varias veces. Con-
 »forme también un vecino me lo había advertido, yo
 »hubiese seguido sus buenos consejos, abandonando ta-
 »les ilusiones y convirtiéndome, pero cuando estaba
 »bien decidido á ejecutarlo, venía el diablo y me ame-
 »nazaba con llevarse me, como lo ejecutará esta noche,
 »y me decía que al momento que yo intentase conver-
 »tirme á Dios, se me llevaría al abismo de los infiernos.

«Al oír pues esto del doctor Fausto, le repusieron:
 »toda vez que ahora ya no queda medio de salvar á V.,
 »invoque á Dios, y préguete por el amor de su amado
 »hijo Jesucristo, que le perdone á V. y digále: Ah! Dios
 »mío! usad conmigo de misericordia que soy un pobre
 »pecador, y no vengais contra mí para juzgarme; pues
 »no puedo resistir vuestra presencia; y ya que me sea
 »forzoso abandonar mi cuerpo al diablo, salvad á lo me-
 »nos mi alma!—Si fuere del agrado de Dios, él le sal-
 »vará á V.

«Dijoles que con toda voluntad queria pregar á Dios,
 »y que no quería imitar á Cain que dijo que sus peca-
 »dos eran demasiado enormes para obtener perdón de
 »ellos. Explicóles así mismo lo que había dispuesto acer-
 »ca del lugar donde habían de dar sepultura á su cuer-
 »po. Estos estudiantes y buenos señores hicieron la se-
 »ñal de la cruz sobre Fausto para despedirse, lloraron y
 »se fueron uno tras otro.»

(22) Esto es una alusión del mal rico que el Evangelio de San Lucas nos lo presenta castigado en el infierno.

Nótese que el angel que hace ver á Fausto el *calabozo del eterno tormento* le manifiesta á la vez el infierno pagano de las *Furias* y el infierno cristiano donde el nuevo testamento coloca al mal rico. Semejante confusión entre ambos infiernos, á primera vista puede parecer poco ortodoxa, más por poco que se estudie la cuestión se concluye en que la heregia es aparente; porque el mismo Evangelio es el que establece esta confusión, designando el infierno cristiano bajo el nombre de HADÉS que es perfectamente pagano.

(23) Este monólogo es de una grandeza del todo shakespeariana. El dolor de Fausto al morir se es tan inmenso como la desesperación de *Hamlet* sobre la tumba de Ofelia ó de Lear sobre el cuerpo de Cordelia. Lo que es nosotros confesamos que no conocemos una censura más elocuente contra las penas eternas del infierno que esta imprecación del hombre condenado, que acusa á la Providencia de haberle dado un alma, y que envidia la condición de la bestia. Aunque no encontráramos más que esta escena en el drama de Marlowe, bastaría á nuestro parecer para que todo el drama haya sido sacado del injusto olvido á que lo tenia relegado la posteridad.

Al lado de esta escena tan dramática, en la que el espectador cuenta ansioso los minutos de la última hora y en la que la emoción va engrandeciéndose á medida que se acerca el último momento, cuan fría queda la narración de la leyenda alemana:

«Pero el doctor Fausto se quedó cerca de la estufa, y como los estudiantes se fueron á la cama, no hubo uno que pudiese conciliar el sueño, pues querian oír el fin.

»Más entre doce y una de la noche, sopló contra la ca-
»sa un fuerte viento tempestuoso que la hizo bambolear
»por todos los costados, como si quisieran hacerla saltar
»al aire, derribarla y destruirla del todo; por cuyo mo-
»tivo los estudiantes se creyeron perdidos, saltaron de
»sus camas y se consolaban recíprocamente, amones-
»tándose de á no salir del cuarto. El posadero con todos
»sus domésticos huyó á otra casa. Los estudiantes como
»se hallaban cerca del aposento de la estufa en el que
»estaba el doctor Fausto, oyeron los horribles silbidos y
»espantosos ahullidos que resonaban en él, como si toda
»la casa estuviera llena de serpientes, culebras y otros
»bichos repugnantes y asquerosos: todo esto había en-
»trado por la puerta del doctor Fausto en la estufa. Este
»se levantó pidiendo socorro y gritando: al asesino! pe-
»ro con mucha pena y á media voz, y un momento des-
»pués ya no se oyó nada. Así pues que hubo amaneci-
»do, y que los estudiantes, que en toda la noche no ha-
»bían cerrado el ojo, hubieron entrado en el cuarto de
»la estufa, donde habia quedado el doctor Fausto, ya
»no lo encontraron ni vieron nada, sino el aposento lle-
»no todo de sangre esparcida, el cerebro pegado á las
»paredes, tanto como que el diablo lo había arrojado á
»una parte y otra. Veíanse allí sus ojos y algunos dien-
»tes, lo que era un espectáculo abominable y espantoso.
»A su vista los estudiantes comenzaron á lamentarse y
»á llorar, buscándole por todas partes. Por fin encon-
»traron su cuerpo tendido fuera del cuarto de la estufa,
»cosa triste de verse, pues el diablo le había aplastado
»la cabeza y quebrantado los huesos.

»Los susodichos maestros y estudiantes, después de
»muerto Fausto de la manera que acaba de referirse,
»permanecieron cerca de él hasta que le hubieron dado
»sepultura.»

Esta condenación del libre albedrío con que termina

el drama protestante, es igualmente la conclusión de la leyenda católica:

«Así concluye toda la historia de Fausto para instrucción de todo buen cristiano, y principalmente de aquellos de cabeza y sentido caprichoso, soberbio, loco y temerario, para que teman á Dios y huyan de todo encantamiento y de todo hechizo del diablo, como lo ha mandado Dios muy expresamente, y no que vayan á llamar al diablo á su casa, dando crédito á sus engaños, como lo hizo Fausto, lo que debe servirnos de espantoso ejemplo. Y procuremos sin cesar de mirar con horror semejantes cosas y sobre todo amar á Dios, levantemos á El los ojos, adorémosle y amémosle de todo corazón, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas; y por el contrario renunciemos al diablo y á todo lo que depende de él; y así que seamos por fin bienaventurados con nuestro Señor, *Amen*. Os lo deseo á todos y cada uno de vosotros de lo más profundo de mí corazón. Así sez.»

INDICE

	<u>Páginas</u>
Introducción.	5
Fausto.	39
Notas.	123

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

Colección de las mejores obras drámaticas á 1 peseta el tomo

Ibsen.—HALVARD SOLNESS.

» —HEDDA GABLER.

» —LOS PUNTALES DE LA
SOCIEDAD.

» —UN ENEMIGO DEL PUEBLO.

» —CASA DE MUÑECA.

» —LA UNIÓN DE LOS JÓVENES.

» —BRAND.

» —EL PATO SILVESTRE.

Ibsen.—ESPECTROS.

Shakespeare.—HAMLET.

» —OTELO.

» —LA FIERECITA.

Balzac.—LUCHA ETERNA.

Strindberg.—LA SEÑORITA

Sudermann.—EL HONOR.

Marlowe.—FAUSTO.

BIBLIOTECA SELECTA

1.—*Janet.*—EL MATERIALISMO CONTEMPORÁNEO 1'50 pts

2.—*Ribot.*—LA FILOSOFÍA DE SCHOPENHAUER 1'50

I. Farré Carrió.—GRAMÁTICA DE LA LENGUA CATALANA
(2.^a edición) 2

» —GRAMÁTICA HISTÓRICA CATALANA-CASTELLANA
(2.^a edición) 2

A. de Bofarull.—LA ORFANITA DE MENARGUES O CATALAN
AGONITZANT. — 5 pessetas.

Los pedidos á

D. ANTONIO LOPEZ, *Rambla del Centro*,
BARCELONA

D. FERNANDO FÉ, *Carrera San Gerónimo*

D. VICTORIANO SUAREZ, *Preciados, 48*

D. GREGORIO PUEYO, *Mesonero Romano*

MADRID



